3 1761 09373056 2

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/laciudaddelosloc00soiz

LA CIUDAD DE LOS LOCOS

AVENTURAS DE TARTARIN MOREIRA

F

Juan José de Soiza Reilly

LS
S6839c

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

LA CIUDAD DE LOS LOCOS

(AVENTURAS DE TARTARÍN MOREIRA)

NOVELA SUDAMERICANA

ILUSTRACIONES DE JOSÉ FRIEDRICH

357488
38.
23. 11.

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y gran premio en la de Buenos Aires 1910
MALLORCA, 166

BUENOS AIRES, Maucci Hermanos, Sarmiento, 1057 al 1065

ES PROPIEDAD DE LA
CASA EDITORIAL MAUCCI
DE BARCELONA

Compuesto en máquina *Typograph*

Dedico este libro

a mis compañeros de la Revista

„Fray Mocho"

Prólogo

ADVERTENCIAS DE MI HONRADEZ

Esta novela no podrá ser medida por las gentes normales. Los imbéciles no la comprenderán. Los que sólo creen en la belleza de la línea sin curvas, dirán que fué escrita por un loco. Aquellos que para comprender a un personaje necesitan descripciones prolijas, se horrorizarán. Los que para compenetrarse de la vida de los protagonistas novelescos, han menester de la cronología, de la claridad, de la lógica y de la simetría, deben encerrar este libro bajo llave. Tal vez sus hijos lleguen a conquistarse, por el refinamiento del dinero, el honor de entenderlo.

——

Debo repetir aún lo que ya dije otra vez: MI LITERATURA podrá ser mala, amorfa, inútil, hueca, jactanciosa, pedante... Sí. Pero, no podrá parecerse

a las demás LITERATURAS. Es mía, EN MI, como afirmó Ruben Darío de la suya. No me preocupa ser inferior a Juan de los Palotes. Pero «YO» quiero ser «YO». No ser igual. ¡Ser diferente!... Como el hombre de las cavernas primitivas, me visto con mi pellejo. La médula de mi prosa yo la extraigo de mi propia médula...

——

Se habla de mi originalidad como de un disfraz carnavalesco. Es un error... Mis diez libros delatan en mi manera de expresión un estilo invariable. ¡Unico! Mi técnica es mía...

No se crea que un estilo propio es el producto del talento o del genio. ¡No! Cualquier imbécil puede tener su literatura sólo con escribir tal como piensa. Sinceramente... Todos tenemos boca, nariz, ojos y orejas... Sin embargo, no existen dos hombres de igual fisonomía. Lo mismo debiera ocurrir con el estilo. Si todos los escritores tuvieran el coraje de ser independientes y no seguir los pasos del que llegó a la meta, nadie escribiría como los demás. El triunfo legendario de Cervantes nació de haber narrado la vida de Quijano tal como él la sentía. Su «estilo» fué el producto de su «sinceridad». Bien lo dice en su prólogo:

«Este libro está lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno».

——

Mis frases acaban en puntos suspensivos. No son, como dijo algún crítico estéril, caprichos de la tipografía. Terminan así, evaporándose, porque yo quiero que terminen así, como el humo, las olas o las nubes. Es bueno que terminen así. Una de las más exquisitas bellezas de mi literatura, está en que ella «sugiere» más de lo que «dice». Los escritores que aspiren, como es justo, a desnivelarse de la vulgaridad, no deben escribir únicamente para los ignorantes. Deben sugerir. Hacer pensar. Imponer la obligación de que los cerebros mastiquen. Que rumien. Que con sus propios dientes saquen jugo a las cosas que leen. Hay que dar al lector el principio del hilo. Que el lector trate de encontrar el ovillo... Si se niega a buscarlo por parecerle una labor muy árdua, que lea a Paul de Kock. O, mejor, que no lea... El progreso del mundo necesita el concurso de muchos dinamismos. Necesita la luz de la inteligencia y también la fuerza de los burros. Quien no pueda dar carbón cerebral, cumpla la honrosa tarea de ofrecer la fuerza de su lomo...

Tiro este libro a la posteridad. Es decir, al Olvido. Mi estilo, mi audacia, mi altivez, mi locura, mi odio y mi risa, me atraen, sin remedio, la envidia, la burla, el sarcasmo... Los espíritus superficiales y los escritores mediocres, se mofarán de

mí. No me importa... Mi gloria consistirá, simplemente, en que alguien—un señor X o una señora Etcétera,—exclame al leer «La Ciudad de los Locos»:

—*Nunca he leído un libro semejante...*

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

Buenos Aires, 28 abril de 1914.

La Ciudad de los Locos

AVENTURAS DE TARTARIN MOREIRA

CAPITULO PRIMERO

Cuatro pinceladas para crear el personaje

—¿Conoce usted al doctor Tartarín Moreira?

—No.

—Es raro. Tartarín Moreira es un muchacho ilustre. Su abolengo es sonoro. Por la línea materna desciende de una vieja familia de Tarascón. Familia muy famosa en aventuras terribles. Por la línea paterna desciende de la no menos famosa familia de Moreira, en la cual, según dicen, hubo un Juan muy valiente.

—¡Ah! ¿Entonces?...

—Sí. Es pariente de Juan Moreira (1) y de Tartarín de Tarascón (2). ¿Le parece extraño? Pues es muy natural...

---

(1) Novela argentina de Eduardo Gutiérrez.
(2) Novela de Alfonso Daudet.

—¡Cómo!

—Sí, amigo. Hace tiempo vino de Francia un sobrino de Tartarín. Se radicó como vago en la República Argentina. Lo primero que hizo, al pisar tierra porteña, fué decirle a un agente de policía que él era hijo del sha de Persia... El agente se rió. Le miró desde la gorra hasta las botas. Volvió a reirse. En seguida lo tomó de un brazo y lo llevó a la Policía. De allí lo pasaron al Manicomio. En el hospicio pudo probar que efectivamente era loco, y por eso lo pusieron en libertad... Se fué a una estancia ubicada al Sudoeste de la provincia. Empezó a trabajar como peón. Por allí el célebre Juan Moreira había realizado sus heroicas hazañas. ¡Nada menos que Juan Moreira, el maestro de la daga, del trabuco y del facón! Pero ya no existía... Vicenta, la esposa de Moreira, también había muerto. Juancito, el hijo, tampoco vivía... De la ilustre familia sólo quedaba una morochita digna de su apellido. Era hija de Juancito Moreira. Cuando el sobrino de Tartarín la vió, enamoróse de ella. Y como en el campo el amor y el casamiento son cosas que se confunden, el sobrino de Tartarín se casó con la nieta de Moreira. Hubo un hijo. Este hijo se casó a su vez con la hija de un puestero italiano que afirmaba ser conde,—y ambos tuvieron una larga familia... De la mezcla de estas razas diversas—Tartarín, Moreira y Cocoliche—surgió el temperamento original del joven abogado Tartarín Moreira... ¿Quiere usted conocerlo? Es un caba-

llero de veintitrés años, muy elegante, muy moderno. Tiene título universitario. Habla el francés. Es rico. Tiene caballos, reses y mujeres. Es muy Tartarín y muy Moreira... ¡Qué casualidad! Allí viene...

Y mi inseparable amigo Juan Pérez me lo presentó. Cuando Tartarín Moreira supo que yo colaboraba en *El Eco de las Mercedes* y que era socio de «La Tachuela», me felicitó. Escupió por el colmillo. Se puso unos guantes color perla. Me prodigó elogios merecidos. Aplaudió mis gestos más insignificantes. Celebró mis chistes. Y cuando pensé que me iba a pedir algo, me ofreció su casa. Como no acostumbro a visitar gente decente, no fuí a verlo. Pero casi todas las noches nos encontrábamos en los cafés donde la muchachada se reune para decir frases y para *meter bochinche*... (1). Cada vez que me veía se me aproximaba. Con explosiones de cariño felicitábame por los brillantes artículos literarios que yo no había escrito aún, y me ofrecía nuevamente su casa... Como es natural, tantas galanterías concluyeron por ablandar mi resistencia, y al fin lo visité... Cuando me vió penetrar en su casa, yo creí que me iba a matar. Fué tal el entusiasmo que le produjo mi presencia, que rompió el espejo de su lavatorio, y después de tirar tres

(1) Armar jaleo.

balazos al aire, le pegó a su mucamo una bofetada por no haberle dicho con anticipación que era yo el visitante... El doctor Tartarín estaba en mangas de camisa. Alistábase para concurrir a un baile de máscaras. Mientras se peinaba los bigotes, me invitó a que lo acompañara.

—¡Venga, compañero! No sea tonto. Le aseguro que se va a divertir. Irá toda la muchachada. Hemos comprado a los guardias. Apagaremos las luces y nos robaremos unas cuantas costureritas... ¿Se da cuenta?

¡Es claro! Yo me daba cuenta... Y ante la perspectiva de aventuras tan sabrosas, realizadas en compañía de un hombre como Tartarín, acepté en seguida. Me prestó un dominó igual al de él y salimos... Llegamos al local donde la sociedad «Estrella Matutina» daba un baile de máscaras. En la puerta, Tartarín era esperado por una patota deliciosa. Cada uno de aquellos muchachos era un tigre. ¡Qué ricos tipos! Todos estaban borrachos... Tartarín, que también había bebido caña inglesa, —wisky,—me presentó como director de *El Eco de las Mercedes*, y ninguno me *tomó para la farra* (1). Después supe que todos aquellos jóvenes eran parientes de Tartarín...

(1) Tomar el pelo.

Entramos. La comisión organizadora de la fiesta nos saludó con una inclinación de levitas, jaquets y fracs, dentro de los cuales creí notar la presencia de algunos almaceneros, tenderos, carboneros, lecheros, etc. El salón ofrecía un bello aspecto. Las mascaritas estaban alegres. Eran muchachas y jóvenes del pueblo. Trabajadores que iban a gastar un poco de alegría, de amor, de olvido...

Al entrar, Tartarín, con gran misterio, nos indicó la forma en que debíamos iniciar el escándalo. Yo estaba loco de contento. Al fin iba a poder disfrutar de una fiesta aristocrática. ¡Figúrense ustedes! ¡Una juerga en compañía de Tartarín Moreira y su patota! Todas aquellas costureritas y todos aquellos dependientes de tienda y de almacén que bailaban felices, iban a tener que disparar bajo el peso de nuestro bochinche... Por eso, cuando antes de la madrugada Tartarín hizo la señal convenida, yo temblé de placer. Los parientes de Tartarín empezaron a cumplir su misión. En tanto que unos trataban de apagar las luces a trompadas, otros descerrajaban tiros sobre los espejos. Algunos arrojaban sillas por el aire, mientras las muchachas se desmayaban. Unos corrían de un lado al otro del salón saltando por encima de las mujeres. Muchos arrancaban a tirones las polleras de las pobres máscaras, mientras la mayoría, presa de un entusiasmo de Tartarín y de un valor de Moreira, acuchillaba el cuero de los sillones, el papel de las paredes y los vidrios de puertas y ventanas. Entretanto el doctor Tarta-

rín Moreira habíase apoderado de una docena de botellas de cerveza y las iba vaciando, una a una, dentro del piano, pues el director de orquesta había fugado. ¡Qué loco!... De repente, entró la policía. En el salón sólo quedábamos los de la patota. Después de una breve corrida y entre gritos salvajes, el valeroso Tartarín Moreira y todos sus parientes, incluso yo, fuimos llevados a la Comisaría. Nos metieron en un calabozo hasta la mañana siguiente, en que gracias a la recomendación de un ministro—pariente del doctor Tartarín—, nos pusieron en libertad.

Por la noche me encontré en el café con Tartarín y sus amigos. Supuse que estarían lamentando el fracaso de su bochinche. Me aproximé al grupo para lamentarme con ellos. Pero ¡oh, sorpresa! La primera cosa que Tartarín me dijo fué:

—¡Hola, amigo! ¿Cómo le va? Estábamos hablando de la juerga de anoche... ¡Cómo nos hemos divertido! ¿Quiere venir esta noche? ¡Vamos a correrla otra vez!

CAPITULO II

Tartarín en París

—¡Agapito! ¡Agapito!

¿Quién me llamaba? En pleno París, recién llegado...

—¡Agapito! ¡Agapito!

Dí media vuelta. Los transeuntes que paseaban por el boulevard des Italiens (5 y 30 p. m.), debieron asustarse de mi palidez. Aunque en París la gente no se asusta por nada. Sobre todo, las mujeres, que, en materia de sustos, no tienen ya nada que enseñar.

—¿No me conoces, Agapito? ¡Mi querido Agapito!

—¡Tartarín Moreira! ¿Eres tú?

—El mismo... Me escapé de Buenos Aires para divertirme. Concluída mi diputación y fracasado en las nuevas elecciones, no tuve más remedio que huir de mis terribles acreedores. ¡Infames!... Los patricios que hicieron las leyes fueron tan cretinos que se olvidaron de establecer que las meda-

llas de diputados debieran inmunizarnos contra los caprichos de los sastres.

—¿Y qué haces en París?

—¡Pucha que eres zonzo! Me divierto de una manera bárbara. Todas las noches me reuno con una patota de muchachos criollos y armamos cada bochinche nacional que da gusto...

—¿Y en dónde? Porque creo que aquí, en París, la policía es muy severa...

—En cuanto a *sebera*, ya lo creo que lo es. Cuando queremos armar una farrita regalamos a los agentes algunos luises, y... ¡si vieras qué programa! Desde que he llegado a París no he podido ver el sol... Me levanto muy tarde. Después me voy al Americano y en la terrasse nos reunimos para tomar Pernod. ¡Pucha digo, qué ajenjo! Es macanudo. En Buenos Aires es poco *chic* tomar Pernod, pero en París ¡oh! en París, es delicioso. ¡Ultima moda, che! Nos tomamos cinco o seis copetines, mientras insultamos en criollo a los franceses que pasan... ¡Cómo nos reímos!...

—¡Qué linda vida, hermano! Te envidio.

—¡Otario! ¿Envidia de qué? Vente ahora conmigo y yo te presentaré a la patota. La correrás con nosotros. Y en lugar de irte a la legación a conversar de política con Bosch o con el filósofo Fonseca, te vienes con nosotros. ¡Verás qué piernas! Iremos al Bal Tabarín, en Montmartre, donde habrá esta noche un concurso de pantorrillas.

Calcula tú que el presidente del jurado es Rodin... Armaremos una farra *joly*...

(Quedé meditabundo. La invitación era bien tentadora. Tartarín era un muchacho inteligente. Con agallas. Diputado por chiripa. Gran maestro de los tres puntos. Con muchos amigos. Ricos. Pensé. Y...)

—Bueno, Tartarín. Vamos. Te acompaño.

Y muy contentos, atravesamos del brazo el boulevard. Llegamos.

—Este café, querido Agapito, es el Café de la P...

—¿De la P...? ¿Será la patrona?

—No seas sicalíptico, como dicen los madrileños. En francés, Café de la Paix, se pronuncia Café de la P...

—¡Qué talento tienes, Tartarín! Te pareces a tu padre.

—Ahí viene... Ahí viene...

—¿Quién? ¿Tu padre? ¿Pero no había muerto Juan Moreira?

—No seas bárbaro. Digo que allá viene González. ¿Lo conoces? Es el doctor González, hijo de un fidelero de Flores. En dos meses se ha comido en París los tallarines que durante treinta años fabricó su padre. Te lo voy a presentar. Conviene... Puede ser que todavía le queden en el bolsillo algunos fideos...

(Entreacto. Llega el doctor González. Tartarín lo abraza. Me lo presenta. Bebemos. ¿Qué? Oh, ajenjo... Llega un automóvil. Dos jóvenes elegantes

descienden. Son compañeros de Tartarín. Presentaciones. El más joven es hijo de un poderoso estanciero de Buenos Aires. El otro, un compadrito en traje de última moda, es hijo del ex presidente de una república «de cuyo nombre no quiero acordarme»... Tiene la cara llena de granos. Pero eso no importa...)

—«¡Pernod... garçon, Pernod!»

Bebemos. Siento que todo da vueltas. Las casas parecen pasar ante mis ojos. Si pasara mi casa ¡qué suerte!... entraría por la ventana...

—¿Llamaremos alguna cocotte, Agapito?

(Yo creo que no hay necesidad. Vienen solas... En ese momento el camarero me entrega un plato. Me lo manda una bella rubia que está en la mesita de enfrente. Es el platito de su copa. Debajo, viene estampado el precio de lo que ella ha bebido.) Yo me asombro. Pero Tartarín, díceme:

—Es una costumbre muy parisiense. El lenguaje del platito es muy curioso. Lo inventó Jorge Sand... Mira: cuando una dama te manda su plato quiere decirte: «¿Me permite usted que lo acompañe a cenar?...» Entonces, tú, en vez de decir: «¡Con mucho gusto!», pagas silenciosamente. Y, la dama, cual si fuera una antigua y virtuosa amiga, se sienta a tu lado... Así es, Agapito, la virtud en París. Una parisiense no es capaz de pedir dinero para comer, pero inventa galanterías para comer de arriba...

Poco después, la mesa se nos fué llenando de

platitos. Pagamos. Comimos en compañía de varias *trotadoras*. Salimos. Las 8 y 30 p. m. Nos metimos, hombres y mujeres, a un Duval. Se nos agregaron dos amigos más. Cenamos poco. Bebimos más. Jugamos con los platos. Y he aquí la lista de los objetos que rompimos: seis platos, tres copas, el sombrero de mi compañera, una botella y los anteojos de un pobre francés que comía cerca de nuestra mesa. El patrón del restaurant, se indignó. Nos amenazó con la policía. Tartarín Moreira echó mano al bolsillo. Yo creí que iba a sacar revólver. Pero sacó dos luises. Con la mano izquierda entregó los luises al patrón, como regalo, y con la mano derecha, cerrando el puño, le pegó una trompada al infeliz fondero, dejándole en la cara un moretón terrible. El patrón, tambaleando, se inclinó ante Tartarín, diciéndole:

—*Merci, monsieur.*

Nos reímos a carcajadas. No sabíamos si el patrón daba las gracias por los dos luises o por la feroz trompada... Pagamos. En dos «taxímetros», nos fuimos al «Marigny», donde la bella Otero hacía el papel de bohemia enamorada y gorda. En el *promenoir* seguimos bebiendo chartreuse y... otra vez «Pernod». Allí estaba el doctor Terry. Nos miró con tristeza. Conoció en nuestra bonita manera de farriar, ¡que éramos criollos puros! Tartarín, cansado de no hacer nada, pególe a una acomodadora, un puntapié en la región X del cuerpo... Un caballero francés la defendió. Y entonces, nos-

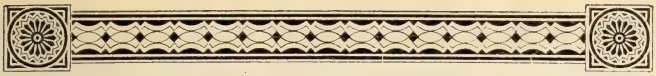
otros, para defender a Tartarín, que estaba en el suelo, empezamos a trompear a todo el mundo. Entretanto, el hijo del ex presidente daba luises a los tres señores que, de galera de felpa, estaban a la entrada del teatro, según la antigua costumbre parisién. Total: con las muchachas, nos fuimos al «Maxim's». El hijo del fidelero tenía en el bolsillo muchos... tallarines. Champagne corrido... En «Chez Maxim's», no se bebe nada más que champagne. Allí también Tartarín, aburrido de que en París no se supiera que él estaba de incógnito, ideó un magnífico plan. Subióse a una silla. Y pidió al respetable público un poco de silencio. Hablaba en un francés acriollado. Pero, en París, tratándose de extranjeros con plata, todo el mundo entiende el volapuk.

—«Señores. Yo soy Tartarín Moreira. El gobierno argentino me ha enviado en misión secreta. Soy hijo de Juan Moreira y nieto de Tartarín de Tarascón. El gobierno me ha mandado a París. Quiere hacer conocer, aquí, por intermedio mío, todo lo que vale nuestro carácter, nuestro cerebro, nuestra raza... Voy a empezar esta noche. Os enseñaré una de nuestras diversiones favoritas. Para eso tendréis que prestarme vuestros sombreros.

—*Oui, oui, oui*—aullaba el público, ofreciendo sus sombreros. Tartarín, ceremoniosamente, hizo con ellos dos grandes pilas. Eran sombreros de todas clases y tamaños. Y casi todos, eran nuevos, flamantes. (A «Maxim's», sólo va gente rica). Cuando

¡Y me reía! ¡Qué tortilla!

los sombreros formaron una gruesa columna, Tartarín, muy serio, subióse a la mesa. Miró al auditorio. Vió que lo examinaban con viva atención. Con curiosidad. (En París todo se mira con curiosidad.) Entonces, Tartarín, rápidamente, dió un salto, y con todo el peso de sus 75 kilos de grasa y carne criollas, se dejó caer, en seco, sobre los sombreros. Imaginaos. ¡Una tortilla! Las galeras de felpa, yacían abiertas, junto a las galeritas despanzurradas, y a los sombreros de paja, derretidos... ¡Una tortilla!... En tanto, el público, furioso, se arrojó sobre Tartarín, esgrimiendo botellas, copas, cuchillos y revólvers... Tartarín Moreira, rodaba bajo las mesas, llorando de risa... El doctor González, con una botella de champagne, daba de beber al piano. El hijo del estanciero repartía trompadas a granel, mientras el hijo del ex presidente distribuía luises a los mozos del café que, con una mano, se atajaban los botellazos y con la otra apretaban las moneditas de oro... Yo, alegre y siempre soñador, pensé, ante tan hermoso espectáculo, en el cuadro «El Malón», del pintor Della Valle... ¡Y me reía! ¡Qué tortilla! Y pensé que Tartarín Moreira llegará a ser, porque lo merece, presidente de la república o escritor académico...



CAPITULO III

Historiador americano

En Buenos Aires. Paseaba ayer por la calle Florida. De pronto, un elegante sobretodo gris—ayudado por unos pantalones color sapo—, vino hacia mí, corriendo... Yo me detuve. Miré... Examiné el conjunto. Por el cuello emergía una cabeza adornada con un sombrero, barbas y bigote. Nada más pude ver... Pero, a pesar de tan pocos detalles, deduje al instante que dentro del sobretodo se escondía algún hombre. Efectivamente. Aquel hombre hablaba. Me decía:

—Agapito... ¿Eres tú? ¡Oh, mi querido Candileja!

—Caballero, usted perdone—le respondí—. Me llamo, es cierto, Agapito Candileja, pero no recuerdo a quien tengo el alto honor de hablar...

—Pero ¿no me conoces? ¡Dios mío! La culpa es de mis barbas. ¿Estaré tan cambiado?... Pues tú también lo estás... Mira: hasta tienes barriga. ¡Qué vergüenza, barrigón! Antiguamente eras tan flaco que para rascarte las espaldas, te era suficiente hacerte cosquillas en el pecho. Eras como las alfom-

bras que, sacudiéndolas de un lado, hacen salir la tierra por el otro. ¿Te acuerdas?

—Caballero—respondí enojado—, lamento insistir en lo que ya le dije: no recuerdo quién es usted. De modo que hasta tanto no sepa yo su nombre, le ruego retire de sus exclamaciones el juicio inmoral que acaba de emitir sobre mi abdómen...

—¡Pero Agapito! ¿Me quieres tomar el pelo?

—De ningún modo, caballero. No acostumbro...

—Pues, entonces, ¿no te acuerdas ya de tu íntimo amigo el doctor Tartarín Moreira? Yo soy...

—¿Tartarín Moreira? ¿Eres tú?... ¡Oh, querido! ¿Cómo te va? ¡Abrázame, así, fuerte!... Hace tantos años que no te veo que ya no me acordaba de tu fisonomía. ¿Qué haces ahora? ¿Dónde vives? Dame otro abrazo...

Durante varios minutos permanecí abrazado al sobretodo gris. Nuestros afectos interrumpieron el tráfico de la calle Florida. Muchos transeuntes se detenían a juzgarnos. Unos decían: «Son dos hermanos». Otros: «Parecen dos náufragos perdidos en una isla»... Y otros: «Esos dos amigos están contentos por no haberse encontrado desde hace mucho tiempo»...

Ya sabéis que el doctor Tartarín Moreira es de origen azul. Es decir, de sangre aristocrática. Su abuelo era el señor Juan Moreira, cuya virtuosa vida ha merecido—como Nerón—los honores u horrores del circo... Su tío fué monsieur Tartarín, gloria de Tarascón. Frente a pergaminos tan preclaros, es justo que la amistad del joven abogado me seduzca y me atraiga. Habituado por mi profesión de periodista a estar siempre entre sinvergüenzas, ladrones y asesinos, resulta lógico suponer que mi amistad con Tartarín Moreira me tenga medio loco de orgullo...

Cuando nos hubimos abrazado a gusto, permitimos que el tráfico de la calle Florida se reanudara. Y seguimos andando...

—Mira, Agapito. ¿Quieres cenar esta noche conmigo? Después te haré ver algo que te gustará.

—Con mucho gusto, querido. ¡Ya lo creo!... Haremos una juerguita como la que hicimos para Carnaval, ¿te acuerdas? Fué en un baile de sociedad Nos divertimos bárbaramente. Apagamos las luces. Rompimos los espejos. Echamos cerveza en el piano. Abofeteamos a las muchachas. Y, por fin, nos llevaron presos a la comisaría. ¡Pucha, digo, qué lindo bochinche que se armó!

—Sí, me acuerdo. Pero no haremos eso. Ahora me

aburren esas fiestas. Te haré ver otra cosa mejor. Ya no soy el de antes...

Y nos fuímos.

La casa de Tartarín tenía un aspecto extraño. No era muy grande. Era una de esas casas mudas —casas de solteros—, que aumentan de tamaño por la solemnidad del silencio mortuorio que las llena. Atravesamos un corredor. Nos detuvimos frente a una puerta donde había un escudo dibujado con tiza. Tartarín se quitó el sombrero. Saludó al escudo con respeto. Yo hice lo mismo. Luego, entramos...

—¡Oh!—exclamé. Retrocedí con paso de tenor en un quinto acto de ópera antigua y me desmayé. Tartarín me sostuvo. Yo respiré... Ya en el interior, sentado, pude examinar mejor la sala. Las paredes estaban repletas de retratos de héroes, de próceres, de guerreros, de patriotas, de soldados... Había también en cada hueco, entre los próceres, vistas panorámicas de batallas, de combates, de peleas. Sobre la mesa, en la biblioteca, sobre las sillas, en el suelo, por todas partes, se veían libros de historia, biografías, efemérides, álbumes patrióticos, documentos antiguos, planos y cartas inéditas de valientes generales inéditos y todo cuanto papel es necesario para conservar a través de los tiempos la gloria de un país... Mientras yo, pálido, con

ganas de huir, contemplaba aquel arsenal de datos históricos, Tartarín, sentado frente a su mesa, resollaba de alegría entre tantos próceres, entre tantas anécdotas, entre tantas efemérides, entre tantas batallas... Estaba hojeando un libro de retratos. Eran fotografías de militares. Cuando el grado de alguno de ellos llegaba a general, Tartarín se ponía de pie frente al libro, y saludaba a la imagen del guerrero con una reverencia. Cuando la fotografía era de un coronel, se ponía simplemente de pie, sin saludar. Para un teniente, saludaba sin levantarse de la silla. Para los soldados, tenía una sonrisa...

—¿Cómo es eso, querido Tartarín?—exclamé—. ¿Gozas estudiando la historia? ¿Es posible que tú, Tartarín Moreira, aquel famoso dandy cuya fama de aguerrido y buen mozo y barullero, corría desde el Club del Progreso hasta los conventillos de la calle de San Juan, es posible que te hayas transformado en uno de esos historiadores que cuando van por la calle parece que están oyendo el himno nacional? No te critico. Me asombro.

—¡Qué quieres, Agapito! La profesión de historiador está de moda. Primero, estuvo de moda el hacerse abogado. Me doctoré... Después, estuvo de moda ser sportman. Lo fuí... Más tarde, vino la política. Me eligieron diputado... En seguida, hubo necesidad de ir a París. Crucé el mar... Luego, había que andar en globo. Subí... Y en la actualidad, por fin, la historia es la única carrera honrada y de provecho y *chic* que nos dejó la plebe...

—Lo creo.

—Pues bien: ya sabes eso. Te haré ver ahora lo que te prometí. Es un documento inédito que prueba que en la batalla de Tuyutí no tomó parte Monteagudo, y que no es cierto que Rivadavia naciera el 20 de Mayo de 1780, porque en las batallas del 24 de Septiembre de 1812 y del 28 de Febrero de 1813, el general Belgrano no había muerto de...

Etcétera. Etcétera. Etcétera.

Salí sin sombrero. Lo cual me evitó el trabajo de saludar en la puerta, como a la entrada, el escudo dibujado con tiza...

CAPITULO IV

El gaucho civilizado

Desde que Tartarín Moreira estuvo en París, su talento ha crecido de una manera enorme. La gente ya lo mira y admira con mayor respeto. Personas que antes lo saludaban con la mano, se quitan ahora el sombrero, haciéndole reverencias de lacayos. Cuando se pasea por Florida, llama la atención cual una señorita que se alzara demasiado el vestido y mostrara las medias... La influencia de París ha duplicado la inteligencia de este ilustre joven argentino. Todo en él ha cambiado. Miradlo... Cuando habla, cita siempre a París. Para todo pone el ejemplo de París.

—Cuando estuve en París...

Por ésto podréis calcular el inmenso talento de Tartarín. La perspicacia le brilla en los ojos. Se le desparrama por la cara.

—¿Qué quieres tomar, Agapito?

—Whisky and soda.

—¡Bárbaro! Tomemos Pernod... ¡Ché, garçon, aporté pour muá Pernod y algunas papitas fritas...

—Y aceitunas.

—¿Sabes que estás más grueso? ¿Siempre te dedicas a escribir y pensar para los demás?...

—Sí. Cuando necesito plata...

—Pues yo no preciso hacer eso. Tengo un programa macanudo. Desde que estuve en París me he transformado. Soy un hombre decente. Antes, no trabajaba en nada. Pero, ahora trabajo menos... Estoy de novio. Me caso...

—Cuidado, ¿eh?

—No. Conmigo no hay miedo. El padre es un viejo crápula. Fíjate si será sinvergüenza, que aconseja a la hija que se case con un mozo trabajador...

—¡Qué ganso!

—Vos sabéis que yo no preciso casarme para tener moneda. Mis abuelos fueron unos canallas que por ser muy trabajadores no me dejaron ni medio... Pero tengo una suerte tremenda...

(Mientras hablábamos, un vendedor de diarios penetró en el café. Se acercó a nuestra mesa. Nos ofreció periódicos... Como no le quisimos comprar, nos pidió por favor le diéramos una aceituna. Tartarín se enojó. Tomó al chico por el cuello de su vieja blusita y lo tiró con fuerza contra la puerta del café. La cabeza del chico pegó contra el vidrio. El cristal se estrelló. Gran ruido... Desplomóse el muchacho, con la cabeza rota, chorreando sangre... ¡Qué lindo caso! Acudió el patrón. Tartarín le dió diez pesos para el vidrio y otros diez para... que hiciera algo que le dijo al oído. Llegó un agente de

policía. Antes de recoger al herido, sacó de su bolsillo una libreta y un lápiz. Comenzó por preguntar al patrón lo que ocurría.)

—Nada—le contestó—. Este muchacho vino a molestar a los clientes. Yo lo hice salir. Al salir, corriendo, se golpeó en el vidrio y me lo rompió. Tendrá que pagarlo. Llévelo a la comisaría.

—Güeno—replicóle el agente, preparando su libreta y su lápiz—. Güeno; pero ¿ande están los testigos? ¿Cómo se llaman?

—Somos nosotros dos—dijo Tartarín—. El señor es Agapito Candileja, y yo Tartarín Moreira.

—Güeno, pues. ¿Saben leer y escrebir?

—Sí.

—Güeno, entonces hagan el favor de apuntar sus nombres en esta libretita, porque yo no sé escrebir...

(Tartarín tomó la libreta y muy serio, escribió: «Benito Villanueva—José Figueroa Alcorta»...)

Cuando el agente se fué llevando al muchacho a la botica, nos reimos con el patrón a carcajadas. Después fuimos al restaurant. Cenamos. Allí Tartarín me contó que lo habían nombrado jefe de policía de una provincia...

—¿De qué provincia?

—No sé. Soy jefe de policía desde hace tres meses.

—¿Y cómo es que no sabes de dónde?

—¿A mí que me importa?... Yo cobro el sueldo y se acabó. Divido las ganancias con mi tío, el mi-

nistro... El me hizo nombrar a los efectos del sueldo. Yo le presto mi nombre para llenar un blanco en las planillas... Además, ocupo varias plazas de guardias civiles. Cobro el sueldo a medias...

—¡Qué talento, hermano!

—Charabón, nomás. Ahora mi tío me ha prometido la dirección de no sé qué instituto de agricultura y cuatro o cinco cátedras de maestro de escuela...

—¿Y cómo vas a hacer para ocupar tanto puesto? Te darán mucho trabajo...

—¡Pucha! Es cosa fácil. Mi trabajo consiste en mandar a mi tío los recibos firmados. Mi tío los hace pagar y yo mocho el dividendo...

—¡Ah, Tartarín! Tú llegarás a grandes alturas.

—Ya lo sé, Agapito. Algún día verás mi efigie reproducida en mármoles y bronces. Los colegios irán a cantarme el himno nacional. Me coronarán de laureles. Los poetas me harán versos. Los tribunos lanzarán frases. Los periodistas... ¡quién sabe qué cosas me harán los periodistas!...

—¡Oh! Nosotros...

—¿Sabes lo que tengo ganas de hacer ahora?

—¿Qué? (Yo pensaba que Tartarín iba a describirme algún proyecto grandioso para el florecimiento de nuestro país. Pero me contestó:)

—Tengo ganas de dar un beso a la cajera del restaurant, que es hija del patrón. (Era una linda rubia. Muy tímida... Nos contemplaba desde la tarima de su escritorio, siempre sonriendo.)

—El patrón se enojará...—le objeté.

—«Veremos, decía Garibaldi, y se tomó mil copas de Marsala...»—me respondió Tartarín.

(Púsose de pie. Se tambaleaba. Ya no veía. Se aproximó a la bella rubia. La muchacha se sonrió creyendo que iba a preguntarle algo. Pero él le dió un abrazo y la besó en la boca. ¡Qué beso más rico! La pobre exhaló un gritito de ratón y se puso a llorar. Tartarín, enojado, le dió entonces, con elegancia, una bofetada en pleno rostro. Hubo un crujido. Se desmayó la muchacha. Chillaron los camareros. Acudió el patrón. Vociferaba.)

—¿Qué ocurre? ¿Quién ha pegado a mi hija? ¿Quién?...

—Yo, señor—contestóle Tartarín riendo.

—¡Ah, miserable! Es usted un cobarde, un asesino... ¡Pegarle a una mujer!... Voy a llamar la policía...

—No llame usted a nadie, patrón. No le conviene. Yo soy Tartarín Moreira. ¿Cuánto le debo?

—¡Ah! ¿Conque usted es el doctor Tartarín Moreira? Entonces, son cien pesos, más la adición...

—Bueno. Basta. Tome ciento cincuenta... Adiós.

—Muchas gracias—replicóle el patrón—. Si usted me lo hubiera dicho un momento antes le habría resultado más barato... Mañana, doctor Tartarín, atenderá la caja mi mujer...

CAPITULO V

Empieza la novela

El director del Manicomio estaba en su bufete. Hizo sonar la campanilla. Un criado apareció.

—Dile al doctor Plomitz que quiero verle. Pronto, ¡Vete!

Su voz, de áspero timbre, era, como siempre, brutal. El criado, tembloroso, echó a correr hacia los pabellones. Al irse, murmuraba:

—¡Vaya un genio! Estamos de tormenta. Alguna cosa grave está por suceder.

Bastaba contemplar al director para convencerse de que, en verdad, algo grave ocurría. Se paseaba, nervioso, por la sala. De pronto, deteníase y miraba sin ver, un bordado cualquiera de la alfombra. Luego proseguía su paseo observando la puerta de entrada con sus pequeños ojos sombríos.

—¿Se puede?

—Sí. Adelante...

—Con permiso, señor director.

Era el doctor Plomitz. Un joven rubio, de cuerpo vigoroso y gallardo. Estaba en el umbral.

—¿Me ha llamado usted?

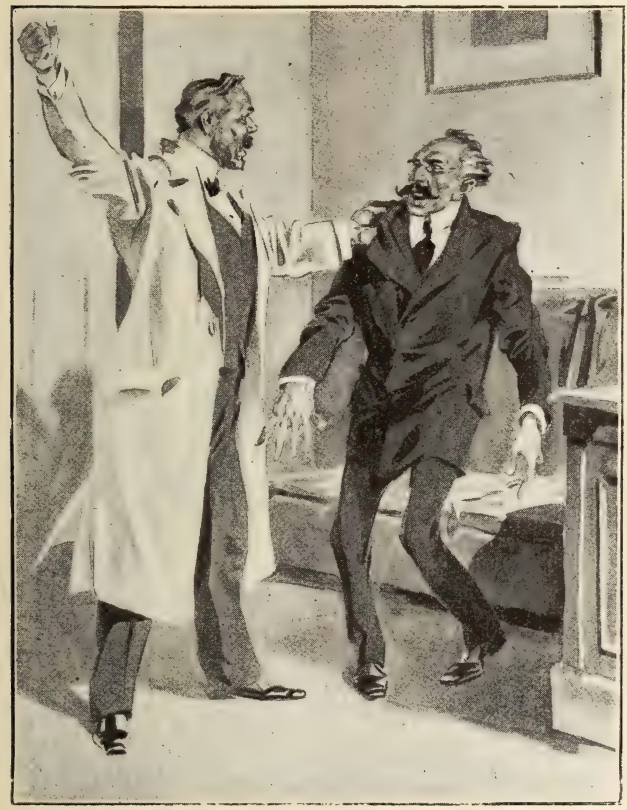
—Sí, hombre... Adelante. Hace una hora que lo estoy llamando. ¿Cree usted que un médico interno no debe acudir tan pronto como lo llama el director?

—Pero, señor... No hace ni dos minutos que el criado me avisó. Aquí estoy. ¿Qué desea?

—Deseo lo siguiente...

El director era un hombre de pequeña estatura. Hablaba velozmente, como todos los seres de espíritu nervioso. Placíale cambiar de tema sin emplear transiciones. De cara, no era feo. Solamente sus ojos eran demasiado turbios y demasiado chicos. Demasiado malignos... De cuerpo era, sin duda, horrible. Poseía rasgos especiales que le asemejaban a un camello. Era rengo y, además, jorobado. Al andar, su enorme jiba se balanceaba a impulsos de su extraña cojera. Viéndole correr por los jardines del hospicio—tarea a que se entregaba para hacer sus digestiones—era fácil confundirlo con algún camello. Un camello cruzando un arenal... Por fuera era lo mismo que por dentro: un camello. Su espíritu era cojo. Su corazón tenía jorobas. Su cerebro rumiaba las ideas... Trataba a los cuerdos y a los locos con desprecio agresivo. Era un hombre instruído. Pero mal educado. Este desnivel entre el cerebro y la acción se observa continuamente en los hombres que estudian con exceso.

El doctor Plomitz conocía su carácter bien a fondo. Al oirle vociferar no se inmutó. Y con su habitual tranquilidad sajona, aguardó la tormenta.



—Sí, señor. Me voy. Pero antes quiero responder como debo a sus insultos

—Ha cometido usted una grave falta—le dijo el director.

—¿Yo?—respondió el doctor Plomitz—. Siempre trato de cumplir mi deber.

—Le repito que ha cometido usted una grave falta. Es tiempo de que finalicen estas incorrecciones... ¿No era usted anoche el médico de guardia?

—Sí.

—Ya lo sé. ¿Y no fué usted quien recibió a un joven enfermo, que trajeron dos damas, atado, en un carruaje?

—Efectivamente. Su nombre consta en el registro. Se llama Tartarín Moreira. Veinticinco años de edad. Soltero...

—Basta, doctor Plomitz. Ha cometido usted una falta grave. Insisto. No debió usted admitirlo... Ese joven ha sido víctima de un engaño. Es preciso ponerlo en libertad...

—No veo la causa... Las damas que lo trajeron, cumplieron los requisitos que exige el reglamento. En la mesa de entrada podrá usted hallar los certificados de los médicos de policía doctores Benítez y Mandiola, que han examinado al paciente. Y créame, señor director, que ese caballero está loco...

Al oír esta última palabra el director no pudo contenerse. Se puso de pie y mostrándole los puños, le gritó al doctor Plomitz:

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Miente usted como un canalla! ¡Ese joven no está loco!

El doctor Plomitz recibió el agravio sin moverse.

Enmudeció. Y pálido, pero siempre sereno, se aproximó a la mesa y se puso a escribir rápidamente. Luego entregó al director el pliego escrito.

—¿Qué es esto?

—Es mi renuncia.

—Perfectamente. Váyase usted.

—Sí, señor. Me voy. Pero antes quiero responder como debo a sus insultos.

Y con una rapidez colérica, el doctor Plomitz subrayó sus palabras con una bofetada estrepitosa. El director se tambaleó, cayendo de espaldas sobre el canapé. Echó mano al bolsillo zaguero de su pantalón. Al ponerse de pie esgrimía un revólver. Apuntó a la espalda del doctor Plomitz que, en aquel preciso instante, atravesaba el dintel de la puerta. Hizo fuego:

—¡Pum!

No se oyó ni un lamento. Ni un grito. Nada...

Cuando el humo del fogonazo le permitió mirar, el director quiso ver el cadáver. Dirigió la vista al suelo y vió al doctor Plomitz, de pie, que le miraba irónico y sereno.

—No tema usted, señor director. No estoy herido.

El jorobado le miraba atónito.

—No tiene usted puntería para asesinarme, señor director. Pruebe usted con su hijo. Haga otro... «experimento». Está en la sala número 3, cama número 12...

—¿Mi hijo?—exclamó el director dejando caer

el revólver—. ¿Entonces usted lo sabe? ¿El se lo dijo?...

Pero el doctor Plomitz ni siquiera le respondió. Y tranquilamente alejóse, sin dejar de sonreir. Entretanto, el director, con la cara entre las manos, lloraba como un niño...

El portero asomóse por la rendija de la puerta. Lo vió llorar.

—Debe haberse enloquecido. Es el contagio—dijo —Todos los médicos se enloquecen así...

CAPITULO VI

Diversiones científicas

—El número 12 de la sala 3, está gritando. Parece que la ducha que le ordenó esta mañana el doctor Plomitz, no le ha sentado bien.

Una enfermera, rubia y bonita, era quien hablaba a un practicante que bajo el cristal ahumado de sus lentes, ocultaba dos bellos ojos de loco. Eran dos ojos negros, grandes y luminosos.

—Déjalo, Luisita. Ya sabes que estos enfermos gritan cuando son novicios. El manicomio los asusta. Déjalo... Y hablemos de nosotros... ¿El domingo estarás libre? Saldremos a pasear.

—Voy a pedir licencia.

—Bueno. Yo no tendré servicio. Iremos al Tigre en automóvil, ¿quieres?

—No me animo, Pedro. Tengo miedo. Si alguien nos ve y se lo cuenta al director, me quitan el empleo...

—No seas tonta. En un automóvil cerrado y con las cortinillas bajas...

—¿Oyes, Pedro, esos quejidos? ¡Hace cuatro horas que se lamenta! ¡Qué gritos más espantosos!

Es el número 12... ¿Con qué podremos calmarlo? Ese infeliz está asustando a toda la sala.

—Vamos a verlo—contestó el practicante—. Le daré una inyección.

Atravesaron un pequeño jardín y llegaron a la sala número 3. Las salas estaban casi todas ocupadas. Unos locos dormían. Otros leían libros, diarios y revistas. Un anciano, sentado al pie del lecho, zurcía una media. Cada vez que daba una puntada, se hacía en la frente la señal de la cruz. Tres locos contemplaban, riendo ruidosamente, al desdichado de la cama número 12, que daba gritos furiosos, haciendo movimientos desesperados por librarse del chaleco de fuerza que le ataba los brazos.

—¡Pobre hombre!—murmuró la enfermera—. ¡Tan joven!

El loco, al verla junto a su cama con el practicante, cesó de gritar. Veía llegar una esperanza. Miró como si pidiera una limosna al hombre y a la mujer. Parecía que sus ojos querían salírsele de las órbitas. Y luego, con una voz suave que contrastaba con su espantoso aspecto, les dijo:

—¿Quieren tener ustedes la bondad de quitarme esta faja? ¿Por qué me torturan? Si creen que estoy loco, cúrenme... Pero cúrenme honestamente con drogas y con venenos, pero no con chalecos...

—Le daremos una inyección para que no sufra—respondió el practicante que hablaba como un médico o como un aprendiz veterinario.

—¿Inyección? ¿Y para qué me van a dar una inyección?

—Para que no sufra. Así no gritará.

—Vea, señor practicante—interrumpió uno de los locos que asistían a esta escena—. Permítame usted que le dé un consejo. Yo, en mi juventud, fuí zapatero, y conozco la vida... Me parece, señor practicante, que para no hacer sufrir a este pobre loco, en vez de darle una inyección, convendría sacarle el chaleco... Vale más eliminar la causa del dolor que hacer cesar los gritos que el dolor le produce.

—Es natural...—exclamó el paciente—. Si me sacan el chaleco no gritaré más. Este zapatero tiene talento porque me comprende...

—No, señor—repuso el practicante ofendido al ser aconsejado por aquellos dementes—. Aquí quien manda soy yo.

—Así es—repuso la enfermera—. El señor practicante es el que debe proceder de acuerdo con su conciencia, sin escuchar las opiniones de ustedes.

—Tiene mucha razón, señorita; si yo tuviera que emplear con los enfermos el sistema de curación que ellos me indican, creo que mis servicios en el Manicomio resultarían inútiles.

—Pero a mí, señor practicante, lo único que me molesta y me obliga a gritar es este chaleco bárbaro. Me aprieta horriblemente los pulmones. No puedo respirar. ¡Si ustedes me lo quitan dejaré de quejarme! No gritaré, lo juro...

—Cállese, amiguito... Y usted, señorita Luisa, tráigame la aguja... Vamos a aplicarle a este joven una buena inyección. Así no sufrirá.

El loco reanudó sus gritos cada vez con más fuerza al ver los preparativos del practicante y de la enfermera. Estos hablaban en voz baja mientras alistaban el líquido y la aguja.

—Si no quieres — decía él — iremos entonces a Adrogué. En automóvil se llega muy pronto. Almorzaremos allá... ¿Está limpia la aguja?

—En Adrogué—contestábale ella—tengo unos parientes y pueden vernos... ¿Le darás la inyección en los brazos o en las piernas?

—En las piernas... Bueno. Entonces si no quieres nos iremos al Tigre.

La enfermera miraba sonriendo al practicante con un cariño lleno de promesas. Por mirarlo casi se pincha con la aguja. Pensaba en el proyectado viaje del domingo. Los dos juntitos. Soñando. Besos y más besos...

—En automóvil y después en bote, ¿quieres, pochongo?

—Sí, rica.

Se aproximaron a la cama del loco. Ella levantó las cobijas. Ante sus ojitos de gata soñadora aparecieron dos largas piernas flacas. Se agitaban con desesperación. Daban pena. Pero Luisa no se conmovió. ¡Oh, la costumbre! Para sujetarle esos feos tentáculos pedestres que tanto se movían, se sentó sobre ellos con todo el vigor de su cuerpo rollizo.

Entonces el practicante hundió la aguja varias veces como si jugara, en la carne marchita del enfermo. ¡Qué dolor! El pobre diablo exhaló un alarido tan de las entrañas que, de las camas vecinas, hasta los locos más inconmovibles miraron con espanto aquella escena de crueldad científica. La muchacha y el practicante volvieron a sonreirse con amor por encima de las dos piernas flacas... Muy poco les duró la sonrisa. Tras el furioso alarido del enfermo oyóse retumbar en la sala un grito inconfundible de rabia y de pavor que hizo palidecer a la muchacha y a su novio. Lívidos y vacilantes vieron que detrás de ellos—agitando su joroba y amenazando con los puños—surgía el director como una fiera. ¡Qué miedo le tenían! Al verlo el loco que zurcía medias, soltó la carcajada gritando:

—¡Un loco! ¡Un loco!

CAPITULO VII

Angustia

Retrocedamos. Cuando el doctor Plomitz hubo salido, el director quedó llorando. En aquel hombre tan nebuloso, tan raro y tan gris que a veces parecía loco y otras veces imbécil, no era por cierto fácil averiguar sus sentimientos. ¿Lloraba de dolor? ¿Lloraba de angustia? ¿Lloraba de impotencia? ¿Lloraba de odio?

De pronto, como si se arrepintiera de llorar o de sufrir en vano, secóse las lágrimas. Irguió todo cuanto le fué posible su torcida columna vertebral. En seguida, como hacen los cobardes para darse valor, habló en voz alta:

—«¡Animo, Jacinto! Es hora de que te quites del alma toda sensación ridícula. Llorar es una costumbre propia de los gatos... Si tienes odio, ladra como los perros; muerde como la víbora; destroza como el león... O mejor: carcome como la polilla que, lentamente, destruye más que el león...»

Y cual si estas pocas frases hubieran tenido la virtud de unos vasos de vino del Rhin o de Capri,

el director se sonrió alegremente. Quien hubiera visto esa sonrisa hubiera supuesto que aquel hombre era feliz. En el fondo, tal vez, era feliz. ¿Acaso no es feliz quien encuentra la manera de llegar a serlo?

CAPITULO VIII

Un loco en libertad

—Llame usted al jefe de la mesa de entradas.

Era el director quien impartía esa orden. Al poco rato entró a la sala con timidez un viejo de cabellos muy blancos.

—¿Me ha llamado el señor director?

—Sí. Gómez.

—Estoy a sus órdenes.

—En el registro ha sido anotado anoche el nombre de un enfermo llamado Tartarín Moreira.

—Efectivamente.

—¿En qué sala está?

—Sala número 3.

—¿Qué cama?

—Cama número 12.

—Puede usted retirarse.

El anciano se fué. Entonces el director volviendo a tomar su revólver dirigióse rápidamente a la sala número 3. Allí llegó en el preciso momento en que el practicante ayudado por la rubia enfermera clavaba la aguja en las piernas del loco.

De un empellón, el jorobado derribó al practicante

y de un grito hizo que la enfermera huyera al interior. Violentamente arrancó las cobijas al enfermo. Desatóle el chaleco de fuerza. A pesar de su pequeñez, alzó al joven en brazos. Lo sacó de la cama, y le dijo:

—Puede usted vestirse.

El joven, asombrado, lo miró. Lo miró con temor. Sin dejar de mirarlo, buscó a tientas su ropa. Se vistió como pudo. No encontraba los botines. El director los halló junto a la cama. Se los puso y, luego, después de colocarle también el sombrero, le dijo:

—Ahora puede usted retirarse. Está usted curado...—Y pensó interiormente: «Ni siquiera me reconoce. Olvida lo que fué. Más vale que así sea!»

Tartarín Moreira había sufrido desde la noche anterior horribles peripecias. Después del mal trato que le habían dado los médicos y los practicantes, la actitud benévola del jiboso chillón, comunicándole que podía retirarse, le pareció estupenda. La creyó digna de un sueño.

—Seguramente — se dijo sin reconocerlo — este hombre debe estar loco.

Y se quedó inmóvil frente al jorobado.

—¿No me ha oído? Yo soy el director... Le he dicho que puede retirarse. Está usted curado. ¡Váyase!

—Muy bien... Pero los porteros no me dejarán salir.

—Yo le acompañaré.

Y Tartarín, arrastrado por el director, salió de la sala, atravesó el jardín, llegó a la portada principal y se encontró en la calle. ¡En libertad! El director sin despedirse le volvió las espaldas...

—Muchas gracias, caballero—le gritó Tartarín.

Nadie le contestó.

—Lo que me pasa a mí—decía Tartarín mientras andaba—no le pasa a ninguno. Durante los veinticinco años de vida que llevo viajando en este mundo jamás me han ocurrido sucesos tan impropios... Creo que debo meditar. No me conviene hacer extravagancias. A fuerza de abusar de mi propia sensibilidad estoy estragando mis sentidos. Veo las cosas de distinta manera que los demás mortales. Y a fuerza de imaginar sucesos fantásticos que luego narro a mis admiradores, me embarco en verdaderas aventuras llenas de sombra y de misterio... Idéntico peligro corrió un pariente mío. Era un francés charlatán y exquisito. Se llamaba Tartarín de Tarascón. Era un artista de la fantasía. Su imaginación era tan perspicaz y tan fecunda, que todo cuanto soñaba se le petrificaba en el cerebro. Al principio, para deleitar a sus amigos, contó algunas

ingenuas mentiras pintorescas. Sus amigos comenzaron por dudar.

—¿Será cierto?—inquirían.

—No, hombre... Deben ser invenciones. Tartarín es un hombre muy gracioso. ¡Créame: son invenciones!

—¿Invenciones? ¿Quién puede probarnos que lo sean? Necesitaríamos la prueba...

Y como es siempre imposible encontrar la prueba de lo que no ha existido, las invenciones fantásticas de mi pariente comenzaron a tomar aspectos materiales en la imaginación de los demás. Hasta el mismo Tartarín de Tarascón murió convencido de que eran verídicos sus sueños y de que sus aventuras eran reales. Lo mismo debe sucederme a mí...

Así prosiguió meditando mientras contemplaba los escaparates y los automóviles.

Sin embargo, ni los automóviles ni los escaparates pudieron distraerlo. Tartarín Moreira tenía el pensamiento fijo en la fama de su lejano primo tarasconés. Al salir del manicomio, violentamente expulsado por su director, había caminado sin rumbo. De pronto, quejóse de dolores internos. ¿Qué podía ser? Algún calambre...

—«Tengo las piernas frías—se dijo—. ¡Ah! Ya recuerdo. Deben ser las inyecciones que me prodigó el practicante del hospital. ¡Cretino! ¡Mozo desagradable! Su lógica era encantadora. Defendía el principio de autoridad al pie de la letra. Así hacen los jueces que trabajan a sueldo...»

Sin haberlo querido, Tartarín encontróse de pronto en la plaza de Mayo.

—«¡Es curioso—exclamó—. Aquí hay un banco». —Lo miró con dulzura. En seguida agregó: «Debe ser un fenómeno de telepatía... Yo estoy cansado y debo haber tenido deseos de sentarme desde hace mucho rato... Pero recién ahora se me ocurre hacerlo.... ¿Y por qué? Porque me aproximaba a esta plaza en donde este banco aguardaba sin duda mi llegada... Verdaderamente tienen razón los musulmanes. Las cosas que deben ocurrir están escritas. No se pueden contrariar los sucesos...»

Tomó asiento en el banco, y allí, con mayor comodidad, prosiguió filosofando:

—«Es agradable sentarse. Sobre todo, cuando el hombre tiene necesidad de un reposo transitorio. Es indudable que una cama resulta mucho más apetecible. Pero en fin... ¿Quién habrá inventado la cama? El mundo es ingrato con el inventor. Nadie lo recuerda...»

Una dama elegante se le aproximó:

—Disculpe, caballero...

—¿Señora?...

—He creído reconocer en usted a un caballero de mi relación a quien estimo y al cual hace ya varios años que no veo.

—Ignoro, señora o señorita...

—Señorita.

—Ignoro, señorita, si yo soy la persona a quien busca; pero le puedo asegurar que sentiría mucho

placer en serlo. O en llegar a serlo. De cualquier modo dígnese tomar asiento aquí, a mi lado. Hablando averiguará usted quién soy...

Tartarín Moreira era galante, aunque también era un poco sinvergüenza. Tales eran sus defectos de raza. Al ver a esa elegante dama, de negros ojos y de voz muy tierna, que con tanta simpatía lo miraba, condensó sus defectos históricos en un solo ademán de caballero. La dama se sentó. Ella guardaba un silencio impregnado de honestidad elegante. Tartarín comenzó con ingenua franqueza:

—¿Entonces usted cree que yo soy el caballero a quién...?

—Sí, señor—interrumpió la joven dulcemente—. No es posible dudarlo. El caballero a quien busco debe ser usted.

—¿Cómo se llama esa persona a quien usted dice que busca?

—No recuerdo. Tengo su tarjeta en mi casa. Pero es así como usted. Los ojos, las manos, los pies, los sentimientos, el corazón, en todo se le parece...

—Me agrada, señorita, la manera sutil de expresar sus ideas, metafóricamente... ¿Es usted francesa?

—Sí, señor. Soy de Francia. ¿Y en qué ha conocido mi nacionalidad? No será, sin duda, en el acento...

—No, señorita. En Buenos Aires, hablamos mejor

el francés que el castellano. Por eso no es posible afirmar que todos los que hablan con tonada francesa, sean franceses... Pero, he conocido que usted es de Francia, en la manera de decirme muchas cosas encantadoras sin siquiera decírmelas...

Tartarín no pudo continuar. Un agente de policía aproximóse a la pareja y los tomó de un brazo.

—Señor agente—protestó Tartarín con refinada cultura—, creo que usted se equivoca. Usted no me conoce.

—La policía nunca se equivoca. Sé quién es usted.

—Entonces—interpuso la señorita—si es a este señor a quien usted necesita detener, le ruego me deje en libertad...

—Tampoco. A usted también la conozco. Tendrán que acompañarme los dos hasta la comisaría.

—Permítame, señor agente. Nosotros no lo acompañaremos a usted—arguyó Tartarín.

—¿Qué no? Les pondré la cadena—rebuznó el policía.

—Ha comprendido usted mal. Quise decirle a usted que mientras no se nos pruebe algún delito, nosotros no lo acompañaremos a usted a ninguna parte. Será usted quien nos acompañe a nosotros hasta la comisaría... Señor agente: usted debiera aprender el valor de los vocablos jurídicos.

No sabemos si Tartarín se quedó satisfecho de su aclaración gramatical, o del empellón que le diera el agente. Lo cierto es que, muy tranquilo, se puso en marcha. El agente dióle el brazo derecho a la dama y el izquierdo a Tartarín. Era discreto. Los tres unidos, se alejaron. El público que les veía pasar creyó, sin duda, que el agente era el marido, la señorita su mujer y Tartarín su amigo.

—Menage a trois...

—Señor comisario...

—Cállese. Nadie le pregunta nada.

—Precisamente, señor comisario. Mi educación me obliga a saludar a un caballero que no me incomoda con preguntas molestas. Desearía saber por qué causa estoy preso.

—Por sus vinculaciones.

—¿Por mis vinculaciones? ¡Qué felicidad! Usted me conoce. Conocerá usted a mi familia...

—No, señor. Pero la policía le ha encontrado a usted en conversación íntima con una mujer que tiene ya varias entradas por ladrona...

—¿Ladrona? No puede ser.

—¿Que no puede ser? La hemos registrado. Vea usted las alhajas robadas que llevaba encima.

El comisario indicó sobre la mesa, un montón de cadenas, relojes, aros, brillantes. Tartarín miraba

las alhajas. De pronto gritó, al mismo tiempo que se revisaba los bolsillos:

—Esta es mi cadena... Ese es mi reloj... Ella me los ha robado. Ahora comprendo. Tuvo usted razón en detenerla. ¡Era una ladrona! Y yo que lo ignoraba... ¡Viva la policía!

Tartarín intentó apoderarse de su cadena y su reloj. El comisario lo detuvo, riéndose:

—No se apresure, joven. Eso no es suyo. Tendrá usted que ir a la cárcel. Por complicidad con ella, se ganará usted cinco años de presidio...

—¿Yo?—dijo Tartarín, mareado de angustia y loco de desesperación—. Pero, esto es un crimen. Soy inocente...

La palabra «inocente» hizo reir ruidosamente al comisario. Tuvo que apretarse el vientre para no estallar. ¡Qué risa!

—¡Inocente! ¡Ja, ja, ja!

Para la policía la palabra «inocente» carece de valor. Tartarín no lo sabía. Lloraba de rabia. Se mesaba el cabello. Se mordía los puños. Suplicaba. Injuriaba. E hizo, por fin, cosas tan estrambóticas y pintorescas, que el comisario dejó un momento de reir, para ordenar a un oficial:

—Avise al Manicomio que manden el carrito. Hay que llevar a este pobre hombre. Bien me parecía que el infeliz estaba loco... Póngale el «chaleco de fuerza». ¡Ja, ja, ja!

CAPITULO IX

Tartarín Moreira en el Manicomio

Enchalecado, con los ojos fuera de las órbitas, gritando—loco de verdad—llegó Tartarín, de nuevo, al Manicomio. Con el cerebro obscurecido, sólo pensaba en las horribles duchas de agua helada y en los pinchazos de las inyecciones. Ni siquiera pensó en el director del hospicio que con tan extrañas maneras habíale puesto en libertad. ¿No le salvaría del chaleco por segunda vez?

Penetró, dando gritos, en la sala donde ya había sufrido tan cruelmente. Para ellos, Tartarín no era el mismo. Era otro... El viejo que zurcía medias, se le aproximó a preguntarle:

—¿Cómo te llamas?

—Tartarín Moreira.

—¿Por qué lloras?

—Porque me traen aquí otra vez.

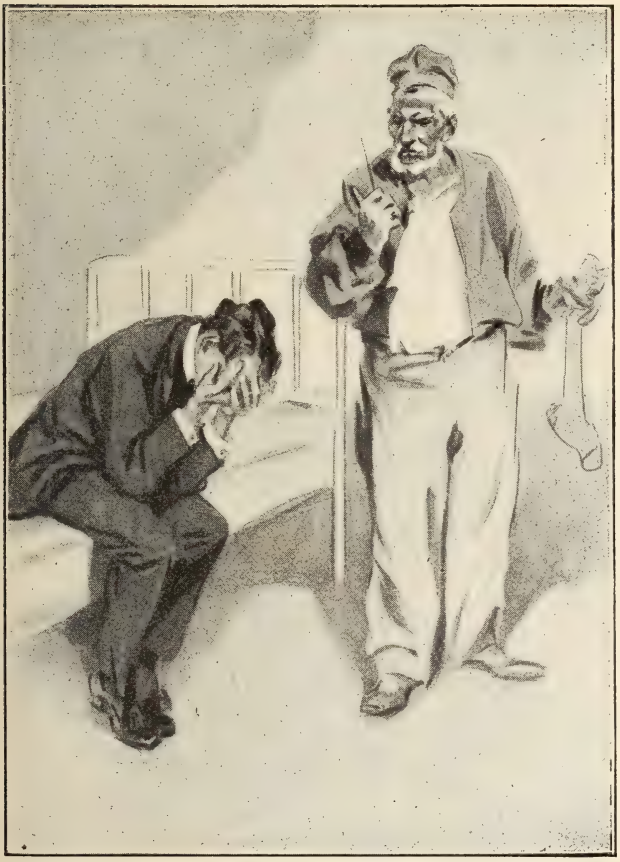
—No te quejes, tonto. Acá serás feliz. Si quieres serlo, ríete. Si te ríes, no te castigarán.

Tartarín dejó de lamentarse. Las palabras, del anciano le conmovieron. Eran las de un estoico.

—Al fin y al cabo—se dijo—yo también soy filósofo. Debo tomar las cosas tranquilamente. Insisto en creer que tienen razón los musulmanes. Estaba escrito que yo debía venir al Manicomio. El director me puso en libertad contrariando las órdenes divinas y aquí, a pesar de todo, estoy cumpliendo esos mismos mandatos...

Mientras Tartarín, sentado al borde de la cama, murmuraba estas creencias, vino la rubia enfermera a preguntarle si deseaba comer. El, por instinto, echóse para atrás. Creyó que el practicante no tardaría en llegar con la homicida aguja de las inyecciones. Pero la muchacha le desató el chaleco y con amabilidad trájole más tarde una taza de caldo...

Tartarín se fué habituando a la tranquila vida del hospicio. A medida que se ponía en contacto con los alienados, comenzaba a creer que estaban cuerdos. Casi todos tenían sus mismos pensamientos. Por eso Tartarín creía a sus compañeros lógicos y sanos. No os extrañéis, lector... Es un espejismo natural. Es un fenómeno corriente. Damos la razón a quienes piensan como nosotros pensamos... Llamamos locos a los que piensan de manera distinta. A medida que Tartarín creía que su cerebro mejoraba con la adquisición de otras ideas—ideas de manicomio—los médicos, los practicantes y hasta las enfermeras, lo consideraban cada día más loco...



Si te ríes no te castigarán

Tres años habían transcurrido. Siempre sin novedad. Algunos asilados se habían muerto. En cambio, otros nuevos dementes alegraban ahora con su tristeza, la monotonía del hospicio.

Tartarín fué el amigo de todos. Su franqueza, su cultura, su valor y sus conocimientos le conquistaron simpatías. Era el caudillo, el jefe, el emperador de todos los alienados. No contento con dominar en el departamento de los hombres, quiso imperar en el de las mujeres. El departamento de los hombres estaba separado del de las mujeres por una simple tapia y muchos árboles. Como Tartarín tenía coraje, a menudo ayudaba a los médicos en las operaciones peligrosas donde era necesaria mucha sangre fría. Así pudo penetrar en el departamento de las mujeres. Varias veces suplicó a los practicantes. Hablaba con las locas. Analizaba sus manías. Y todas lo consideraban hombre cuerdo porque les daba la razón en todo...

Un día ocurriósele preguntar por el director. Desde la tarde en que el jorobado lo puso en libertad, no lo pudo ver más.

—¿Dónde está el director?

—¿Cuál director?—inquirió un enfermero.

—Aquel jorobado y feo que yo ví hace tres años...

—¡Ah! ¿El doctor Jacinto Rosa? ¿No sabe usted que está loco? Vive aislado. Es peligroso.

—¿Se hospeda en este mismo manicomio?

—Sí. En aquella habitación del fondo. Está siempre cerrada. Le alcanzan la comida en el extremo

de una caña, porque muerde a los que se le acercan. Parece que un perro lo mordió... De noche ladra...

—Me gustaría conversar con él.

—No haga tal cosa. Es malísimo.

—Conmigo se portó muy bien.

—No estaría tan loco como ahora. Tres médicos que se animaron a verlo, han muerto envenenados. Los mordió y se murieron.

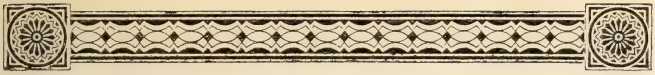
—Me parece un caso interesante.

—Una de sus últimas víctimas fué el doctor Plomitz, a quién él despidió del hospital. El doctor Plomitz, al saber que el director estaba loco, quiso verlo. Tan pronto como el jorobado lo reconoció, se le echó encima. Le clavó los dientes en el cráneo... No murió, pero perdió la razón de resultas del veneno que, en el mordisco, le inyectaron los dientes del director, pues sufre el «mal de víbora»...

—¿Y dónde está el doctor Plomitz?

—En el pabellón de distinguidos. En una pieza reservada. También es peligroso. Muerde. Está rabioso...

Tartarín no dijo a nadie nada. Sin embargo, en el fondo de su corazón, formó el proyecto de visitar al jorobado y al buen doctor Plomitz. La desdicha de ambos le daba ganas de reir. Y pensó, por quien sabe qué extraña coincidencia, en el comisario que se rió de su ingenuidad cuando en la comisaría atrevióse a proclamar su inocencia.



CAPITULO X

El discurso del árbol

Era un día de fiesta. Sol. Verano. Exceso de alegría y de luz en el aire. A las tres de la tarde se abrían las puertas del manicomio. Los jardines que rodeaban el hospicio, se llenaban de parientes y amigos de los asilados. Algunos llevaban, ocultos en la ropa, paquetes con frutas y fiambres, que luego, en compañía de los locos, devoraban a escondidas para que los guardianes no los descubrieran. De ese modo no era fácil distinguir los cuerdos de los locos...

Entre los visitantes, había dos damas cuyo aspecto sombrío y misterioso, llamaba la atención. Entraron con timidez. Cruzaron el jardín. Al llegar a la oficina del administrador, hallaron a Pedro, el practicante. Con un amable gesto, una de las damas lo detuvo.

—Disculpe, señor practicante...

—¿Qué desea usted, señora?

—Desearía ver a uno de los asilados.

—¿Cómo se llama?

—Tartarín Moreira.

—Precisamente, esta allí. ¿Lo ve? Se ha subido a aquel árbol. Mírelo...

Las damas miraron. Una de ellas, la más anciana, se estremeció. Dos lágrimas brotaron de sus ojos tristes. Eran dos lágrimas pequeñas. Aparecieron en los lagrimales. Se detuvieron allí, un instante. Y luego, con una rapidez vertiginosa, corrieron paralelas por la cara y se disolvieron en las muchas arrugas de la boca... He observado que cuando se experimentan dolores muy hondos que tenemos la obligación de guardar bajo llave, se lloran, casi siempre, lágrimas así. Y si no temiera quitar emoción a este relato, diría que sólo lloran de ese modo las madres que sufren por causa de los hijos...

—

Las dos mujeres se aproximaron al peral. En las ramas estaba Tartarín. Vestía la blusa y el pantalón azul que ordena el reglamento. Pronunciaba un discurso. Al pie del árbol, treinta o cuarenta locos—unos parados y otros en cuclillas—escuchaban con gestos extraños y miradas llenas de fe, las frases de Tartarín:

—«La locura, señores—clamaba el joven con su tranquila seriedad de apóstol—es simplemente un don magnífico y misericordioso con que Dios ha obsequiado a ciertas almas. Niego, terminantemente, que la demencia pueda ser un mal, como dicen los médicos. La locura es una fuerza dinámica pre-

ciosa. Aún no ha llegado al mundo el hombre capaz de extraer de la locura el oro que puede conseguirse.»

Era tal la elocuencia de Tartarín, que el árbol se balanceaba a impulsos de su lógica y de sus ademanes. Un loco, creyendo, al parecer, que el árbol se caía, puso la espalda para sostenerlo. Tartarín vió la virtuosa acción de ese valiente y la elogió en voz alta:

—He aquí, señores, un hombre que valdría mucho en la humanidad si la ignorancia de los sabios no le hubiera encerrado en este manicomio... Ahí lo tenéis. Con toda buena fe pone su espalda para impedir que mi tribuna se desplome... No teme la muerte que pueda producirle mi derrumbe. Expone su corazón y sus costillas para evitar que yo —un simple mortal—me rompa la cabeza. ¡Abnegado ejemplo! Miradlo...

Tartarín indicaba con la diestra al loco—un tuerto —que en aquel momento restregaba su espalda contra el árbol. Todos lo contemplaron. La admiración radiaba en las pupilas.

—¿Por qué me miran?—exclamó, riendo, el loco.

—¡Oh, valiente! No te miran. Te admiran. Contemplan tu heroica manera de sostener el árbol con tu espalda para que no me caiga y me destroce!

—Es que me estoy rascando—replicó el loco, sin habilidad, pero con regocijo.

Tartarín no se inmutó. Arrancó del árbol una pera. No estaba furioso. A lo sumo, estaría dis-

gustado. Le arrojó la pera al tuerto, con cierta rabia olímpica.

—Eres un cuerdo—le dijo para insultarlo—. Confundido con nosotros, tu aspecto me engañó. Te creí «loco». ¡Eres un gato digno de que te veneren en estatua y compongan en tu prez un himno griego!

El loco recogió la pera. Era sabrosa. Se la comió con cáscara y con hojas. Al final se saboreó los labios con la lengua.

—¡Miserable!—prosiguió Tartarín—. Con los cuerdos acaece a menudo lo mismo que con este imfeliz. Le arrojé una pera como proyectil para matarlo y él transformó la bala en alimento...

Las dos señoras escuchaban a Tartarín, mudas. Lívidas. Absortas...

—¿Quieres que lo llame?—dijo una de ellas a la más anciana—. Bajará del árbol.

—No. Déjalo terminar.

—Os he reunido, señores—prosiguió Tartarín—para comunicaros un proyecto.

Tres años de vida en este manicomio me han facilitado el estudio de las necesidades y de los dolores que nos martirizan. Es bueno que equili-

bremos las cosas de este mundo. Hoy o mañana, dejaremos de vivir. ¡Qué catástrofe! Nos iremos a la metempsícosis sin haber dado satisfacción a nuestros deseos, y lo que es peor, sin experiencia. Oidme bien: cada uno de nosotros guarda en el fondo del alma un deseo. A menudo lo exteriorizamos. Es un deseo que no está de acuerdo con la lógica de la humanidad. Por ello es, sin duda, que la ciencia le llama: «manía». Cada uno de nosotros tiene su «manía», su «deseo»... Los médicos y las autoridades tratan siempre de matar en nosotros ese sentimiento. Y es a tal fin que nos encierran en estas cárceles que parecen tristes y que son alegres como cementerios... Ignoran que nuestras «manías» valen tanto como las «vocaciones». Si un hombre quiere ser abogado, sus padres tratan de costear sus estudios para que llegue a serlo. Si otro quiere ser carpintero, sus padres se empeñan en que lo sea. Si alguno quiere ser sacerdote, el gobierno le paga para que diga misa... En cambio, si «Juan el Lagarto», aquel bello muchacho que me está escuchando y que era cuando chico vendedor de periódicos, tiene la «manía» de creerse presidente de la república, los padres, la policía y los médicos le dicen:

—¡Estás loco! ¡Vete al manicomio!

Y aquí lo encierran. Si otro, como «Lucas el Manco», siendo hijo como es de un ministro, quiere ser barrendero, y sale por la calle Florida, de levita, galera de felpa y una escoba, lo detienen y

lo traen al manicomio en carácter de idiota. Todos tenemos nuestra vocación. No hay loco sin manía... Suponed, por un instante, que a cada loco se le dejara hacer su voluntad.

Que «Juan el Lagarto», fuera presidente. ¡Sería un modelo! Y que «Lucas el Manco» barriera las calles... ¡No habría calles sucias!

—Es elocuente y sabia tu peroración—interrumpió un loco como de 40 años, calvo y de anteojos—. Yo he sido maestro de escuela y he visto en los niños vocaciones que parecían locuras, y los niños, a su vez, veían locuras en mis más razonables ideas... De ahí que nunca pueda saberse en quiénes reside la razón...

—Gracias, Palmeta—díjole Tartarín—. Ya que sabes tan bien comprender el fondo de mis pensamientos, yo quisiera conocer el motivo por el cual te enclaustraron en este manicomio.

—Soy maestro de escuela por vocación y por mi título. Quise reformar el sistema educativo. La pedagogía es una ciencia que sólo comprendemos aquellos que la sentimos.

—¿Y cuál es tu nuevo sistema pedagógico?

—Sencillísimo: 1.º Prohibir a los hombres que aprendan a leer. Con esto se evita la inmoralidad que nos enseñan las novelas y los libros científicos. 2.º Prohibir en las escuelas la aritmética. Con esto, nadie sabrá hacer cuentas. Ni cobrar más de lo justo. Ni engañar con números. Ni dar a los ceros un valor que no tienen... 3.º Prohibir el es-

tudio de la geografía y de la historia. La descripción de las batallas despierta en las almas el deseo de pelear, que es un crimen; y la vanidad del triunfo, que es una tontería. La historia, además, mantiene vivo el amor a la patria, que yo considero también que es un delito. Creer que el trozo de tierra donde nacimos es una patria diferente del resto del mundo, es prohibirle al vecino que crea lo mismo que afirmamos. 4.º Prohibir los ejercicios físicos. Perjudican la salud. Gastan los músculos. Afean a las niñas. Estropean a los jóvenes. El ejercicio físico suministra a los seres una fuerza brutal que les impide ser nobles y sutiles. La fuerza de los brazos quita luz a las frentes. Imagínate que dos caballeros dilucidan una grave cuestión. Uno es fuerte. Ha practicado la gimnasia. El otro es débil. Ha cultivado las ideas... Pues bien, el fuerte, dominado por la dialéctica del débil, busca en su cerebro argumentos para rebatirle. No los encuentra. Rabia. Se muerde el codo, y, para desahogar su mal humor, le aplica una trompada que lo desorienta y desquijara... ¿La acción de este hombre fuerte, podrá ser bella y noble? No. Jamás. La fuerza física es la prostitución de los cerebros desgraciados...

—Magnífico—dijo Tartarín sacudiendo el peral con su emoción—. Esas ideas de reforma fueron las que te trajeron al hospicio... Ahora comprendo. ¡Cuántos de nuestros compañeros estarán, como tú, «locos»! Perdona si empleo la palabra científica: ¡locos! ¡Cuántos serán «locos» nada más que por

haber expuesto en alta voz ideas y proyectos llamados a destruir viejos hábitos y costumbres de antaño!

—Señor Tartarín—interpuso un enfermero que se le aproximó—señor Tartarín: ¿quiere usted bajarse del peral?

—No, señor.

—Pronto sonará la campana. Se aproxima la hora de la cena. Bájese...

—Gracias, monseñor. Descenderé después de cristalizar mis argumentos. Entretanto, retírese.

—Es que hay aquí dos señoras que le quieren hablar. Y si suena la campana, tendrán que irse sin verlo.

—Es justo, señor enfermero. Las ideas están por encima de las damas, porque las mujeres hablan y las ideas convencen. Pero, como es necesario ser aristocrático para ser respetado, concluiré mi discurso y bajaré en seguida. Pondré a los pies de esas señoras mis más extraordinarios homenajes. Mi cultura lo exige. Iré...

Tartarín, haciendo una galante reverencia al enfermero, puso en peligro su estabilidad. Una rama lo salvó. El núcleo de locos aumentaba. Tartarín era simpático. Su voz los atraía.

—Finalicemos, señores—dijo Tartarín cuando perdió de vista al enfermero—. Mi proyecto es el siguiente: os invito a huir del manicomio. Nos ire-

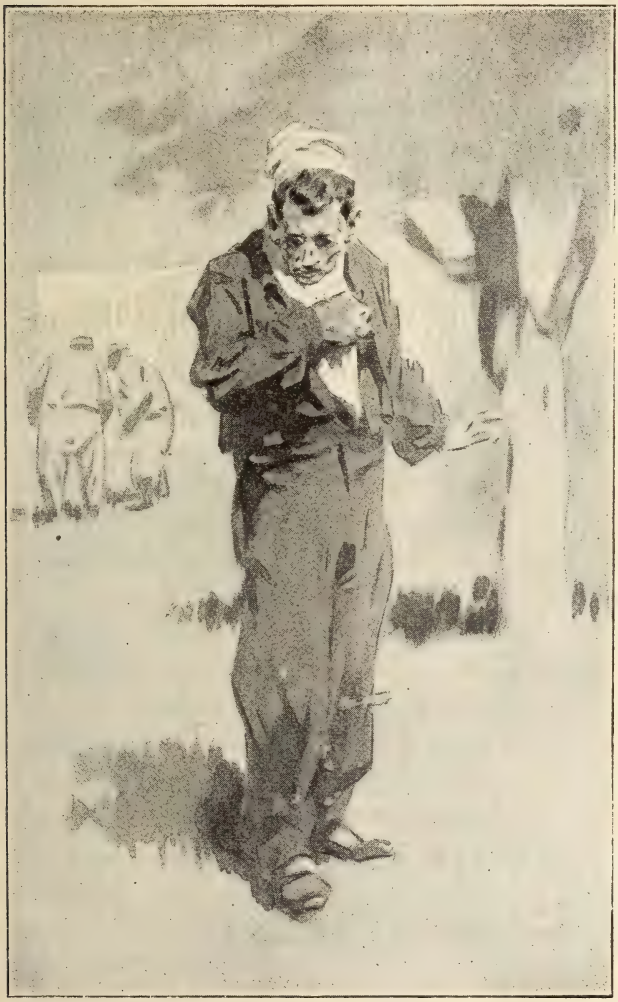
mos lejos. A una región solitaria y encantadora que yo conozco bien. Allí viviremos como los nómadas. Estaremos solos. He conversado ayer con varias señoras y señoritas del departamento de mujeres—también «locas» como nosotros—y dicen que nos acompañarán muy satisfechas. Os ruego hagais correr la voz entre los asilados. Huiremos todos. Fundaremos, allá lejos, una nueva ciudad. Será una genial Locópolis. Será más célebre que Atenas. Más fuerte que Roma. Más bella que Constantinopla. Más artística y fina que París... El alma de nuestra ciudad no será el arte. Ni el comercio. Ni el pecado... Será la locura. A cada uno de nosotros se le dará la ocupación que prefiera. Cada cual expondrá sus ideas y, aunque sean contradictorias, serán aceptadas. La contradicción es la madre de la luz... Nuestras «manías» y nuestras «locuras» serán aprovechadas como fuerza motriz. Viviremos en casas que construirán aquellos que tengan la «manía» de creerse buenos albañiles. «Juan el Lagarto», que se cree presidente de la república, lo será de la nuestra. «Lucas el Manco», será barrendero. El señor Palmeta—que tan sanos proyectos pedagógicos expone—será el jefe de la educación de nuestros niños. Como llevaremos mujeres, la felicidad será completa... Id, pues. Decid a todos los asilados que esta noche es la fuga. A un toque de clarín, todos nos reuniremos a las 12 y echaremos a correr hacia el campo, donde fundaremos la Nueva Ciudad; la gloriosa ciudad de los Locos.

Ni un solo murmullo saludó las últimas palabras de Tartarín Moreira. Los locos estaban conmovidos. En los manicomios, el silencio equivale al aplauso. Un grito, un alarido, un simple zapateo significan disgusto. Pero, en los ojos de todos se veía brillar el entusiasmo. La evocación de aquella ciudad nueva les llenó el alma de cristiana belleza y el cerebro de blancas utopías. Oyendo a Tartarín vieron, quizás, que la vida «era buena»...

Para ellos, vivir en consonancia con el gusto propio—respetando el gusto de los demás—era el resumen de la dicha terrena. El único poeta del hospicio, un joven esteta de alma vigorosa y cuerpo débil, pensó, cuando Tartarín hubo callado:

—¡Qué hombre admirable es Tartarín! Es un genio. Habla desde la verde copa de los árboles al igual de los pájaros, cantando... En cuerpo y en espíritu, Tartarín es un árbol. Sus ramas son las frases. Sus flores, la elocuencia. Su tronco, la fuerza del ideal. Sus frutos, las ideas... Los hombres se parecen a los árboles. Unicamente así se explica que los poetas podamos vivir entre los hombres. Yo seré el ruiseñor de la Nueva Ciudad. Yo seré ei pájaro que cantará las glorias del fresco Bosque Humano, que vamos a fundar en nombre de la luz...

Tartarín Moreira no oyó las rítmicas palabras del mágico poeta. Sin orgullo, pero sin modestia,



El único poeta del hospicio

se apeó de su inocente tribuna vegetal. Si se hubiera encontrado delante de hombres «cuerdos», después de tan sólido triunfo de elocuencia, Tartarín hubiera sido un héroe... Sólo era un Dios adorado Se muerde el codo. Y, para desahogar su mal hu- en el silencio de las almas. ¡Así es cómo suelen adorarse los dioses!... En la ciudad; en el mundo; entre la gente inocua; métrica; de sentido común —cien brazos y cien elogios de posteridad lo hubieran aturdido y apretado. Pero justo es advertir que Tartarín estaba en un hospicio, entre alienados... Por eso cada loco, llevando su locura a cuestas y saboreando el ensueño egoísta de su propia manía, marchóse meditabundo hacia su comedor. Y, unos erguidos y otros agachados, se fueron alejando, como autómatas. Estos por acá. Esos por allá. Aquellos por acullá... El último fué Tartarín. Con su hermosa cabeza cubierta de cabellos largos y renegridos, producía la impresión de un loco, de un sonámbulo o de un genio. Continuaba mentalmente su discurso porque la elocuencia deja en los labios, como el vino, un deseo infinito, insaciable, de emitir opiniones...

Tartarín se detuvo. Vió ante sí a las damas. Lo aguardaban. Una de ellas, las más vieja, la de las dos lágrimas paralelas, fué quien primero habló. Es decir, sollozó:

—Tar-ta-rín... ¿No me conoces?

CAPITULO XI

Dos damas misteriosas

Digamos la verdad. Tartarín no recordaba quién podía ser esa buena señora. Tal vez no recordaba porque, acaso, tenía un deplorable exceso de memoria... Hay personas que guardan una enorme cantidad de remembranzas. Nada olvidan. Todo lo recuerdan... Pero conservan sin orden esos vestigios de la vida pretérita. El cerebro y el alma son pequeños baúles en donde apenas pueden guardar la mitad de lo que vieron. A veces, cuando desean recordar un rostro que han visto alguna vez, no lo consiguen... Buscan. Revuelven. Examinan. Se marean. Tropiezan. Y se ofuscan...

—En verdad, señora—díjole Tartarín—. No recuerdo quién es usted. Sin embargo, su rostro no me es desconocido.

—¿Será posible, Tartarín, que no me conozcas? ¿El corazón nada te dice?

—Si comenzamos así, creo que nos entenderemos —contestó haciendo un esfuerzo de memoria—. ¿El corazón?... Ah, sí. Ya recuerdo. Fué usted quien con otra señora... ésta, quizás—e hizo un paréntе-

sis para señalar a la otra dama—me trajo en un carruaje, atado, por primera vez al manicomio, cuando el director al día siguiente me puso en libertad...

—¡Ah! ¿Recuerdas?...

—Sí. Recuerdo porque sufrí. El hombre es tan desdichado que recuerda mucho mejor las penas que los goces...

—¿Pero no recuerdas haberme visto otra vez, antes de aquella noche? ¿No te acuerdas de tu padrastro?

—No.

—Investiga en tu corazón. Piensa. ¿No recuerdas? ¿Quién soy?

La campana del hospicio dió la última señal de la comida. Tartarín hizo un cálculo entre su estómago y su corazón. Las preguntas misteriosas de aquella señora no satisfacían su apetito. Sintió hambre. Se inclinó ante las damas. Y sin detenerse a escuchar lo que la más vieja le decía, echó a correr. Pero corría lentamente y de costado, para no dar la espalda a las mujeres. Tartarín Moreira era descendiente de gauchos y de franceses. Si por un lado era galante, por el otro...

CAPITULO XII

El ladrido de un perro humano

—No me ha reconocido. ¡Pobrecito!—quejábase la anciana a su amiga cuando Tartarín no se vió más.

—Es extraño—le replicó la otra—. Es extraño que él recuerde la noche que lo trajimos, cuando se enloqueció después del espantoso experimento. Es raro que no recuerde lo anterior, lo «otro». Diríase que recién aquella noche comenzó a vivir. Vive otra vida.

—¡Esa es mi pena! Ni siquiera habla del padre...

—Sí, por bueno que es el padre. ¡Mal hombre! ¡Vaya una herencia la que le deja al hijo: la locura! Más le valiera morirse...

—Es verdad, mi querida Juana. Son amarguras... Pero, él ya está purgando sus delitos. Además, ¿quién podrá decir que mi marido no se equivocó? Si alguno de los dos curara...

—¿Tienes noticia de la salud de tu marido?

—Cada vez está peor.

—¿Sigue encerrado?

—Siempre. Después de morder al doctor Plomitz,

ningún médico ha querido acercarse, a pesar de ser el director.

—Señoras—interrumpió un portero aproximándose—, tengan la bondad de retirarse. Vamos a cerrar.

La más anciana se cubrió la cara con un velo.

—Este portero sabe quién soy—dijo en voz baja—. No deseo que me reconozca.

Fueron saliendo. En la penumbra del crepúsculo, por sobre el silencio trágico que envuelve por la tarde a los hospitales, a las cárceles, a los cementerios y a los manicomios—que son los cuatro puntos cardinales de la vida—se oyó un espantoso alarido de fiera. Parecía un trueno que saliera de la boca de un león.

—¿Qué es eso?—inquirió la señora más joven.

El guardián, que se reía del susto de las dos mujeres, repuso:

—¡Oh! Todas las noches grita lo mismo. Es un perro rabioso. Le llamamos «el Director». ¡Ja, ja, ja! Está ladrando a la luna—concluyó el guardián con sorna de bellaco.

—¿Y anda suelto?

—No. Está en el fondo, encerrado. ¡Ja, ja, ja!

—¡Es usted un infame!—gritó la más vieja al guardián que, sorprendido, quebró su carcajada en una mueca de asombro. El hombre les dió la espalda. Y se fué.

—¿Por qué le dices eso, María?

—Cállate. No preguntes...—y lloraba.

Ya en la calle, la más joven exclamó, todavía con miedo:

—¡Qué susto, querida! Debe ser un animal espantoso ese perro que nos ha ladrado. ¡Dios mío!

—Cállate, Juana, por favor. Ese que has oído ladrar, no es un perro. Es mi marido.

Un sollozo le cerró la boca. Siguieron andando, mudas, temblorosas. Ambas, al recordar el alarido que todavía llevaban clavado en el tímpano, apuraron el paso. Corrían.

CAPITULO XIII

La señal

En las distintas salas del manicomio, la atmósfera presentaba síntomas extraños. El temporal era inminente. Se cuchicheaba. Se murmuraba. Los locos se miraban de reojo. Los más fríos, los extáticos, los indiferentes, se movían inquietos y nerviosos. La convocatoria para la fuga había circulado con una rapidez sorprendente. Sólo los enfermos, aquellos que no podían moverse y también los idiotas, los microcéfalos y demás deficientes—que no podían considerarse locos porque eran estúpidos—sólo los inválidos, en fin, se quedarían en el manicomio. El resto, hasta los furiosos, los enchalecados, se irían con Tartarín. El apóstol se pondría a la cabeza como un emperador. Sería el jefe de la fuga. Las locas también estaban avisadas. Tartarín encontró manera de comunicarles la noticia por encima de la pared divisoria. En puridad, podía decirse que las desdichadas se pusieron «locas de contento» al saber que pronto estarían libres. En la Nueva Ciudad podrían desahogar sus virtudes, sus instintos, sus religiones y sus vicios. Tartarín, trepado en la

pared, les hablaba con elocuencia. Las locas lo miraban desde abajo con adoración.

—Sí, señoras y señoritas, allá estaremos en libertad. Vosotras las mujeres que sois aquí las esclavas, seréis allá iguales a nosotros.

—¡Qué suerte!—exclamó una muchacha gruesa, con anteojos y melena revuelta—. ¡Qué suerte!... Y, dígame, señor Tartarín Moreira: ¿allá podremos votar?

—No, señorita. Nadie votará. No habrá nunca elecciones. Cada cual desempeñará el empleo o profesión que más le agrade...

—Yo quiero ser artista de café concierto—dijo una vieja fea como un trapo.

—Lo serás.

—Yo quiero ser monja—dijo una niña bella como un traje de novia.

—Lo serás.

—Yo quiero tener cuatro maridos—agregó una morocha de ojos grandes, plenos de histerismo.

—¡Hum! ¡Hum!—dijo Tartarín—. Creo que ustedes son más exigentes que los hombres. Pero no importa. Tendrán lo que desean... Hasta luego...

Y se fué corriendo, para activar entre los hombres la soñada fuga de la media noche.

—Sobre todo—recomendaba Tartarín, impartiendo órdenes a gritos—, sobre todo que no se enteren ni los médicos, ni los practicantes, ni los enfermeros. Nadie.

Pero cómo la mayoría, incluso Tartarín, habla-

ban de la fuga en voz alta, los primeros en enterarse de ella fueron los enfermeros, los practicantes y los médicos...

—Señor doctor—le dijo Pedro al médico que dirigía interinamente el hospicio desde que se enloqueciera el director—; los locos están tramando una fuga para esta noche.

—¿Sí?

—Sí, doctor. Dicen que a media noche se escaparán quinientos alienados llevándose las mujeres del hospicio... Quieren fundar una ciudad para ellos solos.

—¿Y cómo sabe usted eso? ¡Qué gracioso!...

—Porque organizan la fuga gritando. Creen que hablan en voz baja, pero gritan: «A media noche, ¿eh?—Convenido»—dicen. «No olvidarse. Cuando suene el clarín. Todos a la calle»... Y los demás responden:—«Oh, entendido.—Sí...»

—¡Ja, ja, ja! Déjelos, querido Pedro. ¿Cómo supone usted que se puedan escapar? ¿Cree usted fácil poner de acuerdo a quinientos dementes? No. Es imposible.

—Yo también creo lo mismo.

—Entonces... Vamos a dormir.

Y durmieron tranquilos. Sin embargo, a media noche, Pedro el practicante, se despertó sobresaltado. Un ruido que presintió sin comprender hízole abrir los ojos.

—¿Qué hay?—dijo—. Saltó de la cama. Escuchó. ¡Horror! En los jardines, rompiendo el macabro

silencio de la noche, estallaban las notas vibrantes de un clarín.

—¡La señal!—gritó Pedro, horrorizado. Y desnudo, se arrojó al jardín por la ventana. Quería llegar rápidamente a la habitación del médico de guardia y tocar la campana de peligro, para evitar la fuga.

El clarín, como una garganta, exhalaba notas melodiosas de guerra. A lo lejos, le respondió un ladrido. ¿Un ladrido? Parecía un lamento. Parecía el llanto de un perro que lloraba de rabia. ¿Era un hombre?

—Le llamamos «el Director»—había dicho el portero aquella tarde a las dos mujeres enlutadas.

CAPITULO XIV

Un experimento salvaje

Retrocedamos...

—No se moleste usted, doctor. ¿Quiere otra copita de champagne? ¿Dulce?

—No, doctor. Lo prefiero extra seco.

—Yo también lo prefiero seco... Se paladea mejor.

—Mantiene la impresión mucho más tiempo. ¡Es delicioso!

¿Quiénes eran los que así conversaban? ¿Negociantes de champagne? No... Eran dos célebres médicos. Muy sabios y muy ilustres. Estaban de sobremesa en el «fumoir». Fumando y bebiendo, llegaron por fin al tema que les interesaba. Uno de ellos, el más viejo—en cuya casa estaban—era jorobado y rengo. Su fealdad era tan grande como su talento, que era mucho... El lector ya le conoce. Unicamente que el lector—por capricho del novelista—le conoció después de haber ocurrido la escena que narramos ahora. Este es un capítulo retrospectivo. Antes de enloquecerse, el doctor Jacinto Rosa, director del Manicomio, era un hombre con el cual se podía conversar tan amablemente que uno se

olvidaba de su fealdad repulsiva. Ya viejo, habíase casado con una viuda, no muy joven, pero bastante bella para seducirlo. Ella tenía un hijo. El lector también ya le conoce... Era Tartarín Moreira. La madre de Tartarín—hija de franceses, naturales de Tarascón—se casó con un hijo de Juan Moreira, oriundo de la provincia de Buenos Aires... Su esposo, al morir, sólo le dejó deudas: era criollo. Ella resolvió ser práctica: era descendiente de franceses. Con un hijo a quien criar y sin dinero para mantenerlo, vió negro el horizonte. Quiso blanquearlo. Felizmente halló en su camino al sabio, rengo y jorobado. Pero rico... Y se casó con él. El Director del Manicomio era padrastro, pues, de Tartarín.

—¿Eres feliz?—le preguntó una amiga a la viuda de Moreira, poco tiempo después del casamiento.

—Sí. Soy feliz—replicó ella—porque mi marido adora a Tartarín. Es muy raro encontrar un padrastro que quiera al hijo ajeno... Por eso soy feliz.

El lector conoce a Tartarín y al director. Sólo le falta conocer a la madre del primero. Pero, ¿no la conoce?... Sí, es la viejecita, que con su amiga Juana, asistió al discurso de Tartarín, cuando habló aquel domingo desde el árbol. Tartarín, como se recordará, ni siquiera la reconoció. Ella se fué

llorando, mientras su esposo, loco, ladraba su demencia a la luna...

¿Y la escena retrospectiva?

Prosigamos:

—Bueno, querido doctor—decía el jorobado—creo que mi experimento resultará magnífico.

—¿Y el fluído?—inquirió el otro.

—Lo extraje del cerebro de un hipertrofiado. Un negro abisinio. Un caso curiosísimo. Era un idiota perfecto. Mi teoría es esta: «de la suprema idiotez debe surgir la suprema sabiduría».

—¿Y la inoculación? ¿Dónde?

—En la base del cráneo. Todo consiste en hacer llegar el germen de la idiotez hasta el encéfalo. Entonces, el cerebro se ilumina. La inteligencia se agranda. Y, por el choque de los fluídos mentales, nacerá el super-hombre. El genio...

—¿Podemos probar?

—En seguida.

—¿Con quién?

—Con mi hijo, es decir, con el hijo de mi mujer. Con Tartarín.

—¿Y él, acepta?

Al principio, se negó. «No quiero ser conejito de la India», dijo burlándose. Pero, le dí suficiente dinero para que lo jugara en el hipódromo y lo

derrochara en los cafés. Aceptó... Pero, él cree que es un experimento sencillo. Una simple prueba de curiosidad científica, como la vacuna, sin peligro ninguno.

—¿No sabe que puede morir en la prueba, o que, en el mejor de los casos, puede volverse loco?

—No sabe nada de eso.

—Entonces, podemos empezar. ¿Tiene usted todo pronto?

—Sí. Para no despertar sospechas en los médicos del hospicio, no he querido hacer allá el experimento. Prefiero hacerlo aquí, en mi consultorio.

—¿Empecemos?

—Empecemos.

Empezaron por llamar a Tartarín. Llegó muy contento. Con su espíritu dócil, mostróse irónico y placentero. Es bueno recordar que su padrastro le había regalado una cartera que, aunque de fea cubierta, era muy hermosa en su interior: estaba repleta de billetes...

—¿Dónde me coloco?

—Aquí. En la mesa de mármol.

El otro médico—cuyo nombre jamás conocerá el lector porque aún no ha muerto y porque él fué quien me narró esta historia singular—ayudó a Tartarín a tenderse, largo a largo, y boca abajo, en la mesa. El jorobado tomó una aguja hueca, de acero, con una pequeña válvula de caucho en el extremo superior. La introdujo en un misterioso

Encontró a su hijo en un delirio espantoso

tubo de vidrio para que absorbiera un líquido azulado. Después, con una agradable sonrisa diabólica, el jiboso subióse a un banco. Escarbó con los dedos la nuca de la víctima. Apartóle el cabello y mientras el otro médico sujetaba al paciente por los brazos, él le hundió rápidamente con una fuerza hercúlea, la aguja en el cerebro. La aguja penetró no se sabe por dónde, pero sí muy cerca del occipital...

Tartarín exhaló un grito horrible. Luego se desmayó. La herida del bisturí no dejó más huella que un puntazo. No hubo sangre. El cabello ocultó la incisión... El jorobado y su amigo, sin impacientarse, quitaron de la mesa al infeliz. Lo llevaron a la sala. Lo sentaron—desmayado aún—en el sofá. Le arreglaron el traje y la corbata. Encendieron las luces. Tomaron otra copa de champagne, y salieron...

—Mañana conoceremos el resultado—dijo el médico misterioso.

—Será magnífico. ¡Estoy seguro!... Creo haber creado un «super-hombre». Un genio...

—¿Y la esposa de usted? ¿Dónde está?

—La mandé al teatro, con una amiga. Ella sabe lo del experimento. Pero cree que es una prueba sin peligro ninguno. No obstante, la alejé. Podía asustarse al oirlo gritar.

—¿Y si el experimento no diera resultado? ¿Y si, cuando regrese del teatro, su mujer encuentra al hijo, muerto?

—Nadie podrá decir que fuí yo quien lo... operó. ¡A menos que usted...!

—¡Doctor!...

—¡No! Ya sé. Tengo confianza en usted. Pero, en resumen: ¿acaso el doctor Jenner no sacrificó también su propio hijo para legar al mundo el prodigioso invento de la vacunación?

Cuando la madre de Tartarín llegó del teatro, encontró a su hijo en un delirio espantoso. Estaba rompiendo muebles, espejos, cristales; incendiando la casa; loco; furioso, horrible... Tenía los ojos fuera de las órbitas. El cabello revuelto. Estaba medio desnudo.

A los gritos de la madre, llegó la policía. Maniataron a Tartarín. Dos médicos, traídos con urgencia, dijeron:

—Está loco, señora. Llévelo al manicomio.

Le dieron certificados. Y la madre, llorando, con su amiga, lo introdujo, atado, con sogas y vendajes, en un coche. Lo llevó al manicomio...

Esa excursión al hospicio, de noche, en un carruaje, con su madre y la amiga, era lo único que recordaba Tartarín. Aquella era la primera no-

che de su vida. Lo demás—la vida anterior—flotaba en la inconsciencia. El virus habíale hecho olvidar todo; todo cuanto había sido...

El director, al regresar de madrugada a su casa, encontróse con la grave noticia:

—«Tartarín Moreira está en el Manicomio».

Llamó a su esposa. Quería saber.

—¿Por qué lo llevaste?—le preguntó secamente.

—Pero, si está loco...—dijo la madre llorando.

—Mentira... No está loco. Es efecto del fluído. Es la luz superior que llega a su cerebro. Tu hijo es un genio. Tu hijo es ahora, gracias a mi ciencia, un super-hombre... ¡No es un loco! No debiste llevarlo. ¡Mala madre!

La anciana no supo qué pensar. ¿Acaso su esposo también estaba loco? Ignoraba que su hijo habíase enloquecido a causa del terrible experimento de la noche anterior.

El único que además del director y del médico ayudante estaba en posesión del bárbaro secreto, era el doctor Plomitz. En sus estudios sobre la transmisión de fluídos cerebrales, había llegado a las mismas conclusiones a que arribara también el director. Con él conversó a menudo del tema. Fué el doctor Plomitz quien le indicó el mejor sitio para clavar la aguja. Al examinar a Tartarín la noche en que lo trajeron al hospicio, ocurriósele mirarle

el occipucio. Allí estaba la señal denunciadora... Sabía que aquel muchacho era el hijastro de su director. Lo comprendió todo. Y más que todo, comprendió con pena el fracaso del experimento. No dijo una palabra. Los delitos de la ciencia escapan a las leyes...

El mismo director vió el fracaso de su experimentación. «¡Nada!» Y el sufrimiento que le causó el derrumbe de sus ilusiones y de sus esperanzas, le trastornó el cerebro. «¡No poder construir un super-hombre!» Y entonces, ¿para qué estudiar tanto? —se dijo—. Por eso el infeliz jorobado se enloqueció... Y su locura fué horrible. Ladraba y mordía.

—Es un perro rabioso—decía el portero del hospicio—, lo tenemos atado, en la habitación del fondo. Ladra y muerde.

Por eso la viejecita, la esposa de aquel «perro», había echado a correr con su amiga, sollozando...

CAPITULO XV

¡Fuego, fuego!

Volvamos a la fuga.

Pedro—el practicante de los ojos de loco—al oír el clarín, saltó por la ventana. Hemos dicho ya que sus deseos eran llegar a la habitación del médico de guardia. Allí, junto a la puerta, estaba la campana con la cual podía anunciar el peligro y evitar la fuga de los alienados. Mientras corría, iba, sin saber por qué pensando en Luisa. ¿Recordáis? La enfermera... A pesar de sus continuas excursiones al Tigre, viajando en automóvil, amorosamente, con las cortinas bajas—aquella mujer lo estremecía sólo con el recuerdo... Sin embargo, hubiera debido aborrecerla. Por culpa de ese amor abandonaba los estudios. Fracasaba en todos los exámenes. Y los libros únicamente le servían para guardar las cartas y las flores de ella. Los padres de ella vivían en Mendoza. Desde allá le mandaban dinero, haciendo sacrificios.

—«Qué importa que nos cueste la gloria»—exclamaban los viejos, mientras sudaban en la viña—. «Algún día Pedrito será médico. Vendrá a Men-

doza para curar enfermos... El—y la Virgen de Cuyo —harán que nadie muera por aquí.»

——

Transcurrían los meses. Pasaban los años. Y Pedro, siempre igual—de «practicante»... Nunca llegaba a «médico»... ¡Era largo el camino! Y todo ¿por quién? Por ella. Por Luisa... Y Luisa, la ingrata, ¿lo quería? Sí. Tal vez, pero fríamente. Sin amor... Y lo que más le molestaba a Pedro era el cariño, la simpatía, el afecto que ella demostraba al doctor Tartarín; de ese loco que, a veces, decía tonterías infantiles y otras veces irradiaba chispas de ciencia humana cual si fuera un sabio...—¡Un loco!

—¿Cómo—pensaba Pedro para consolarse—puede Luisa admirarlo? Tartarín es un loco. ¡Un loco!

——

Mientras Pedro corría por los jardines pisoteando las plantas para llegar más pronto a la campana, el cobre del clarín retumbaba en el aire. El sonido corría con el viento. Se bifurcaba. Se multiplicaba en mil ecos vibrantes... Y no era eso tan sólo. Había algo más. Pedro oyó una gritería espantosa. Eran los locos que al toque del clarín se levantaban de sus lechos, prontos para la fuga... En la penumbra de aquella noche clara, Pedro vió una turba

Y a la luz trágica del incendio...

de hombres y de mujeres aullando de alegría. Ladrando de felicidad... Eran los locos. Y no solamente se escapaban los alienados mansos. Se iban también los furiosos. Los enchalecados, libres ya de sus chalecos y de sus correas... De pronto, mientras Pedro corría, sintió que la sangre se le paralizaba dentro de las venas. Había visto surgir de la masa central del edificio, una llamarada que primero fué azul, luego fué blanca y en seguida tan roja como sangre...

—¡Han prendido fuego al Manicomio!—sollozó.

Y a la luz trágica del incendio, la disparada de los locos simulaba ser una tormenta de nubes negras que se arrastraran y rugieran y lloraran.

Pedro veía la campana. Aún era tiempo. Corría. Corría... Vió la soga. Extendió el brazo y...

—Toma, miserable.

Tartarín Moreira, mitológico, altivo y hermoso como un dios del Olimpo, había dejado caer sobre la cabeza de Pedro un enorme adoquín. El practicante cayó con el cráneo deshecho.

CAPITULO XVI

La ciudad de los locos

Los locos fundaron la ciudad.

—«Nuestro pueblo progresa, señores. No podemos quejarnos. No. No podemos... Lo que pudo ser una equivocación de las teorías, se ha convertido en una realidad de los ensueños. En una realidad, señores...»

Por la majestad elocuente de las frases y por lo original de su sintaxis, habreis adivinado que era el joven Tartarín Moreira quien así conversaba. Siguiendo su costumbre, habíase subido a un árbol. Lo rodeaban todos los habitantes de la nueva ciudad, a la cual, irónicamente, titulaban «*Locópolis*».

—Nuestra ciudad progresa, señores...

Y no se vivía mal en Locópolis. Cada habitante daba libre vuelo a su manía. Y eran todos felices...

La fuga del Manicomio llevóse a cabo sin tropiezo ninguno. Pedro, con la cabeza rota, murió ino-

centemente bajo la campana. El incendio apresuró la marcha. Como el hospicio estaba en el campo, fuera de la ciudad, los fugitivos pudieron escapar tranquilamente. Se llevaron todo lo que pudieron. La corrida fué enorme. Corrieron mucho. Mucho... Atravesaron campos. Y, guiados por Tartarín, fueron a dar detrás de un bosque, a la orilla del mar... Nadie llegaría a sorprenderlos. Estaban lejos de toda población, y ocultos por los árboles. Tartarín había sabido elegir el paraje para la nueva Sión...

——

Llegaron al amanecer. Los locos dispersáronse sin salir del hemiciclo del bosque que, por los dos extremos, se cerraba en el mar. Era como una vieja ciudad romana. Defendíanla murallas de árboles corpulentos y hojosos. En lo primero que pensaron los locos, fué en lo que siempre están pensando los cuerdos: el estómago. Tartarín lo preveía.

—Queremos comer—le dijeron.

Y él, seguro de sí mismo, con amplios ademanes de apóstol, trazó en el aire un gesto. Con la mano derecha les mostró el mar. Y con la izquierda, la arboleda... Los habitantes comprendieron. Algunos—los que tenían alma de pescadores—recogieron peces. Muchos peces. Hubo peces de sobra... Otros—los que tenían alma de comerciantes—tepáronse a los árboles y recogieron fruta. Mucha

fruta. Hubo fruta de sobra... Los que tenían almas indiferentes y estoicas vieron trabajar a los demás y comieron las sobras... El pueblo de Locópolis era feliz: había comido... Por la noche algunos se quejaron por no tener allí las camas del hospicio.

—¡Cómo!—díjoles Tartarín—. ¿Lamentáis la ausencia de vuestras camas? No hagáis tal... Acostaos en el suelo, sobre los yuyos de Dios, y forjáos la ilusión de que estais durmiendo en pétalos de rosas. La ilusión es más agradable que la realidad, porque con ella logramos lo imposible...

Y todos, hombres y mujeres, se durmieron juntos. En paz. Como corderos... La ciudad estaba hecha. Locópolis triunfaba.

CAPITULO XVII

En Locópolis

—Dices que me quieres; ¿y por qué me quieres?

—Porque te adoro.

—No es una razón suficiente, muchacha. Analiza tu alma. Baja al fondo de tu espíritu. Dime, Luisa: ¿no amaste nunca a Pedro, a aquel que tanto te quería?

—Nunca lo quise. Me quería demasiado...

—Y a mí, ¿me quieres?

—Te adoro.

—¿Qué cosa es el amor?

—Es esto...—dijo Luisa; y dió un sonoro y húmedo beso en la boca a Tartarín.

—No te comprendo. Repite la respuesta.

Tartarín comprendió la respuesta. Pero prefirió no confesarlo, a fin de que se la repitiera muchas veces.

Luisa era la rubia novia de Pedro, el practicante. Estaba enamorada locamente de Tartarín. Había

huído con él del manicomio, dejando, bajo la campana, el cadáver de Pedro. Era la más bella pobladora de Locópolis. El amor hace locos a los cuerdos...

——

«La ciudad progresaba»... Los albañiles construyeron casas. Eran casas extrañas. Algunas de tres paredes. Otras sin techo. En cambio, las había de dos techos... Varias eran redondas. Cuadradas. De mil formas y de mil estilos. La mayor parte tenían puertas sólo en las azoteas.

Una tarde, Juan el Lagarto — que de acuerdo con su manía era presidente de la república de Locópolis—, visitó esas construcciones. Llevaba una escolta de locos, maniáticos, que se creían honrados siendo palaciegos y serviles.

—¿Qué te parecen mis edificios?—preguntóle un ex ministro que se imaginaba ser maestro albañil.

—Magníficos—le replicó el presidente—. Y en prueba de los servicios que prestas a Locópolis, te haré un gran honor.

—¿Cuál?—inquirió el ex ministro.

—Daré orden para que no te den ninguna condecoración ni puesto oficial en mi república.

El ex ministro hallábase emocionado con el honor que le dispensaba el presidente. ¡Prometerle que no le daría ninguna condecoración ni puesto

oficial, era premiar con exceso su obra! Emocionado, se arrodilló agradecido y le besó los pies al presidente. Hubiérale besado las sandalias. Tal era su sinceridad. Pero Juan el Lagarto no tenía ni medias...

CAPITULO XVIII

La sabiduría del presidente

Otro día, el presidente visitó las escuelas. Funcionaban bajo la dirección del maestro Palmeta, aquel que cultivaba tan extraños principios de pedagogía. Juan el Lagarto, yendo hacia allá, observó la limpieza de las calles.

—¿Quién las barre?—preguntó.

—Es Lucas el Manco, cuyo padre fué ministro. No obstante su sangre azul, goza la manía de creerse barrendero.

A lo lejos se veía a Lucas el Manco. Se agobiaba sobre la escoba. Barría...

—¿Piensa usted darle a Lucas algún premio, señor presidente?

—Sí. Que siga barriendo. ¿Hay mejor premio que dejarle hacer lo que no le molesta?

Llegaron a la escuela.

—«El señor presidente puede preguntar a los alumnos cualquier cosa...»

Era el maestro Palmeta que hablaba al presidente. Juan el Lagarto no se animaba a preguntar. Por fin, se decidió:

—Tú... chcio. Ese. ¡Aquel que tiene la cabeza en forma de tomate! Dime: ¿sabes leer?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me enseñaron.

La respuesta era asombrosa. El presidente se emocionó.

—¿Crees necesario—continuó el presidente, cuando hubo vuelto en sí del asombro—que los hombres sepan leer y escribir?

—No lo creo necesario.

—¿Por qué?

—Porque yo, como los pájaros, como los peces y como los caballos, no necesito nada de eso para vivir en paz.

—¿Y cuáles cosas crees tú que es necesario aprender en la escuela?

—Aprender a callar; aprender a dormir y aprender a olvidar.

En premio a tanta inteligencia, Juan el Lagarto le regaló una bala de cañón que la víspera, el oleaje del mar arrojara a la costa.

—¿Para qué sirve esta bala?—preguntó el chico.

—Para eso...—contestó el maestro Palmeta.

—¿Para eso?

—Sí. Para preguntar cuál es su misión en la tierra. Hasta ahora, nadie le conoce otro fin...

———

El poeta Pancracio, aquel que elogiara en el hospicio el hermoso evangelio de Tartarín fundó el primer periódico de Locópolis. Estaba escrito a mano y con ortografía. Tal exceso de originalidad, podía disculparse en razón de ser un diario fabricado por locos...

Cada ejemplar valía un racimo de uvas ó una naranja. El producto de la venta se dividía en partes iguales entre cuatro idiotas que, teniendo manías periodísticas, se ofrecieron para confeccionarlo.

El maestro Palmeta sentíase lastimado en su pedagogía. Se burlaba del diario de Pancracio.

—Ese hombre—decía—debe estar loco. Eso de dividir el fruto de su trabajo, es demasiado humanitario. ¡Es demasiado primitivo! ¡Imbécil!

CAPITULO XIX

¿El hombre superior?

Tartarín Moreira no se había reservado para sí ninguna profesión. Ni cargo público. Ni oficio. Nada... Todo lo despreciaba. A la sombra del amor de su Luisa, veía pasar los soles con la tranquilidad devota de un inca... Locópolis marchaba hacia el porvenir. Progresaba... El pueblo creía que Tartarín era un sér inmaterial, casì divino... Tartarín daba la razón a todos, y aconsejaba a cada loco que hiciera lo que más le agradara. ¿Era, al fin, un hombre superior? ¿Estaba tan por encima de las pequeñeces de la vida como los idiotas o como los genios?... ¿Acaso el experimento que su padrastro, el doctor Jacinto Rosa le hiciera en el cerebro, inyectándole el fósforo de un negro microcéfalo había obtenido un éxito feliz? ¡Quién sabe! El director del manicomio, creía que de la suprema idiotez debía surgir, gracias a su famosa inoculación de fluído cerebral, el Hombre Mayúsculo... ¿Había triunfado? ¿Tartarín Moreira era, por fin, el hombre superior?... ¿En pago de su invento,

el pobre jorobado, continuaba ladrando como un perro?...

El único defecto de Tartarín, y por el cual se parecía a los hombres, era que ahora creía tal vez en el amor. ¿Amaba a Luisa?

CAPITULO XX

¿Quién es el muerto?

—Por aquí.

—Miren.

—Duerme.

—Parece feliz. ¿Quién será?

—No le conozco.

—Sonríe.

—Vengan. Carmen...

Varios locos rodeaban el cadáver de un hombre, bañado en sangre. A gritos llamaban a sus compañeros para que presenciaran aquel raro espectáculo.

—Es un desconocido.

—Es el primer hombre que muere en Locópolis —insinuó un muchacho llamado Juan Nariz, bello pero tonto.

—¿Por qué lo han empapado en sangre?—interpeló una anciana, conocida por el apodo de «Floripón».—Mejor hubiera sido un poco de agua...

La vieja no tenía dientes. Tal vez no tenía ojos, pues en el sitio de las pupilas, sólo veíanse dos cuencas negras y húmedas. Empinábanse por encima

de la multitud para contemplar mejor al hombre muerto.

Entretanto, a los gritos de los que llegaban, acudían todos los habitantes de la nueva ciudad. Algunos se asombraban. Otros, en cambio, permanecían impasibles.

—¿Por qué lloras, Floripón? El muerto, ¿era hijo tuyo?

—No... Pero lloro porque el llanto hermosea a las viejas. Yo siempre lloro por los muertos... La muerte es lo único decente que hay en la vida.

—Y tú, Rosaura, ¿no lloras?

—Anoche lloré mucho...—respondió la interpelada, una joven lindísima.

La vieja Floripón miró con extrañeza a Rosaura y la apartó del grupo.

Rosaura era una señorita de veinte años. Pero veinte años floridos. Toda ella parecía una rosa. Su hermosura no estaba ni en su cara ni en su cuerpo. Estaba en el perfume del espíritu. Quien solamente la mirara no corría peligro de quemarse en el fuego de ninguna pasión. Pero bastaba estar con ella unos minutos, oyéndola conversar, escuchándola hablar consigo misma y viéndola llorar, para quemarse...

—Tu eres como los fósforos—habíale dicho Juan Nariz.—Cuando nadie los toca resultan inocentes. Pero restregándolos, pueden producir un incendio...

Rosaura lloraba siempre sin causa y sin objeto. Ingresó al manicomio a los quince años. Nadie

supo qué horribles desgracias le hicieron perder la razón. Lloraba casi todo el día. De noche, lloraba mientras dormía. Sus ojos eran cataratas de lágrimas...

Con su hermosa cabellera suelta, casi desnuda, dormía a la intemperie. Su tez era obscura. Parecía un durazno entre verde y maduro. El chico Juan Nariz la adoraba. Ella, al verlo, le tiraba piedras. Pero a él las piedras no le dolían porque, repito, adoraba a Rosaura.

——

Cuando la anciana la tomó de un brazo, Rosaura se dejó llevar, sin decir nada. Al separarse de la multitud, la vieja Floripón, clavándole en los ojos sus dos cuencas vacías, le dijo con misterio y con sorna:

—Tú sabes quién es el muerto.

—¿Yo?

—Sí. Tú.

—No le conozco. Es la primera vez que lo veo...

—Imposible, Rosaura.

—Se lo juro, Floripón. No sé quién podrá ser... ¿Cómo supone usted que yo?...

—Adiviné que lo sabías, en la manera de mirarlo...

—¿Por qué?

—Porque ya no lloras. No lloras por algo...

—No, Floripón. ¡Anoche lloré tanto!

—Dímelo, ¿quieres? Sí, Rosaurita. ¡Mira cómo estoy de vieja. Los huesos se me caen. Los tornillos de los codos y de las rodillas ya no quieren sostenerme en la tierra. Ahora no tengo más consuelo que mi curiosidad...

—¿Qué me dará usted si le digo quién es?

—Te daré una botella.

—¿Qué quiere usted que haga con una botella?

—Te la daré llena de un líquido maravilloso. Lavándose la cara con él, la mujer más fea adquiere una exquisita belleza de flor... ¿Quieres?

—No.

—Entonces, te la daré llena de otro líquido maravilloso que hace lo contrario...

—¿Cómo?

—Sí. Se lo arrojas a la cara de una mujer bonita y en seguida la verás transformarse en una vieja espantosa, como yo... ¿Quieres?

—Démela.

—Gracias... Pero, ante todo, dime: ¿de quién es el cadáver?

—Tú sabes quien es el muerto

CAPITULO XXI

El cadáver misterioso

Cuando todo el pueblo de Locópolis hubo rodeado al muerto, llegó Tartarín Moreira. Llegó como un sucio atorrante o como un rey: todos se apartaron... ¿con asco o con respeto? El era el único a quien la curiosidad no molestaba. Su llegada hasta el grupo fué casual. Alguien al verlo, lo llamó:

—Tartarín... ¡Vén a ver!

—Déjame. Quiero ser dueño de mi voluntad. Voy en busca de una palabra que me falta para expresar una idea...

—¡Vén a ver un cadáver!

Entonces Tartarín se aproximó. La multitud le abrió camino. Llegó junto al muerto que chorreaba sangre, examinóle desde la cabeza hasta los pies, y luego murmuró:

—Está muerto.

Ningún loco se rió de su sabiduría.

En aquel mismo instante, el muerto abrió los ojos. Tuvo una sonrisa pálida. Los espectadores sintieron un escalofrío. Pero el cadáver volvió a cerrar los párpados, y quedóse tan muerto como an-

tes. Si hubiera tornado a abrirlos, sólo hubiera encontrado a Tartarín que, como un sabio frente a un monolito, buscaba la palabra imprescindible para expresar su pensamiento. La muchedumbre, sobrecogida de espanto al ver un cadáver que miraba y reía, había echado a correr hacia los cuatro puntos cardinales.

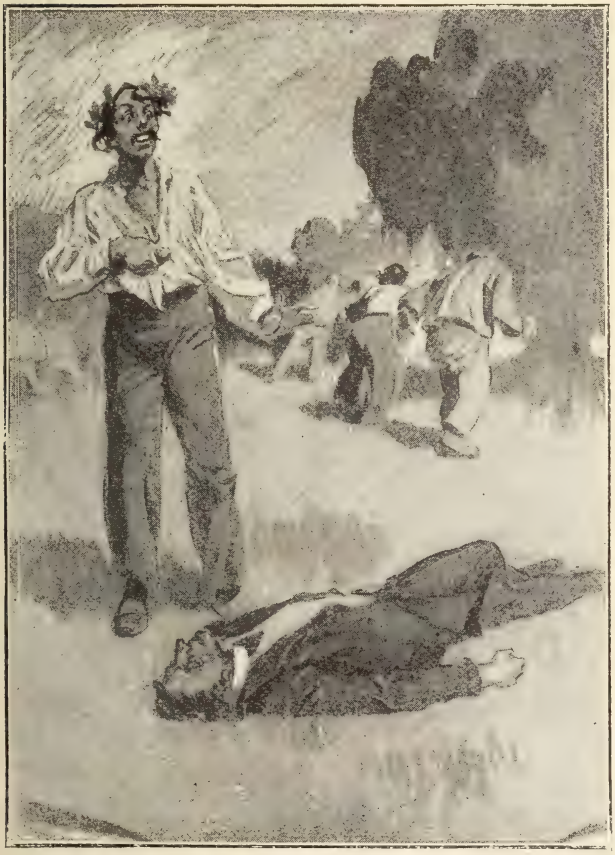
—Oye. Levántate—decía Tartarín, golpeando al muerto con la punta de su pobre zapato—. Levántate. Los muertos son seres que merecen honores y deben recibirlos, como las estatuas, de pie, en un pedestal...

Y como si al decir esto observara que entre sus palabras respetuosas y el grosero ademán de su zapato no había concordancia, enrojeció de pena.

—Soy un ignorante—murmuró.

En seguida, satisfecho de poder insultarse, y sobre todo, de haber ganado esta difícil batalla espiritual, digna de Sócrates, apartóse tres pasos del cadáver. Quitóse la pequeña gorra de hojas de laurel que le cubría la cabeza como al Dante, y haciendo una genuflexión muy palaciega, habló así al cadáver:

—Disculpa, oh extinto, que un olvido de mi propia vanidad, me haya obligado a empequeñecer mi grandeza de hombre que aún no ha visto la muerte. Yo respeto los cadáveres, porque son seres de



...buscaba la palabra imprescindible para expresar...

un mundo muy lejano... Ahora, permíteme que, abusando de tu silencio bondadoso, te formule esta pregunta, a la que ningún hombre vivo puede responder:—«¿Es bello morir?»

Tartarín Moreira quedó absorto un instante. El cadáver no desplegó los labios.

—Gracias—dijo impasible Tartarín, como si hubiera oído una contestación—. Tu respuesta me llena de placer. Tu silencio me indica que tú también ignoras si la muerte es bella, de la misma manera que nosotros, aun estando en la vida, no podemos decir si la vida es hermosa...

—¡Amor mío!

Tartarín iba a proseguir, pero se contuvo. ¿Quién le hablaba al oído?

—¡Amor mío!

Era Luisa, la enfermera, la ex novia del practicante, que amorosamente, le echaba por detrás, como una corona de frescas flores, sus dos brazos al cuello...

—¡Amor mío! ¿Será posible que olvides a tu Luisa por hablar con un muerto?

—Ah, Luisita... Me recriminas porque hablo con un muerto y olvido a un ser que vive... ¡Qué conflicto!

—¿Por qué?

—Porque tú haces lo contrario: olvidas a un muerto—al pobre Pedro—para abrazarme a mí.

—Los muertos, Tartarín, son espíritus que no nos pertenecen. Franqueadas las puertas del cemente-

rio, la vida muere y comienza otra vida que es tal vez la peor, porque nunca concluye. Penetrar en el secreto de los cementerios no es nunca una virtud. Por lo tanto, si yo amara a un muerto, cometería un sacrilegio... Así, adorado Tartarín, para no cometer un pecado, te amo a tí... ¡Amor mío! —y le echó de nuevo los brazos al cuello.

El cadáver se sentó. Contempló la pareja. No pudo contenerse. Se irguió. Púsose de pie. Y partió corriendo. Ya no era un cadáver. Su rapidez, le asemejaba a un pájaro. Un pájaro que iba manchando la tierra con su sangre...

—¿Y el muerto? ¿Dónde está el cadáver?—exclamó Tartarín cuando se hubo disipado la neblina del ensueño que siempre le producían los brazos primaverales de Luisita.

—Ha huído—exclamó ella, roja de alegría—. ¡Qué suerte! Los muertos me dan miedo. ¡Hay que olvidarlos!

Y ambos, abrazados, se alejaron lentamente.

—Mira—dijo de pronto Tartarín, mostrando a su amada un reguero de gotitas rojas.

—¿Ha llovido?—inquirió ella.

—Sí. Ha llovido sangre.

—¿Sangre?

—Sí. El muerto, al huir, ha dejado sus huellas.

—¿No me das un beso, Tartarín? La sangre me incita... Bésame.

—Sí. Es su sangre... ¡Y cuánta! Este hombre debe haber sufrido mucho...

—Por favor, Tartarín... Déjame tocar tus labios con los míos. Mientras miras las gotitas de sangre, bésame sin mirarme...

Tartarín prosiguió, distraído:

—Me parece haberlo visto alguna vez... Lástima que no le pude contemplar la cara. ¿Tú se la viste, Luisita?

—No.

—¡Yo creo recordar! Sí. Yo he visto a ese hombre alguna vez. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¡Qué estrecha es la memoria humana! No caben mis recuerdos en el cráneo. Tendré que ponerlos en el corazón, como hacen los idiotas...

Prosiguieron andando. La ciudad estaba muda. Los habitantes habíanse escondido. Tenían miedo al muerto.

—¿Oyes, Tartarín?

—¿Qué?

—Esos gritos. Es una mujer que llora.

—Dame un beso, Luisita...

La luna pretendió ver cómo los dos amantes se besaban. Una nube no quiso. De ahí que el lector tampoco pueda ver lo ocurrido.

La mujer que lloraba era Rosaura, la triste loca plañidera, que derretía su existencia llorando... Sentada en una piedra, con la cabeza inclinada sobre el pecho, sus pies nadaban en un charco de lágrimas. A su lado, un niño hacía navegar en el charco salobre un buquecito de papel. En las manos, tenía Rosaura una botella con un líquido extraño.

Tartarín y Luisita pasaron junto a ella. Tan silenciosamente íbanse diciendo al oído «¡Amor mío!», que ninguno de los dos la miró. Ni siquiera la vieron. Cuando ellos pasaron, Rosaura repitió cual un eco:

—¡Amor mío!—y con sus manos pequeñitas y pardas, acarició rabiosamente, como quien acaricia a un amante, o a un puñal, la botella misteriosa de la vieja Floripón.

Dejó de llorar. Las lágrimas disminuían. El niño se enojó:

—Rosaura, ¿por qué no lloras más? Llora. Así mi buquecito podrá navegar mucho mejor... ¡Llora, Rosaura!

CAPITULO XXII

El teatro de Locópolis

—Adelante, señores. El espectáculo va a comenzar.

—¿Cuánto cobraré si tomo un asiento?—preguntó Juan Nariz.

—Las personas ancianas recibirán un ramo de violetas y los jóvenes un jazmín o un clavel.

La población de Locópolis quería asistir al espectáculo. Era la primera vez que funcionaba un teatro en aquella cómoda ciudad de locos. Aunque casi todos tenían la pretensión de mandar, ninguno obedecía. Cada cual cumplía el reglamento de su propia voluntad. El presidente gobernaba tanto como el último barrendero. Todos mandaban. Nadie respondía... Y de esa igualdad de pareceres, resultaba un orden que ya hubieran querido para sí muchos pueblos salvajes...

El fundador del teatro de Locópolis, era un hombre de cuarenta años, llamado Cristián. Ningún rasgo exterior lo diferenciaba del resto de las gentes. Era igual a todos. Difícil es para el novelista evocar la imagen de Cristián. No era rengo. No era jiboso. No era tuerto. No era literato. No era

ladrón... No era más que un hombre con dos ojos vulgares, dos piernas comunes, una boca igual a todas las bocas... Poseía, por consiguiente, las cualidades más excéntricas para pasar desapercibido. La naturaleza habíase empeñado en que Cristián fuera un insignificante. Y lo declaramos con melancolía: la naturaleza había logrado sin lástima, su empeño.

No obstante, ya que hemos pintado los rostros de la mayor parte de los hombres y mujeres que dieron un rasgo especial a Locópolis, no sería justo olvidar a Cristián. Y creemos no olvidarlo. Con lo que dejamos dicho, bastará, para que si el lector lo encuentra alguna vez, lo reconozca de inmediato. No es el primer caso que ocurre. Los hombres de genio, de talento o de inteligencia abundan de tal manera en el mundo, que un hombre insignificante, resulta originalísimo. Es extraordinario... El único detalle típico que la Historia Nacional de Locópolis recuerda acerca de la habilidad de Cristián, era su manera de dormir. «Cuando Cristián dormía —dice un locopolitano—no roncaba para no despertarse». Esa habilidad maravillosa le hizo merecedor de muchos epitafios, monumentos y escuelas.

—Adelante, señores. ¡Adelante!

El teatro se llenaba de gente. Hallábase construído cerca del bosque. Sus paredes eran árboles. El techo era magnífico. De noche, presentaba espléndidas decoraciones, con efectos de luna y titilar

de estrellas naturales. De día, el sol ocupaba el puesto de la luna.

Cristián no cobraba la entrada a nadie. La pésima costumbre de exigir dinero a los que desean ver un espectáculo es un vicio malsano que practicaron los pueblos trogloditas y terciarios.

En Locópolis, cada espectador recibía cierta suma en dinero de la nación. Es decir, en frutas o en flores. El día a que nos referimos, Cristián pagó con flores. A los ancianos, un ramo de violetas. A los jóvenes, un jazmín o un clavel. Ya hemos dicho que en aquel país encantador no existía otra clase de moneda que la vegetal. Era excelente para la digestión...

CAPITULO XXIII

Una comedia

El público dominguero, impaciente, aplaudía y gritaba. Cristián, entonces, hizo una señal. Los locos enmudecieron. La función empezó. Representábase una comedia sencilla y melancólica. Difícil nos sería condensar su argumento en un capítulo. Siguiendo el sistema crítico de Paul de Saint-Víctor, transcribiremos una pequeña parte de la obra, tal como se conserva en el propio original. Se titula «El camarón triste». He aquí la última escena:

Alcurnia.—El fuego de tus ojos, Madreselva, quema mi alma. Siento que mis ilusiones se calcinan... ¡Amame!

Madreselva.—No puedo quererte, Alcurnia. Mi padre se opone...

Alcurnia.—¿No puedes quererme? ¿Acaso no adivinas que sin tu amor fallezco?

Madreselva.—¡Ah!—(Aparte.)—¡Pobrecito! Debiera compadecerme del desdichado!—(Alto.)—Bueno. Sí. Te amo. Abrázame. Tuya soy...

Chapitel (padre de Madreselva, llega arrojando

chispas de sus ojos y de su cigarrillo.)—¡Ah! ¿Juntos? ¡Infames!—(Saca un puñal y un revólver.)

Madreselva (con el cabello de punta).—¡Padre mío! No me mates, porque si me matas, me muero...

Alcurnia.—¡Horror! Un puñal y un revólver...

Chapitel.—¡Vive Dios! Os mataré...—(Hunde el puñal en la blusa blanca de su hija Madreselva. Como dentro de la blusa, la chica lleva escondido el corazón, Madreselva cae muerta. Pero, antes, dice con solemnidad):

Madreselva.—¡Adiós! ¡Muero!—(Muere.)

Chapitel (después de ver caer a su hija y de besarla en la frente, se dirige a Alcurnia).—Ahora, te toca a tí...—(Le descerraja un tiro.)

Alcurnia (cayendo).—Muero tranquilo porque muero con ella.—(Sigue cayendo.)—Señor comisario, a nadie se culpe de mi muerte.—(Cae muerto del todo.)

El comisario (entrando a la habitación con cuarenta gendarmes a caballo).—¿Dónde está el asesino?

(Escena de gran emoción y movimiento. Se ruega a los caballos y a los artistas mucha rapidez y habilidad en los ademanes.)

Un sargento.—Aquí hay dos muertos y un agonizante.

El comisario.—El agonizante debe ser el asesino. Ha querido suicidarse.

Chapitel (con voz débil y derramando sangre).—Yo maté a esos dos, pero no he querido suicidarme...

El comisario.—Y entonces, ¿por qué está herido?

Chapitel.—Ustedes, al entrar, me pisotearon con los caballos. Muero estropeado pero tranquilo.—(Efectivamente, muere tranquilo.)

El comisario (a los soldados).—¡En marcha! Hemos cumplido ya nuestro deber.

(Mientras el telón baja pausadamente, se oye, a lo lejos, la música de un tango para indicarle al público la conveniencia de aplaudir a los actores.)

El público.—¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Bravo!

La música.—¡Chin, chin, tatachin, chin, chin!

El público.—¡Que salga el autor!

La música.—¡Chin, chin, tatachin, chin, chin!

El público.—¡El autor! ¡El autor!

El autor.—(Saluda, sin hablar. El público abandona el teatro y cobra a la salida.)

CAPITULO XXIV

El secreto del cadáver

—¿Pero le viste la cara?

—Todo. Ya sé quién es.

Las mujeres, inquietas y febriles de curiosidad, rodeaban a la vieja Floripón. Aun sentían en los nervios, llenos de histerismo, el miedo que les produjera el cadáver abriendo los ojos y mirando alegremente en derredor. Nadie sabía quién era, ni lo que había ocurrido. La única que estaba en posesión del secreto era la anciana bruja.

—¿Y cómo lo supiste, Floripón?

—¡Oh! Mis ojos lo ven todo.

—¿Pero si no tienes ojos? ¿Cómo haces? Yo te veo sólo dos negros agujeros en el sitio donde nosotras tenemos las pupilas...

—Precisamente. De tanto mirar lo desconocido y de tanto escarbar en el futuro, los ojos se me han reconcentrado en el cerebro. Por eso veo lo que nadie ve... Yo veo con los sesos. Veo igual que los hombres de genio.

—Dínos, Floripón... ¿Quién era el muerto?

—¿Quieren saberlo?

—Sí.

—Las que quieran saberlo tendrán que darme un diente recién arrancado...

Todas, maquinalmente, se arrancaron un diente sin dolor. Eran postizos...

El delantal de Floripón, era pequeño para recoger tanto marfil... Cuando no quedó ninguna sin pagar su tributo, la vieja confesó:

—Ese cadáver anuncia desgracia. Es un fantasma. Es el cadáver de Pedro, el practicante del Manicomio a quien Tartarín Moreira asesinó para quedarse con su novia, con Luisa, la enfermera... Ese cadáver nos traerá desgracia...

—¿Pero Tartarín no lo mató la noche en que fugamos del Manicomio?

—Sí. Lo mató con una piedra.

—¿Cómo puede, entonces, aparecer el cadáver en Locópolis?

—¿Cómo?—rugió la vieja.

—Sí.

—Es muy fácil—concluyó Floripón—, los cadáveres tienen el poder de hacerse invisibles... Viajan por el mundo. Van detrás de nosotros. El recuerdo de aquellos muertos que nos han querido mucho, nunca nos abandona. ¿Sabéis por qué? Porque los mismos muertos se encargan de seguirnos. Cuando no pensamos en ellos, se aproximan a nosotros. Nos tocan el hombro y nos dicen: «Acuérdate de mí. Aquí estoy...»

...febriles de curiosidad, rodeaban a la vieja Floripón

—¡Qué miedo!—sollozó una viuda, que tenía relaciones con el profesor Palmeta—. Ahora recuerdo que cada vez que hablo a solas con el maestro, pienso en mi marido y siento cosquillas en las espaldas, como si mi finado me llamara...

—¡Oh! ¡podre finado!—murmuró la vieja.

—Y, dínos, Floripón—interrogó una jovencita—, ¿dónde vive el cadáver de Pedro? En Locópolis nunca le hemos visto...

—Es un misterio. A veces los cadáveres se hacen transparentes y viven en el aire. Pero, esta noche lo sabré.

CAPITULO XXV

La agradable conversación de un muerto

—Esta noche lo sabré—había repetido la vieja Floripón—. Trataré de encontrar el cadáver de Pedro. Y después...

Era la media noche. El camino era negro. Negro por los cuatro costados... Arriba, faltaba la luna. Abajo no había faroles. Hasta la tierra del sendero era obscura. La vieja Floripón, que, sin duda, era amiga del Diablo, caminaba lentamente, sin preocuparse de la hora ni de la obscuridad. Conocía el camino porque no tropezaba. A lo lejos, se adivinaba la Ciudad de los Locos por una que otra luz y por los intermitentes alaridos de algún hombre furioso que desahogaba su locura con libertad de tigre...

—Aquí es—dijo la bruja—. Se detuvo y comenzó a cantar una canción extraña. Con los brazos, dos huesos cubiertos únicamente por la piel, golpeábase las piernas. Las piernas eran como dos palos. Repiqueteando en esa forma produjo una música de crótalo macabro, a cuyo son su canto parecía una juerga de muertos o de carnaval.

—¿Quién anda ahí?—dijeron en la sombra.

—Soy yo... Soy Floripón, la enamorada de tus encantos.

—¿Floripón? Bello nombre. ¿Será sin duda símbolo de tu imagen?

—Gracias, señor de mi alma. ¿Sabes a qué vengo?

—Dílo.

—Quiero ver a un hombre.

—¿Un hombre?... Véte. ¿Crees que yo soy dueño de los hombres? ¿No vives entre ellos? Búscalo allá.

—Allá no está. Murió hace tiempo.

—Hubieras comenzado por decirlo. ¿Quién es, pues, el cadáver que buscas?

—El de Pedro, asesinado por Tartarín Moreira... ¿Podré verlo?

—Hoy estuvo en Locópolis.

—Sí. Pero no hablaba. Por eso quiero verlo.

—Lo verás.

Hubo un largo silencio. La vieja escuchó. De pronto, oyóse un leve murmullo. Eran los pasos de alguien que avanzaba sobre la hierba.

—¿Quién me busca?—dijo la voz de Pedro.

—Soy Floripón. ¿Recuerdas? Aquella a quien tú en el hospital molestabas con inyecciones y con drogas infames. ¿Recuerdas?

—Recuerdo.

—¡Qué felicidad!

—¿A qué vienes?

—A traerte noticias de Luisa, la que fué tu novia y que ahora es la esposa de quien te asesinó.

—No necesito noticias de ella, ni de nadie. Debes saber que los muertos vemos todo lo que los vivos hacen. Nuestro cuerpo se pulveriza en la tumba, pero nuestra alma toma una nueva forma transparente. Andamos por el mundo como si fuéramos carnales. Somos intangibles, invisibles, impalpables... Conservamos los mismos sentimientos, pero más dulcificados por el egoísmo. Los muertos somos egoístas porque vivimos complicando la existencia de los que no han muerto todavía... Nosotros los cadáveres no tenemos otro deseo que pesar sobre la conciencia de ustedes. Yo por ejemplo, amaba a Luisita...

—Es cierto—dijo la vieja contenta de conversar con un fantasma.

—La amaba hasta lo imposible. Jamás pude obtener el título de médico. En vez de estudiar, pensaba en ella... Los jardines del manicomio presenciaron más de una vez nuestros abrazos. Más de una vez los pájaros envidiaron nuestros besos... Luisa, al observar que yo la amaba como ningún otro hombre podía amarla en la tierra, se aburrió de mi amor. Se enamoró de Tartarín, y Tartarín, para escapar con ella, me mató... Pues bien: yo, muerto, debí perdonarlos y dejarlos tranquilos. No lo hago. Trato de estar siempre presente en sus horas de pasión. Cuando se besan, un cadáver—el mío—se coloca entre los dos. Me besan a mí...

Yo, con mi presencia invisible, les agrio la fiesta. A Tartarín lo hace temblar el arrepentimiento y a Luisa el remordimiento... ¡Nada más que por mí! —dijo la voz con un ruido de huesos rotos...

—¿Y todos los cadáveres tienen iguales rencores y egoísmos?

—Idénticos... La muerte, Floripón, es la represalia de la vida. Hasta los grandes hombres que han dado celebridad al sitio donde nacieron, hacen lo que yo hago... Hay pueblos que no pueden prosperar porque los muertos históricos obligan a que se les imite... Aquí cerca, a mi lado, vive el cadáver de un hombre que ahora es célebre en su país. Mientras vivió fué despreciado.

—¿Inventó algo?

—Sí. Inventó una manera especial de cazar moscas para combatir el insomnio. A causa de ello, en su tierra todos los dormilones le erigieron estatuas y dieron su nombre a muchas plazas. Se llama Patatrás.

—Oh, le conocí. ¿No es el fabricante de las galletas y cortinas marca «Patatrás»?

—No, Floripón. A las galletas y cortinas de su país le pusieron el nombre y el retrato de él. Con ello rindieron uno de los mil homenajes que merecía el invento de que ya te hablé... Este señor se venga de sus compatriotas. Desde hace cientos de años les obliga a que sigan cazando moscas según el sistema que inventó en un arranque de iro-

nía o de spleen. Es inútil que otro más genial que Patatrás descubra una nueva manera de cazarlas.

—«No...—exclaman todos—¿cómo es posible cazar moscas de otra manera que como las cazaba Patatrás?»—Y es porque Patatrás pasea su cadáver invisible a través de su nación y mantiene vivo su recuerdo en el pensamiento de sus más imbéciles conciudadanos. De ese modo impide el progreso de su país.

—Y si los muertos son invisibles, ¿por qué hoy toda la población de Locópolis vió tu cadáver ensangrentado?

—De vez en cuando, podemos materializarnos; pero sólo para los ojos de los demás. Si hoy, alguno de los locos hubiera intentado tocarme, sólo habría palpado el vacío... En apariencia tenemos aspecto material; pero somos cuerpos de aire sobre el cual nos pintamos un traje. Hacemos lo que se hace en el mundo para vivir feliz: la humanidad se pinta trajes y sombreros sobre la conciencia...

—Lo extraño es que nadie más que Rosaura te haya reconocido. Nadie te miró la cara.

—A fin de que nadie me mirara el rostro, me pinté con sangre todo el cuerpo. Los espectadores son como los toros: van hacia lo rojo, hacia lo chillón, hacia lo fuerte... Por contemplar la sangre, nadie se acordó de ver mi rostro. Unicamente me miró Rosaura...

—¿Y por qué tu sangre no le desvió la vista a ella también?

—Por una razón muy humana. Todas las mujeres quieren ser imitadas en sus modas y en sus costumbres. A Rosaura, que siempre está llorando, le place ver llorar porque cree que la imitan. Cuando le dijeron: «Allí hay un cadáver», ella pensó: «Veamos si ha llorado»...

La vieja Floripón bostezaba. Había supuesto a menudo que la muerte era una función teatral algo monótona. Al ver que era mucho más alegre que la vida, sintió deseos de abrir la boca en las boqueadas bíblicas... En seguida, insinuó:

—Tu explicación, Pedro, es agradable. Discurres con habilidad. Noto, sin embargo, cierto misterio en la aparición que hiciste hoy en Locópolis.

—¿Qué misterio?

—¿Por qué te empeñaste en que únicamente Rosaura te reconociera?

—Eres perspicaz, Floripón... Te lo diré porque tú tomas parte en el secreto.

—¿Yo?

—Tú le regalaste una botella a Rosaura. Dentro pusiste un líquido que convierte en horribles a las mujeres más hermosas.

—Sí. Es cierto...

—Rosaura está enamorada de Tartarín y por lo tanto odia a Luisa... Yo quiero vengarme de Luisa y nada más fácil que hacerlo por intermedio de Rosaura. A fin de avivar en ella el deseo de la venganza, he querido conmover su corazón sentimental con el espectáculo de mis heridas y de mi

sangre... Hace tiempo que Rosaura busca un pretexto para vengarse de Luisa. Las mujeres se engañan a sí mismas, y Rosaura se vengará de Luisa arrojándole a la cara el líquido que tú le regalaste. Lo hará tranquilamente y con la conciencia tranquila, pues dirá: «No destruyo la belleza de Luisa para vengarme impulsada por los celos. La destruyo para vengar la muerte de Pedro, pues ella misma fué quien armó la mano de Tartarín»... ¿Comprendes, Floripón? Todos damos descanso a nuestra conciencia en las faltas de los demás...

—¿Qué ocurre?—preguntó Floripón—. Esa música..

—Es la muerte que viene a buscarte.

—¡La muerte!

La voz de Pedro se extinguió en el aire. Y la vieja Floripón, echóse a temblar llamando:

—Pedro, ayúdame... Pedro. ¡Me llevan!

Nadie le respondió. Pero dos brazos enormes, dos alas de murciélago, se le aproximaron y la cubrieron con un manto negro. Un manto negro y pesado, muy pesado y muy negro... La vieja Floripón siguió gritando, sin poder escapar de aquella tumba tibia:

—¡Socorro!... ¡Me ahogo!

Salió el sol. Al asomarse por encima del bosque, arrojó un rayo de luz caritativa sobre un vestido viejo y sucio, que estaba sobre el césped.

Por el mismo camino avanzaba una mujer joven. Su rostro era horrible. La nariz carcomida. La cara

y el cuello llenos de llagas y costurones. La boca oblicua y mayúscula como la de un rinoceronte. Las pupilas ciegas. Un ojo fuera de la órbita. El otro, tan adentro, que no se le veía... Era como si se hubiera lavado la cara con vitriolo.

La mujer espantosa se aproximó al vestido que iluminaba el sol. Dentro del vestido vió un montón de huesos cubiertos de pellejo: era la bruja Floripón. Estaba muerta. La vieja, en su agonía, dejó sobre su cara un gesto horripilante. Sin embargo, contemplándola junto a esa mujer cuya boca parecía la de un rinoceronte, resultaba bella.

CAPITULO XXVI

El libro de Juan Nariz

En otro capítulo, hemos hablado ya de Juan Nariz. Era un joven de gallarda presencia, pero tonto. Estas cualidades son de gran valor aquí, allá y en todas partes. Por consiguiente, debemos tratar a Juan Nariz con la atención que deben merecernos las personas geniales.

No encontramos nada tan apropiado como transcribir algunas páginas del libro que publicó en Locópolis. Más que un «diario» donde él anotaba diariamente sus impresiones, dicho libro es una perfecta historia de la ciudad de los locos. La mayor parte de los datos con que fué escrita esta novela, se deben a Juan Nariz, que los husmeó hasta en los más ínfimos y secretos rincones. Veamos la carátula: «Libro de las confesiones. Obra escrita con conocimiento de causa por Juan Nariz, uno de los fundadores de la ciudad de Locópolis».

En seguida de la carátula, viene el «Capítulo I»,

que ignoramos por qué, es el único capítulo del libro. He aquí un trozo:

. . . . . ,

——

«¿Debo confesarme a mí mismo que estoy enamorado de Rosaura? Me enamora ese continuo llanto que mantiene su cuerpo bajo un baño de lluvia salada. ¡Cómo llora!... Es inútil que yo intente averiguarle el origen de ese llanto. No me contesta. Y cuando le digo:

—¡Rosaura, te amo!... — ella me tira piedras o me mira con odio. Debiera odiarla. Pero cada día la idolatro mejor. Cada noche la quiero mucho más...

Yo no soy feo. Me he mirado en las aguas de la laguna. He visto que poseo ciertos rasgos que enorgullecerían a cualquiera... Las mujeres me miran con dulzura. Hasta la misma Luisa, que está enamorada de Tartarín—nuestro sabio maestro—tiene un rinconcito para mí... Lo raro es que a mí no me entusiasma ni conmueve ninguna otra mujer... ¡Sólo Rosaura!»

. . . . . .

«Han transcurrido varios meses desde que escribí el párrafo anterior. En tan poco espacio de días ¡cómo han cambiado las cosas!

Hoy estuve con Tartarín Moreira. Es, sin disputa, un hombre admirable. ¡Nunca se equivoca! ¡Nunca

afirma nada que no sepa! Habla poco. Pero, cuando habla, sus palabras son oro de 18 kilates...

Ibamos por un ángulo de la ciudad, en donde los maniáticos furiosos se han radicado por voluntad propia. Allí viven todos juntos. Todos son furiosos... Es interesante ver cómo pelean.

Vimos un viejo rabioso, que echaba espuma por la boca. Discutía con un joven, que es, a un mismo tiempo, histérico e hipocondríaco. En un manicomio, ambos hubieran estado con chalecos y duchas. Aquí, no... El más viejo, decía:

—Eres un animal. Yo he examinado las vértebras de un gato y he encontrado fósforo derretido.

—Pues yo he descubierto algo mejor: puedo probarte que dos y dos son veintidós...

Tartarín se aproximó a escucharlos. En la ciudad se les consideraba sabios, eruditos, hondos. Los dejó hablar. Ambos gritaban. Cuando llegaron a decirse todas las tonterías de su repertorio, se contemplaron con espanto. ¡Había que verlos! Estaban horrorizados de no tener ya nada que decirse...

—Se van a pelear—le dije a Tartarín—. Esos hombres están demasiado furiosos.

—Al contrario — me replicó el maestro—; esos hombres están de acuerdo... No conozco gente que se tranquilice y armonice con mayor rapidez, que los discutidores. Sobre todo los que discuten gritando. El que discute a gritos, cuenta con la seguridad de tener siempre razón...

—No comprendo, maestro.

—Es transparente, amigo Juan Nariz—respondióme—. Los que gritan no oyen más que sus propias palabras y no las de sus contrincantes. Por eso el gritón se convence con sus propios razonamientos. El que argumenta despacio, con tranquilidad y con parsimonia portuguesa, no llega jamás a convencer a nadie, ni a sí mismo...»

«Seguimos caminando. A los treinta metros, miré hacia atrás. Quería observar si el joven y el viejo que discutían a gritos, habíanse trenzado a puñetazos. Ví que los dos, del brazo, muy amigos, venían detrás nuestro. Los esperamos. Yo les pregunté:

—¿Cuál de los dos tenía razón?

—Yo—dijo el viejo.

—Yo—dijo el joven.

Y comenzaron de nuevo a discutir, siempre a gritos, aturdiéndose mutuamente, hasta ponerse otra vez de perfecto acuerdo...

Seguimos andando.

Tartarín Moreira, sin desempeñar ningún puesto público, sin querer imponer jamás a nadie su soberana voluntad, era respetado por todos nosotros. A su paso por la ciudad, los habitantes lo miraban. Un carpintero que se entretenía en fabricar remedios, se arrodilló ante Tartarín.

—¿Por qué se arrodilla ese hombre?—pregunté a Tartarín.

—¡Quién sabe!—repuso mi sabio maestro—. Los hombres son juguetes con cuerda...

—¿Juguetes con cuerda? Yo quisiera comprender ese símbolo...—dije.»

«Un anarquista, sin siquiera saludarnos, nos miró con desprecio.

—Acerquémonos—exclamó Tartarín.

—Acerquémonos—agregué yo.

—Buenas tardes, hermano—dijo Tartarín al anarquista.

—Buenas tardes, hermano.

—¿Tiene usted tiempo disponible para favorecerme con cuatro respuestas?—preguntóle mi maestro.

—Será un sacrificio, señor Tartarín...—repuso sin humillarse el anarquista.

—¿Es usted siempre anarquista?

—Sí, siempre. Odio a los reyes con la fuerza de un martillo de hierro...

—¿Odia a los reyes? ¿Y por qué?

—Porque tienen a los pobres atados a su poder. Porque nos obligan a respetarles, cuando son ellos quienes debieran respetarnos. Porque el hombre es libre y no debe inclinarse ante nadie...

—Perfectamente. Adiós, señor anarquista. «El hombre es libre y no debe inclinarse ante nadie...» Adiós, señor anarquista. Ya sé lo suficiente. Ha dado usted a este joven la clave de una duda.

Tartarín me llevó consigo, pero yo me detuve:

—Aún no me ha explicado usted—le dije—el símbolo de los «juguetes con cuerda».

—Es cierto—dijo Tartarín volviéndose hacia el anarquista, que siempre rígido le preguntó:

—¿Desea saber algo más?

—No—dijo Tartarín—, sólo deseo manifestarle mi simpatía hacia usted. Al mismo tiempo quisiera ofrecerle algunas gallinas y patos para que los coma en mi nombre...

—Oh, señor Tartarín—exclamó lleno de júbilo el anarquista, olvidando su rigidez para doblarse en una genuflexión de esclavo—. Gracias—repitió—, gracias, señor Tartarín. Es usted el personaje más grande del universo, y si el mundo gira es porque usted le sirve de sostén, de palanca, de eje... Gracias por las gallinas y los patos. Los comeré con gusto en salsa de tomate.

Ya nos habíamos alejado varios cientos de metros, y el anarquista seguía cantando un himno a Tartarín, haciéndole reverencias, arrodillándose como ante un Dios y tirándole besos...

—He ahí—me dijo Tartarín—dónde está el poder de los reyes y el odio de los pueblos... Todo ese poder y todo ese odio se basan exclusivamente en algunas gallinas y algunos patos... He aquí el origen de todas las guerras. ¡Gallinas y patos!

Recién entonces comprendí el símbolo de los «juguetes con cuerda».

. . . . . .

Tres días hace que no paseaba con mi maestro.

—¿Por qué usted me prefiere a los demás jóvenes de Locópolis?—pregunté hoy a Tartarín, mientras, como de costumbre, platicábamos.

—Te prefiero a tí, porque me convienes—me dijo. Fué inútil que yo insistiera. No me contestó. Ahora pienso:

—¿En qué puedo convenirle?

Busco y rebusco. No encuentro la causa.

—¿Por qué dice usted, Tartarín, que yo le convengo?—persistí en preguntarle—. Yo no soy un tonto.

Precisamente: me convienes porque no te crees un tonto... Los que no se creen tontos, aceptan y aplauden hasta lo que no entienden. Por no pasar por tontos, no nos contradicen. Nos admiran...»

. . . . . .

«Tiene razón mi maestro. Pero, aquí, entre nosotros, creo que no entiendo el verdadero sentido de sus palabras. Pero mi maestro siempre tiene razón...

Mientras pensaba en esto, paseándome con Tartarín por el barrio de las «mujeres tristes»—rincón de Locópolis donde viven todas las que lloran—oímos unos estridentes gritos de espanto. Entre nubes de polvo, vióse venir hacia nosotros un bulto negro. Peludo. Feo. Horrible... El cabello se me puso de punta. La carne se me enfrió.

—¡Qué miedo, maestro! ¿Qué será?

Se oían rugidos que retumbaban como truenos.

—¿Qué será, maestro?

Tartarín habíase parado en medio de la calle, por donde el bulto avanzaba, en un torbellino de tierra. Con un valor inaudito, ni se movió siquiera. Yo me escondí tras él. Varias locas tristes vinieron a llorar y a parapetarse en mis espaldas. Formamos un grupo tembloroso. Tartarín era nuestra trinchera.

—¿Qué será, Tartarín?

—Tiene patas—dijo una de las locas.

—Y melena—agregó otra.

—Adivino lo que es...—dijo Tartarín pausadamente—. Es un león salvaje. Lo dominaré con la mirada.

Efectivamente, era un león. Lo vimos de cerca. ¡Era un león! ¡Dios mío! ¡Qué miedo! El león avanzaba sobre Tartarín, tras el cual yo, con las mujeres, llorábamos de miedo... El león avanzó dando brincos y alaridos. Llegó junto a nosotros y ya se lo llevaba por delante a Tartarín para devorarlo, cuando éste, con heroica sangre fría, lo contuvo con una palabra.

—«¡Palmeta!»—le dijo. Y cual si esta palabra hubiera sido mágica, el león dejó de rugir y ante él se paró en dos patas como un oso.

—Palmeta—agregó Tartarín con cierto imperio—. Te conozco. Quítate eso...

Y vimos esta cosa horripilante: el león se sacó el cuero con melenas, con patas y con garras. Debajo de todo aquello, en vez de la carne sangrienta de la fiera sin pellejo, apareció el maestro de escuela, Palmeta...

Formamos un grupo compacto. Tartarín era nuestra trinchera

—¿Quién te transformó en león?—le preguntó Tartarín.

—Nadie. Me puse este cuero de talabartería para enseñar historia natural a los niños, de acuerdo con mi sistema educativo... Aquí, en Locópolis, no hay leones. Tuve que inventarlo. Otros inventan héroes para que los niños tengan a quienes elogiar.

—¡Mentira!—replicó indignado Tartarín—. Tienes la imaginación envejecida, Palmeta. Ocurre que como a nuestro dulce caballero Don Quijote de la Mancha, alguien te ha encantado. Algún Hada maléfica te ha transformado en león. Gracias a mí; gracias a mi conjuro, has vuelto a ser hombre... ¿No es cierto, Juan Nariz?—agregó dirigiéndose a mí. Ante el alto honor de esa consulta, yo, inmediatamente, le contesté a mi maestro que sí, que era cierto... Estaba mareado. Yo ví, lo juro, un león que, al oír el grito de Tartarín, transformóse en un maestro de escuela... Era justo, por lo tanto, que yo creyera en ese milagro. ¡Y, en verdad, ha sido un milagro! Transformar un león en un señor Palmeta...

Lo gracioso es que Palmeta no se convencía de que alguien lo hubiera transformado en león. ¡Qué imbécil! Pero, hoy Tartarín lo invitó a comer gallinas y patos en su casa. Lo encontré a Palmeta cuando salía de lo de Tartarín.

—¿Qué tal, Palmeta, cómo va la salud?

—Bien, gracias... Vengo de agradecer a Tartarín el gran favor que me hizo ayer.

—¿Qué favor?

—¿No sabe?

—No.

—Una bruja, tal vez la vieja Floripón, me encantó con sus maleficios. Me transformó en un furioso león de las selvas vírgenes. Felizmente, Tartarín con una simple palabrita mágica, me transformó de nuevo en hombre y dejé de ser león.

Palmeta se alejó. Me quedé pensando en la eficacia de las gallinas y los patos de Tartarín. Como elementos de lógica, me parecieron sabrosísimos...

CAPITULO XXVII

Ultimos apuntes de Juan Nariz

. . . . . .

«*Yo.*—Estoy inconsolable.

Juan el Lagarto.—¿Qué te pasa?

Yo.—¿No conoces el salvaje crimen que acaba de cometerse?

Juan el Lagarto.—No.

Yo.—Una mujer, desconocida hasta la fecha, ha arrojado a la cara de Luisa, la mujer de Tartarín Moreira, un frasco conteniendo un líquido que debe ser vitriolo...

Juan el Lagarto.—Yo, como presidente de la república de Locópolis...

Yo.—Lo peor es que Luisa—de hermosa que era—se ha transformado en una bruja horrible. La nariz carcomida. Un ojo fuera de la órbita y el otro sepultado en los sesos. La boca torcida, de rinoceronte...

Juan el Lagarto.—Yo, como presidente, pido que ahorquen a la mujer que le arrojó el vitriolo...

Yo.—¡Imposible! Esa mujer ha confesado a Tartarín que le derramó el líquido en la cara a Luisa

para vengar la muerte de Pedro, el practicante, y, también, porque lo amaba.

Juan el Lagarto.—¿La asesina amaba a Tartarín?

Yo.—Sí.

Juan el Lagarto.—Y Tartarín, ¿qué ha hecho? ¿La mató?

Yo.—No. La ha tomado por esposa. Dice que es un sentimiento humano muy justo el destruir todos los obstáculos que se encuentran en el camino para llegar pronto a un fin. Lo dijo Smiles. La asesina lo amaba. Para llegar a él, Luisa era un estorbo. Con vitriolo la sacó del paso. Eso se llama «la lucha por la vida»... Es un sistema norteamericano. Los cuerdos enseñan eso a los jóvenes.

Juan el Lagarto.—¿Quién diablos será la asesina?

Yo.—No la conozco. Pero allá viene. Tartarín la acompaña. Veamos quién es ella...»

——

«En efecto, Tartarín venía trayendo del brazo a su nueva mujer. Yo la miré y un temblor helado me corrió por las venas. La había reconocido:

—¡Ella!—exclamé. Caí desmayado.

Era Rosaura. La mujer a quien amaba yo tanto. Tanto...—¡Ella!

Sí. Era Rosaura. Ya no lloraba. Aquel llanto lento y continuo, que la mantenía en un eterno baño de lágrimas, habíase agotado. Ahora, la infame, reía.

Al pasar a mi lado, y verme en el suelo, desmayado de pena y angustia, dicen que me sacó la lengua...

—¡Infame! ¡La desprecio, porque la adoro!»

Hasta aquí habla el libro de Juan Nariz. En la última página aparecen, sin embargo, dos notas trágicas. Ignórase quién las puso allí. Fueron escritas por alguna persona de la amistad del joven, que tan locamente estaba enamorado de la bella Rosaura. Transcribimos ambas notas. Helas:

Nota número 1.—Luisa, con su rostro desfigurado por el vitriolo, era espantosa. Desnuda, horrible, como una fiera, vagó mucho tiempo por la llanura y por el bosque. De noche, cantaba. Su canto era un rugido de hiena. Con sus propias manos—con sus uñas antes tan hermosas—cavó en la tierra un hoyo. Cavó y cavó... Cuando hubo cavado lo suficiente, metióse ella adentro, en el profundo agujero, y se echó toda la tierra encima. Cuando la fosa quedó llena, aun se vió la mano de Luisa que se despedía de la vida saludando al sol. El sol no tuvo miedo, pues no le vió la cara...

Nota número 2.—La muerte de Juan Nariz ocurrió al día siguiente del crimen de Rosaura. Fué, más

que un suicidio, un espectáculo. Más que una muerte, resultó un festival.

Con varios amigos construyó una cruz de madera. Se hizo clavar, en ella, como Cristo. Después obligó a que le untaran todo el cuerpo con alquitrán. Debajo de la cruz, se levantó una hoguera con leña resinosa. El público aplaudía.

—Cuando los clavos de la cruz me arranquen el primer grito de dolor—dijo Juan Nariz a sus amigos—ustedes pondrán fuego a la hoguera.

Así se hizo.

La leña crepitó. Las llamas alcanzaron el cuerpo de Juan Nariz. Como estaba cubierto de alquitrán, ardió fácilmente. Sus alaridos, en vez de horrorizar a la concurrencia, la encantaba. En realidad, el espectáculo era novedoso. Era interesante contemplar aquella tea humana que ardía y que gritaba... No se sabía si eran las lenguas de fuego las que lanzaban al aire gritos de furor o si eran los gritos los que ardían de rabia...

En una esquina, Tartarín Moreira hundíase en el sueño de la contemplación. A su lado, mirando la escena, Rosaura reía...

—¿Me quieres, Tartarín?—le murmuraba. A cada alarido que lanzaba la tea, los dos se besaban apasionadamente:

—¡Amor mío!

—¡Rico!

—¿Me quieres, Tartarín?—le murmuraba

CAPITULO XXVIII

Un traje de cabellos

Los habitantes de Locópolis seguían sin molestarse satisfaciendo los deseos de su voluntad. Cada ciudadano era respetado en sus resoluciones. Hemos visto ya la ayuda mutua que se prestaban para vivir tranquilos. Cuando Juan Nariz resolvió suicidarse, nadie se lo impidió. Cuando Luisa, con la cara destrozada por el vitriolo de Rosaura, abrió una tumba donde se enterró viva como una araucana, nadie torció su ambición de morir. Si dos locopolitanos furiosos se trenzaban, era difícil que un tercero interviniera en la discordia. De esa manera no se necesitaba policía.

—La policía es una carrera inmoral—decía Tartarín.—Tan inmoral como el oficio de ladrón... Perseguir a los pillos para encarcelarlos, resulta igualmente sucio que perseguir a las personas decentes para quitarles el dinero... ¡La libertad, amigos míos, es la madre de todas las honradeces!...

Mientras que Tartarín Moreira, acostado boca arri-

ba, pronunciaba este discurso, Lucas el Manco, se le aproximó y le robó las medias.

Tartarín, al ver que le robaban, sintió pena...

—¡Infeliz caballero de industria—le dijo a Lucas el Manco—te compadezco! ¿Por qué te empeñas en robar lo que puede ser tuyo? Hubiérasme pedido el par de medias, y yo te lo habría dado...

—De eso no estoy seguro—replicóle el Manco.—Si te lo pido, quizás me lo negaras...

—Y aunque te lo negara... ¿Acaso en el mundo no existen otras medias? Si yo te niego las mías, otros seguramente no te las negarán... Por otra parte, ¿crees tú que ese par de medias que acabas de robarme dará a tu persona mayor mérito? ¿Crees tú, buen hombre, que por llevar las medias de Tartarín Moreira, llegarás a igualarme en virtudes o en defectos? Te equivocas... No hay placer más hermoso en la vida que saber que todo lo que es nuestro pertenece a los demás, y que todo lo que pertenece a los demás es nuestro... Con tal sistema, las cosas materiales carecen de valor y esa falta de precio suprime en los hombres y mujeres el pecado del lujo...

En ese momento, el grupo de locos que oía, sugestionado, el encanto de las frases de Tartarín, se quedó atónito. Una hermosa mujer, sin más traje que su rubia cabellera desplegada, como un manto regio, vino hacia Tartarín y se sentó a su

—Te equivocas. Esta mujer no quiere vestirse...

lado. Tartarín la miró. Su desnudez no le sugirió ninguna idea.

—Esta mujer está desnuda—dijo a media voz y con asco una señora. Era una dama honesta. No era vieja ni joven.

—Comprendo, señora—dijo con suavidad Tartarín a la matrona honesta—que te incomode esta hermosa mujer que se pasea vestida con su propio pellejo...

—A mí no me molesta. Simplemente la supongo una costumbre que se aparta de todos los límites morales—apresuróse a decir la señora.

—Te equivocas. Esta mujer no quiere vestirse con las plumas de nadie. Tiene sobre sí una indumentaria natural, confeccionada por la mano de Dios. Es inmoral aquello que se oculta... Si tú no la imitas, es porque ya pasaste los cuarenta y cinco años—primera hora de la desilusión de las mujeres. Para tí, a tu edad, la cabellera suelta no puede ser un traje suficiente para esconder tus arrugas y tus desperfectos. Esta joven, que tiene veinte años, cometería un delito si recurriera a la piel de los carneros y al plumaje de los avestruces para ser elegante...

—Yo creo lo contrario—agregó con un furor despreciativo la señora honesta.

—No quiero contradecirte—agregó Tartarín con su mansedumbre de paloma—. Tal vez tengas razón... Las ideas son como los frutos de un árbol

con injerto: mientras unas ramas nos dan peras, las otras nos dan manzanas...

La reunión se disolvió en silencio. Cada cual tomó el rumbo que le convenía. Nadie se dijo adiós. Estaban seguros de volverse a ver. La tierra es muy pequeña. Más pequeña que el hombre...

CAPITULO XXIX

Inventos extraordinarios

La edificación de la Ciudad de los Locos no era muy compacta. En cambio, era muy pintoresca. Los que habían encontrado elementos de construcción y ganas de trabajar, hicieron casas que, a veces, el viento las arrastraba o las destruía, Ese inconveniente de los ventarrones que soplaban del mar, preocupó a menudo a los dementes.

—Es necesario inventar algo—decían.

Y con un entusiasmo que inflamaba de insomnio sus cabezas vacías o demasiado llenas, poníanse a investigar en lo infinito. Buscaban un sistema nuevo para dominar los vientos, suprimir la lluvia o apagar el fuego del sol que, en verano, los achicharraba.

Como era natural, cada loco tenía su proyecto. ¡En cuántas cosas lindas soñaban! Ninguna dificultad les impedía llevar esos proyectos a la práctica. Lo lamentable y doloroso era que no siempre daban el resultado apetecido.

Tartarín vivía en un árbol. Se jactaba de ser el

inventor de esa clase de habitaciones modernistas y aéreas.

—Son económicas e higiénicas—exclamaba—. Además, si se elige un árbol que dé fruta, quedan, desde luego, eliminadas muchas molestias y pérdidas de tiempo, tales como el ir en busca de comida y luego... ¡tener que cocinar!

—Dios es justo—respondióle un curita, joven y agradable—. Cuando El nos echó al mundo, trató de que nada nos faltara...

—Es cierto—interrumpió Tartarín—y por eso debemos elogiarle. Dios no quiso que el hombre trabajara; le dió árboles para vivir y peces para alimentarse, y flores y mujeres para divertirse... El enojo de Dios no partió de aquella escena de la manzana, cuya primera noticia llegó al cielo por intermedio del escandaloso cuadro de Miguel Angel, que los Papas conservan en el Vaticano...

—¿Y de qué provino el enojo?

—Su origen—explicó Tartarín—hállase en el empeño que puso el hombre en degradar su naturaleza divina, trabajando en tareas vulgares y hostiles a la belleza física y moral.

—¡Oh, maestro—dijo pensativo el poeta Pancracio—, yo creía que el trabajo dignificaba al hombre!...

—Al contrario, Pancracio. Tú eres un poeta y sueñas siempre... Eres como los comerciantes, un poeta...

—Maestro—gritó Pancracio, indignado—, usted me insulta cobardemente... ¿Puede usted compa-

rar un poeta lírico y volátil, como soy yo, a un comerciante en telas o en tocinos que come una vez al día, para ahorrar, y que se acuesta con el sol para no gastar vela?

—Sí... Tú, que vives la vida canora y errátil de los pájaros, eres tan soñador como ese comerciante que vive la existencia de los cerdos. Vida reglamentada—por espíritu ahorrativo—con el horario que usan las gallinas... El comerciante aspira a juntar plata, guardando moneda tras moneda en su colchón, para ser algún día millonario... El desprecia los bienes del holgorio y las dulzuras del despilfarro, para gozar alguna vez la dicha de que digan: «ese señor es millonario...» No va al teatro. No busca amores que abrevien la extensión de sus días en beneficio de la tristeza de sus noches. No come esos manjares deliciosos que prolongan la vida, ni bebe de esos vinos telescópicos que ensanchan el cerebro y adormecen las penas del corazón... Se acuesta. Quiere dormir. No puede... Y comienza a soñar. Se revuelca en la cama. Suda. Se rasca con angustia... Y todo, ¿por qué? Porque desea encontrar la manera de sacarle más producto a un metro de percal o a un toro que se ha muerto de buey... Ahorrando, sufriendo privaciones, llega a viejo. Entonces, dice: «ahora sí; ahora ya no trabajo más. Quiero disfrutar la fortuna que he reunido gracias a los sacrificios que estoy haciendo desde la juventud...» Cuando se dispone a gozar, a comer bien, a beber mejor, a divertirse con

labios y con ojos de mujeres celestiales, se encuentra con... Así: No puede caminar. La vejez y el reumatismo le ataron las piernas. No puede deglutir sabrosas comidas. El estómago lo tiene estropeado por las abstinencias y comidas baratas. No puede embriagarse con alcoholes finos. Su paladar ha perdido ya el gusto... Y ni siquiera puede amar, porque las mujeres lo desprecian, debido a la antigüedad elefantiásica de toda su persona. Muere como un perro. Ha sido un soñador. Tal es su fin... Los poetas, como tú, llegan al mismo cementerio de los comerciantes, por otro camino diferente. El soñar impide a los poetas la conquista del oro... No duermen por buscar un consonante. Viven toda la vida pobres y mueren mucho más pobres todavía...

—Bien—dijo el poeta con la resignación que sentimos al convencernos de la fatalidad del infortunio—, pero tú sabes que hasta las cosas más iguales se diferencian entre sí... Siendo los dos soñadores, y los dos desgraciados, ¿cuál es el que mejor aprovecha los dones de la vida?

—Sin duda... ¡El poeta! Vale más ser pájaro que hormiga...

——

—He inventado la manera de impedir que el viento arrastre nuestras chozas—dijo el caballero cuya locura consistía en ser locuaz.

—Explícate—contestáronle algunos.

Y el loco, con una abundancia de palabras, ligadas entre sí por exclamaciones y gestos, explicó su invento, que era, en verdad, estupendo y fácil. Consistía en levantar una muralla tan alta, que llegara a las nubes. Al mismo tiempo se evitarían las inundaciones, y con una escalera podrían hacerse paseos por el cielo...

Un loco que usaba pierna de palo, se indignó.

—Eres un imbécil.

—¿Por qué?

—Eso no es posible. Acabas de oír a Tartarín. Nos ha convencido de la inutilidad del trabajo. ¿Por qué molestarnos en hacer una muralla? Además, si debe ser tan alta, no la veremos concluída.

—La verán nuestros hijos.

—Entonces, que la hagan ellos.

—Sin embargo—dijo un pacífico que pocas veces hablaba—debiéramos de prohibir que el viento soplara...

—Yo firmaré un decreto prohibiendo al viento que pase por mis dominios—dijo el que se creía presidente.

—¡No eres nada más que un hombre!—le contestó con ironía el maestro Palmeta.

CAPITULO XXX

El canto de un ruiseñor

—Es un canto delicioso.

—Le aseguro a usted que maravilla. Anoche le he oído y esta mañana también...

—Debe ser—agregó el cura—una de las once mil vírgenes. Se habrá caído del cielo.

—Lo ignoro, señor cura. Sólo sé que su canto es dulce.

—Sobre todo, las notas agudas y también el fa sostenido—agregó un caballero maniático que se creía inventor de un sistema métrico musical.

—Es un canto magnífico. No lo he oído jamás en ninguna otra garganta de mujer ni de pájaro.

—¿No será un ruiseñor? Dicen que esa ave canta muy dulcemente.

—¿Un ruiseñor? No, puesto que no tenía plumas.

—¿Y no será un cisne?

—El cisne tiene plumas. Por otra parte, el cisne canta al morir, y yo, a éste, le he oído cantar varias veces, entre los árboles. Además le he visto pelo...

—Debemos ir a buscarlo. Sea lo que sea—sentenció Tartarín—vayamos a buscar a ese espíritu maravilloso que anoche, mientras trataba de dormir, me arrulló con su canto.

—Vamos—exclamaron todos. Siguieron a Tartarín, que preguntó:

—¿Quién lo ha visto?

—El único habitante de Locópolis que lo ha visto es este señor—le respondieron—. Nosotros lo hemos oído solamente.

Todos indicaron al caballero maniático, inventor del nuevo sistema musical.

—Sí—agregó él—, yo fuí quien lo vió... O mejor dicho, creí verle, entre el follaje. Paseábame yo por allí, junto a los árboles, cuando oí el canto maravilloso... Miré y sólo ví una figura fantástica que se alejaba. Corrí hacia donde estaban mis amigos y les conté mi descubrimiento. A la tardecita, comenzó de nuevo el canto seductor, armónico, rítmico; cantaba del mismo modo que exige mi sistema... Ustedes que lo oyeron, ¿no piensan como yo?

Todos contestaron que sí. Guardaban religioso respeto al músico y a su sistema. Como nada entendían de lo que les explicaba, y como el oído de los locos puede gobernarse a voluntad, creyeron, con razón, que el canto oído era de un timbre lleno de belleza.

—Es una música exquisita—dijeron.

—Alegra los corazones.

—¡Qué dulzura! Diríase el canto de una mujer enamorada.

—Basta de exclamaciones—dijo Tartarín—. Conviene que los más valientes me acompañen. Vamos a buscar ese portento... Si es un pájaro, lo cazaremos. Llevaremos redes y jaulas. Si es una diosa mitológica, el maestro le hablará en latín. Quizás sea una mujer de Locópolis. Quizás haya sido encantada, como lo fué el señor Palmeta, a quien yo, con palabras cándidas y celestiales, libré de su forma de león...

—¿Quiénes te acompañarán, Tartarín?

—Que vengan conmigo—respondió Tartarín—tan sólo los valientes... Puede ser una fiera y es necesario dominarla.

Nadie se movía.

—Que vengan conmigo los valientes—insistió.

Todas las mujeres fueron tras él. Entonces, los hombres, temblorosos de cobardía, se pusieron en marcha, detrás de las mujeres.

La excursión fué peligrosa. Tuvieron que alejarse de la ciudad e internarse en el bosque que les servía de límite. Pero no hallaban al pájaro famoso. Como los marineros de Colón, se arrepentían del viaje.

—¿Regresemos? Es inútil buscar tal maravilla—murmuraron.

—Sería una lástima volvernos. Locópolis necesitaría el espectáculo de ese pájaro extraño. Necesi-

tamos un animal armonioso. Estamos ya cansados de los que tenemos en el teatro...

—Bueno. Volvamos—dijo Tartarín.

Regresaban, cuando oyeron en sus propias espaldas un estallido de notas agudas y armónicas.

—Ahí está—gritó el maestro, casi cuerdo de alegría.

—Parece una mezzo-soprano.

La multitud echó a correr hacia el sitio de donde había brotado el canto. Prepararon las armas y se dispusieron a cazar a quien fuera...

De pronto oyeron otra vez el canto misterioso. Las ramas de la selva se abrieron y como al conjuro de un demonio, apareció por entre las hojas una cosa formidable que cantaba.

—¿Qué es?

Volvió a cantar y toda Locópolis, entusiasmada de lirismo, de arte y de buenas costumbres, aplaudió como loca...

Cuando los ánimos volvieron a su quicio, Tartarín meditó:

—¿Qué pájaro tan extraño será este? ¿Un ruiseñor?

—Nunca he visto—contestó el poeta—ruiseñores de un metro de altura...

—Oiga, señor Tartarín—díjole el maestro Palmeta—, ¿no cree usted que este pájaro es un burro?

—Infame. Cállate... No profanes el arte...

—Parece una mezzo-soprano

Algunos se indignaron contra Palmeta. Le pegaron. Y el infeliz se desmayó...

El animal fabuloso fué llevado en andas a Locópolis. Se le construyó un habitáculo especial. Se le dió a comer y beber de lo mejor que había en el país. En recompensa de tantos halagos, únicamente se le exigió su canto... El inventor del nuevo sistema musical había descubierto la forma de hacerle cantar a la fuerza, cuando se necesitaba que cantara... Con una batuta le hacía cosquillas en el bajo-vientre. El lírico animal saltaba y pateaba de risa. Y, de risa, cantaba...

—Me muero de envidia—sollozaba el poeta—. Yo también me dejo hacer cosquillas, con tal de que me suministren de comer y beber y me aplaudan como a él...

El lector habrá comprendido que el pájaro fabuloso que tantas armonías destilaba en su canto, era un buen burro viejo... Rebuznaba y su rebuzno parecía armonioso a los habitantes de Locópolis. ¿A qué se debía eso? A la sugestión. El inventor del nuevo sistema musical había dicho que aquel burro cantaba mejor que un cisne. ¡Había que creerle! ¡El lo había dicho! Los locos creen todo lo que les enseñan los hombres cuya voluntad es más fuerte que la de ellos...

Los cuerdos, ¿no creemos a veces hasta en lo imposible, sólo porque alguien superior a nosotros nos lo ha dicho?

CAPITULO XXXI

El pájaro extraño

—Otra sorpresa. Otro misterio...

—¡Un pájaro! ¡Es un pájaro inmenso!

Locópolis estaba entusiasmada. Corría por las almas un entusiasmo mudo, de placer y de asombro. Todo el pueblo miraba.

—¿Qué ocurre?

—Miren. Allá en el cielo...

Se aglomeraron para ver mejor. ¿Qué era?

—¡Oh!

—¡Allá viene una cosa! Vuela.

—¿Un pájaro?

—¡Debe ser un águila!

—Es un pedazo de nube que se cae.

—No—dijo el presidente con solemnidad—; debe ser un elefante. Yo he visto ayer uno, en sueños. Tenía muchas alas.

En efecto. Columbrábase a lo lejos, por encima del bosque, un gran pájaro negro que movía dos enormes aletas de pez.

—¿Qué será, maestro?—preguntaron a Tartarín.

—Es la mano del hombre—replicó. E indiferente, bíblico, se acostó a dormir...

¿Qué era? Un aeroplano... Venía a Locópolis. El pueblo le contemplaba con la boca abierta. Cuando se aproximó, vieron que traía un sólo tripulante. Pero todos le reconocieron instantáneamente. «¡El jorobado!» Al unísono, llenos de pavor, exclamaron:

—¡Es el director!

En efecto, era el director del manicomio.

—Huyamos.

—No queremos volver al hospicio. ¡Aquí somos dichosos!

Y trémulos de horror, creyendo que el jorobado los perseguía para llevarlos de nuevo al manicomio a fin de torturarlos con duchas y con pinzas, echaron a correr hacia la orilla. Llegaron a la arena. En vez de detenerse, asustáronse ellos mismos de su propia sombra. Entraron en el agua. Siempre corriendo. Corriendo... ¡Era un delirio! Pelearon con las olas. Manotearon. Y locos de miedo, se hundieron en el mar...

Tartarín y el burro fueron los únicos seres impasibles. Tartarín dormía aletargado... Su padrastro descendió del aeroplano. En él—sabe Dios cómo

En vez de detenerse, asustáronse ellos mismos de su propia sombra. Entraron en el agua...

—habíase fugado del hospicio. Contempló la turba de locos, hombres y mujeres, ahogándose. Miró a Locópolis. Sólo vió a Tartarín que dormía junto al burro—soñando con los besos de Rosaura.

Acercóse.

—Rosaura, mi Rosaura...—murmuraba Tartarín soñando—, no podré vivir si me falta tu amor...

Al oirlo, el jorobado, exhaló un gemido rebosante de angustia:

—¡Qué desdicha!—dijo—. Mi experimento no ha sido eficaz. Ni lo será nunca. Jamás... El «superhombre» debe estar por encima de todas las pasiones. ¡Y el amor es más fuerte que todos los fluídos! A este imbécil sólo le faltaba despreciar el amor. No pudo.

No supo... Mientras no se consiga extirpar esa pasión, no habrá en la tierra ningún «superhombre». Por los caprichos del amor, el hombre enloda todos sus ideales.

No dijo más. Tartarín no despertaba. Lo tomó en sus brazos, como a un niño. Con él se aproximó a la orilla. Avanzó. Hundióse en el agua. Y, como Locópolis, se perdió con Tartarín, en la espuma del mar...

Cuando todos hubieron desaparecido, oyóse un canto triste. Retumbó como un lamento sobre la ciudad vacía. Era el burro... El buen burro viejo. ¡El lírico asno que Tartarín idolatraba por lo armonioso y por lo mudo!

Fué el único habitante que no huyó de Locópolis. Pero, al encontrarse solo, meditó. Y luego:

—Soy dueño del mundo—dijo—. Hoy comienza mi dinastía...

Y así fué...

Cuando desapareció el último «hombre», comenzaron a reinar en Locópolis los seres del porvenir. Eran una mezcla de orangutanes, de hombres y de asnos...

FIN DE LA NOVELA

CUENTOS

La cara de la necesidad

Al cumplir los quince años, mi abuelo se enojó con su patria. Para no ser portugués, se hizo marino. «Los marinos—decía—no tienen más compatriotas que los peces.» En efecto: el mar era su patria. Cuando a los 80 años, en Montevideo, sentía bajo los pies el movible pavimento de un bote, aun su vejez se erguía como si oyera un «fado», o como si escuchara cañonazos en Coimbra... Ingresó de grumete en un viejo bergantín de carga. Era un barco de vela que empleaba seis meses en cruzar el Atlántico, desde Portugal a Buenos Aires. Esto ocurría a mediados del siglo que pasó.

—Fué entonces y a bordo de ese bergantín—decía mi abuelo—que ví por primera vez la bella cara de la necesidad. Es todo un cuento.

—Cuéntelo, abuelo. Cuéntelo...

—Oyelo. Nos hallábamos en Villa-Nova de Milfontes, un pequeño puerto de escasa población, en la travesía de Lisboa a Sagrés. Nuestro barco te-

nía las bodegas repletas. Habíamos cargado y estábamos ya listos para hacernos a la vela, con rumbo al Río de la Plata. Sin embargo, el viejo bergantín no se movía.

—¿No partimos, capitán?—preguntóle el piloto.

—No... Tendríamos que levar en seguida. Pero es imposible hacernos a la mar sin tener quien cocine.

Era verdad. Nuestro cocinero había muerto ese día, asesinado en una de las fondas del puerto. Quien haya sido marino mercante, comprenderá la importancia de un cocinero, en un viaje largo, donde los placeres de la mesa son los únicos goces de la vida. No se podía confiar la misión a un tripulante. Prepararía dos o tres platos, sin variación. Sin fantasía... ¿Y después? ¿Quién cocinaba?

Por eso, se buscó en todas partes. Pero los cocineros de Milfontes sabían cuán ímproba resulta su profesión en un barco de vela. ¡Seis meses cocinando, sin ver tierra! Sólo aceptó el cargo una linda muchacha. Era la novia de uno de los grumetes. Se presentó ante el capitán.

—Yo cocinaré—le dijo.

—Imposible—repuso nuestro jefe—. ¿Ignoras que en los barcos a vela no pueden viajar mujeres? Somos veinte hombres... Imagínate, minina, lo que podría suceder a bordo, en un viaje así, de 180 días, sin ver más que cielo y agua. ¡Con una sola mujer! No. ¡Imposible! No hay que jugar con Dios...

La pobre chica se alejó llorando. Entretanto, el ca-

pitán estaba furioso. Desesperábase al no poder zarpar. El contramaestre recorrió las fondas de la ciudad, buscando un cocinero. También el piloto fué en su busca. Al atardecer, lo vimos regresar. Venía acompañado de algo que, a simple vista, parecía una persona, pero que, de cerca, era, sin duda, un elefante. ¡Qué asco! Era una mujer. Una vieja horrible. La cabeza, con cerdas. La boca, sin dientes. Los ojos, hundidos. El traje, inmundo...

—¿No le he dicho—exclamó, indignado, el capitán—, que no quiero mujeres?

—Es lo único que he encontrado—replicó el piloto—. Además, a esta señora no se la debe considerar del bello sexo. ¿Qué discordia ni qué conflicto amoroso puede despertar en la tripulación? ¿No ve usted, señor capitán, que esta mujer es ho-rri-bleeee?

El capitán la examinó. Y quedó convencido. La aceptó.

—¡Arría!

Zarpamos. Los primeros días de navegación, cuando Carlota—que así se llamaba aquella vieja macabra—nos servía la sopa, todos, maquinalmente, ocultábamos la cabeza en el plato, para no verla. ¡Era tan fea!

Transcurrió el primer mes. A fuerza de ver a Carlota, silenciosa y mecánica, nos acostumbramos a mirarla sin asco. Nos familiarizamos con su fealdad. El ir y venir de su pollera mugrienta—pero

pollera al fin—nos trajo a la imaginación el recuerdo de otras sayas más limpias y más adorables, que, allá, en el pueblo, temblaban por nosotros... No teniendo a bordo ninguna otra mujer con quien compararla, Carlota nos pareció, sí, fea, pero no muy horrible. Hasta el capitán—un portugués fornido y de negra melena ensortijada—que con nadie reía, se sonrió apetitosamente con ella a los sesenta días de consecutivo mar y cielo... Y como si la sonrisa del capitán nos hubiera autorizado a mudar de opinión, descubrimos en la fealdad de Carlota, nuevos rasgos de estética.

—Le faltan algunos dientes. Pero debe haberlos tenido muy hermosos.

—Los brazos son robustos. Deben haber sido muy blancos, antes de que la vejez los llenara de pelo. Sin embargo...

Transcurrió otro mes. Ya Carlota era para nosotros, como todas las mujeres: «era una mujer». Le encontramos bellezas espirituales. Un día, alguien dijo:

—De buena gana le daría un beso.

Todos miramos al insolente. ¿Con rabia? Con celos... Lo peor fué que, al cuarto mes de viaje, nuestro jefe la sorprendió con un marinero en íntimo coloquio. El capitán dió una bofetada al marinero y continuó hablando con ella. ¿Fué un castigo disciplinario? No. También él sentía celos. ¡Canalla! Poco después, dos tripulantes, defendiendo a Carlota, se abrieron el vientre a puñaladas. El capitán,

«para evitar mayores luchas»—según nos informó—quiso que Carlota se hospedara cerca de su cabina. Esto contribuyó a exacerbarnos. Y una tarde en que por un tragaluz vimos más de lo que la justicia ególatra permite, nos convencimos de que todos—todos, todos, todos—desde el capitán hasta el último grumete—estábamos locos de amor por Carlota... Nos amotinamos. Ardió la mina. Hubo tiros. Matamos al capitán. Y le arrebatamos la preciosa joya, que, temblorosa, horrible y bella, se arrebujaba en un rincón. La raptamos como si el encanto de todas las sabinas se hubiera condensado en ella sola.

Llegamos por fin a Buenos Aires, después de seis meses de lucha con el amor y con el mar. ¡Con un tempestuoso océano por dentro y con otro por fuera!

Carlota desembarcó. La vimos por vez última. Arrastraba, por el muelle, su vieja saya sucia. Y en tanto que nuestro corazón, petrificado por las ilusiones, nos impulsaba, nos llevaba todavía los brazos hacia ella, la gente del puerto, al contemplar tan espantoso fenómeno de mujer se echó a reir. Todos gritaban:

—¡Un mono! ¡Un mono!

—Así, muchacho—concluyó mi abuelo—verás a menudo, la cara de la necesidad.

Un crimen científico

Telegrama:

«Santiago de Chile.—Diciembre, 20.—Ha fallecido anoche, en el Convento de San Antonio, el virtuoso padre Fray Benito, bajo cuyo pseudónimo eclesiástico se ocultaba un médico argentino.»

Conocí a Fray Benito. Pero no le ví nunca mientras usó el hábito. Nuestra amistad era antigua. Anterior a la fuga... Le conocí cuando era médico. Se llamaba Andrés Giles. Era joven. Apenas contaría veintiocho años. Hizo carrera con facilidad. Su fortaleza física era enorme. Parecía un gigante... Una común admiración por Nietzsche, por las enfermedades del cerebro y por la Santa Biblia, nos unió durante muchos años. Fué al poco tiempo de conocerle, que me dijo:

—Tengo que hacer un viaje. Mañana salgo de Buenos Aires.

—¿Para Europa?

—No. Europa no me atrae. La he visto demasiado

en los libros. Además, con la imaginación he vivido demasiado en París. Conozco a Francia mejor que si hubiera nacido en la Rue de la Paix.

—¿Entonces?

—Me voy al campo. Mis padres y mis hermanas viven allá. Es un pueblo pintoresco y saludable.

Se llama Monte-Verde. Es donde yo nací. ¿Quiere venir? Venga... ¿Por qué no me acompaña?

—El campo me anonada—respondí—. Soy hombre de ciudad. Para poder vivir tranquilo necesito soportar a cada rato las mil molestias de la civilización, desde el teléfono hasta el automóvil y desde la mujer hasta el ajenjo...

—No importa. Allá encontrará usted una buena biblioteca. Podrá usted encerrarse con la civilización de muchos siglos. Además, hay árboles que son buenos amigos. Hay sierras de donde soplan vientos oxigenados. Los vinos, claros como el agua,

embriagan de amor y dinamita. Resuélvase. Venga... El clima es salutífero. Por otra parte, mis cuatro hermanas tocan el piano, cantan y bailan. Son jóvenes. Harán de su parte todo lo posible para que usted pase un mes sin pensar mucho...

Este bello croquis me decidió a aceptar la invitación. Ignoro si me sedujo el detalle de los árboles. No sé si me sedujo la existencia de esas brisas serranas o, tal vez, la esperanza de hallar en Monte-Verde alguna biblioteca exótica y prohibida. Quizás el vino... Sin embargo, estoy seguro de que las cuatro hermanitas de mi amigo—jóvenes y alegres—comenzaron a bailar en la parte interior de mis pupilas y en las aurículas de mi corazón.

—Bueno. Me decido. Lo acompaño.

El ferrocarril nos condujo a la estación Cardales. Allí nos aguardaba un coche viejo que, en cinco horas, debía llevarnos al pueblo de mi amigo. Nos pusimos en marcha.

A cada barquinazo oíase un quejido. ¿Quién se quejaba? ¿El coche o yo?... No sé... El auriga era un criollo de cabellos blancos. Un tipo vigoroso. Rebosaba salud. Sus anchas espaldas y sus brazos fornidos le daban el aspecto de un teutón. Había nacido en Monte-Verde. Era un antiguo criado.

Los padres del doctor Giles, teníanle a su servicio desde tiempo remoto.

—Parece que los hombres son en Monte-Verde sólidos como Atila—dije—aludiendo a la exuberante salud del cochero.

—Ya lo creo—replicó el doctor Giles—. Y esto no es nada, comparándolo con otros habitantes. El aire de las sierras es tan puro, tan primaveral, tan limpio, que las escasas defunciones que ocurren, débense a la vejez. No hay enfermos... La única botica del pueblo, tuvo que transformarse en una fonda. No hay médicos... Cuando obtuve mi título, quise instalarme aquí.

—¡Imposible!—me dijeron.

—En Monte-Verde la gente bebe su vida tranquilamente. Sin médicos. Se alimenta de pan, de aire, de sol y de vino... En tan higiénico sistema radica la rolliza y musculosa felicidad que verá usted triunfar en la cara de todos los vecinos.

Aún no llegábamos...

El carruaje, arrastrado briosamente por dos caballos tan sólidos como el cochero, seguía, por el camino Real, atravesando montes y cuchillas. Eran las 8 de la mañana. El sol—hermoso desayuno de los pobres—iluminaba la campiña. Una brisa muy suave, seca, con fragancia de perejil, de rosas y de vacas, henchía nuestros pulmones de placeres

zoológicos. Nos refrescaba la epidermis. Nos lavaba la cara... Aunque mi cuerpo y el coche proseguían quejándose, no por eso mis ojos dejaban de admirar el paisaje. Los árboles, los montes, los pájaros, las nubes—todo,—lo de arriba y lo de abajo—lo vulgar y lo extraño—todo me llamaba la atención. Sin embargo, la escena no me daba

una emoción inédita. Yo creía haber visto aquel campo otra vez. ¿En algún cuadro? El campo es igual siempre para quien no sabe comprenderlo. Lo confieso... Entre ser potro pampeano y transeunte de la calle Florida, prefiero ser lo último... Entre un bosque al natural y un bosque al óleo, yo me quedo con el bosque al óleo. Así estoy seguro de no encontrar mosquitos. ¡Mosquitos! ¡Esas fieras salvajes que malogran todo paseo campestre, como los críticos agrían toda bella lectura!...

———

Hallamos al paso un matrimonio de labriegos. Iban con tres niños. Nos saludaron cariñosamente. Era una plebe bien alimentada. Gorda. Rolliza. Feliz...

—¡Qué hermosa salud tiene esa gente!—exclamé obsesionado por aquellas caras rosadas y sanguíneas.

—En efecto—respondió mi amigo—. Es el aire de las sierras. ¡Una especialidad de esta región! ¡No hay quien se enferme, con un aire tan puro.

—Es magnífico.

El cochero, satisfecho, hidrópico de orgullo, contento de oirme elogiar ese rincón de mundo que él tanto adoraba, repuso:

—¡Ya verá usted, señor, cuántas cosas bonitas hay en Monte-Verde! Los chicos son lindos. Los hombres son fuertes. Pero las mujeres son como los hombres y como los chicos. Verá usted ¡qué mujeres! ¡Qué robustas! ¡Qué hermosas! No existen iguales en ninguna otra parte de la tierra...

—Oh, Cirilo. Cállate—exclamó el doctor Giles—. No hables en tal forma a mi amigo. Tu entusiasmo nacionalista por nuestras mujeres, le hará suponer que estás enamorado. Y yo creo que a tu edad... ¿Ya tienes sesenta años, Cirilo, me parece?...

—Alto, niño... Soy más viejo. Tengo setenta y dos, cumplidos. Pero aquí en Monte-Verde valen por dieciocho... La edad en mi pueblo carece de importancia. Para enamorarse de las mujeres crio-

llas no existe la vejez. Hasta los bueyes se enamoran.

—Según parece—argüí—Monte-Verde es un rincón del paraíso.

—Ya lo creo, señor. Verá usted qué mujeres. Sin ir más lejos, las cuatro hermanitas del doctor son divinas.

—Alto, Cirilo—interrumpió el doctor—. Mira que estoy presente.

—¡Por eso mismo, pues!... Hay que ser franco cuando se trata de elogiar las cosas que hizo Dios...

El carruaje no cesaba de andar. Las «cuatro hermanas»—evocadas por el auriga—tornaron a aparecer detrás de mis pupilas, bailando, alegres y celestiales, sobre mi corazón.

Llegamos. La población de Monte-Verde era pequeña. Hallábase ubicada al pie de la sierra más alta del contorno. El plano de la villa era idéntico al de todos los pueblos chicos y silvestres. En el centro, una plaza. En frente, la iglesia. En la esquina, el café. A su lado, el Club. Después la ex botica, convertida en fonda. Más allá la policía y la municipalidad. Una tienda. Varias quintas... A las dos cuadras de la plaza, estaba la posesión del doctor

Giles. Allí me recibieron, muy amablemente, los padres y las hermanas de mi amigo. Me instalé. Y...

Renuncio a describir mis inocentes aventuras. No interesan a la narración. Sólo permítaseme declarar que el cochero no me había mentido. Si los chicos y los hombres del pueblo eran bellos, sanos y robustos, las mujeres eran más robustas, más sanas y más bellas aún...

—Monte-Verde—me dijo el cura párroco—es un pueblo elegido por el Señor para vender salud.

Transcurrieron dos meses. El doctor Giles preparaba sus valijas.

—¿Para Buenos Aires?—inquirí.

—Sí.

—¿Por mucho tiempo?

—No. Pienso volver pronto. Llevo un proyecto.

—Entonces, yo también me voy.

—No, amigo. Quédese. Espéreme a que regrese. Usted podrá ayudarme.

—¿Ayudarlo?

—Sí. Vea usted: Monte-Verde es un pueblo muy pobre. La propiedad no vale nada. Si el aire de las sierras no fuera tan alimenticio y las legumbres, la leche y la carne, no se encontraran aquí gratuitamente, las gentes morirían, como perros, de hambre... Es una lástima que poseyendo tan buenas condiciones para enriquecerse, este pueblo siga siendo

pobre como hace 40 años... He encontrado la manera de enriquecerlo. Y ese es mi proyecto...

—¿En qué consiste?

—Consiste en fundar en Monte-Verde un sanatorio. ¡Un magno sanatorio!... Con el oxígeno de las sierras; con el sol tibio; con el aire seco y con la vegetación sabrosa y abundante que tenemos aquí, puede proporcionarse la salud a mucha gente rica de la capital, que se muere por exceso de drogas, de específicos, de médicos... Para los tuberculosos, para los tísicos, el clima de Monte-Verde no puede ser mejor. Y ya sabe usted que en Buenos Aires el terrible «bacilus» de Kock contribuye a la necrología con un 40 por 100 o tal vez más, de víctimas ¿Qué le parece mi proyecto?

—Muy práctico y muy noble. Es usted un filántropo...

—Gracias. Me voy a Buenos Aires. Entre mis colegas haré una gran reclame de mi pueblo. Publicaré en los diarios y revistas avisos ilustrados con fotografías de las sierras, del monte, del hotel, de los árboles, del cielo... ¡En fin! Será una novedad. La aristocracia hará de Monte-Verde un Monte-Carlo... Los enfermos vendrán con esa misma fe social y de buen tono con que van a Lourdes y a Vichy... El comercio prosperará y todos ganaremos...

——

Pasó el tiempo. El doctor Giles realizó sus ensueños. Comenzaron a llegar los pacientes. En su ma-

yoría eran ricos y de nombres ilustres. El ruido que esa aristocracia produjo con su excursión a Monte-Verde, retumbó en la república como una cabalgata de Luis XV. Atraídos por la emulación, los enfermos llenaban los coches y los ferrocarriles. Los grandes hoteles que con suma rapidez se instalaron, parecían pequeños. No daban abasto. El sanatorio que hiciera construir el doctor Giles, hallábase completo. Hasta en los desvanes había tísicos. La empresa ferroviaria prolongó sus líneas hasta Monte-Verde. Se fundaron cuatro sanatorios. Instaláronse cuatro farmacias. Descubriéronse sitios célebres para los pic-nics. Piedras para los monogramas... Los propietarios y comerciantes que antes se quejaban de escasez de dinero, tenían ahora sus cajones llenos.

—Este doctor Giles es un hombre de talento. A él le debemos nuestra fortuna y el progreso de Monte-Verde.

Tales fueron las palabras con que se aplaudió la obra humanitaria del doctor Giles. En verdad, las merecía... A la plaza local le dieron su nombre y en el centro levantaron su estatua. Tan grande fué la transformación progresista de Monte-Verde, que pronto se hizo necesario ensanchar el cementerio...

—Es lógico que se mueran los enfermos graves—decía el doctor Giles—. Al fin y al cabo se mueren aquellos que al venir no tienen cura porque llegan agónicos.

El pueblo ofrecía un aspecto extraordinario. Bajo

los árboles, por los caminos, en las barrancas, en todas partes veíanse lentas caravanas de tísicos. Buscaban oxígeno. Abrían la boca. Aspiraban. Suspiraban... Eran jóvenes y viejos. Hombres y mujeres. Muchos niños. Y todos escuálidos. Enclenques. Co-

mo fantasmas. Flacos. Con la piel en los huesos. Formaban un contraste caprichoso con los robustos pobladores nativos que eran altos, vigorosos, fuertes, bellos... El domingo, por la mañana, los alrededores de la iglesia presentaban una fisonomía original. Todos los tísicos, ricos y pobres, iban a la misa de «diez». Las muchachas, pálidas y afiebradas. Algunas eran tan delgaditas que no podían casi ni caminar. Los padres o las sirvientas las llevaban del brazo. Tosían a cada rato. Tosían y tosían cavernosamente. Al toser, se enjugaban con el pañuelo la eterna gotita de sangre. También había viejos y viejas tísicas. ¡Qué caras! Los pómulos

salientes, en cuya piel ardían, como fuego, las dos manchas rojas y trágicas que son el aviso innegable de la próxima muerte. Y las manos húmedas—húmedas de un sudor viscoso—. Sudor frío... Y las frentes, con esa fiebre continua, de 39 grados... ¡Espantosa fiebre que, de tardecita, al anochecer, subía a 40 grados y ocasionaba chuchos, escalofríos y temblores!... El espectáculo de los niños tísicos era más horrible todavía. Los pobrecitos iban a la iglesia con sus madres, que los llevaban bien junto al corazón. Tenían ojos tristes y hondos. De esos ojos que miran hacia adentro... Las piernitas y los brazos flacos. Daba miedo abrazarlos. Los huesitos crujían. Y cuando la tos los atacaba, se ponían rojos y lloraban:

—Mamá, me duele aquí... No puedo toser...

—No llores, nene... No es nada. ¡Pícara tos! Ya se fué...

Y la madre, sin que el nene la viera, se enjugaba una lágrima. ¡Esa lágrima traicionera que siempre delata el horrible dolor, el bárbaro sufrimiento, la estupenda agonía, la salvaje hecatombe que deben sentir las madres en el alma cuando ven que las piernitas del hijo se hacen tan livianas, tan tiernas, tan de plumas que el cuerpo parece difundirse en el aire; disolverse; espiritualizarse; volar; irse para siempre de la vida, muriendo poco a poco! Muriendo hasta morir... Era macabro el contraste de tanto moribundo junto a los rollizos habitantes

de ese pueblo destinado por Dios—como el cura decía—«para vender salud»...

Monte-Verde vendió tanta salud; derrochó tanto oxígeno y fué tan pródigo de su temperatura y de sus sierras, que pronto se olvidó de sí mismo... Cuando moría alguno de los ricos «veraneantes», sus baúles, repletos de trajes, se distribuían entre los menesterosos. No era raro encontrar en la iglecia o en los bailes de estancia a la hija de algún lechero—linda pero pobre—con un elegante traje de seda liberty y con blondas de Francia. O a un peón de pulpería con un jaquet flamante, pañuelos de seda, botines de charol, camisa y cuello de hilo... A menudo pude ver en ranchitos de adobe, camas lujosas de maderas finas; sábanas vainilladas; roperos de espejo; vajillas de cristal... Cuando los ricos se morían, los deudos regalaban el ajuar de los muertos. No querían contemplar más aquello que, en su aspecto, conservaba vestigios del que ya era cadáver...

—Al doctor Pérez, ese que tiene automóvil, se le está muriendo la mujer—alguien decía.

La noticia volaba entre los campesinos. La gente pobre paseábase en torno de la casa, a la espera de que la desdichada tísica muriera. Eran los cuervos.

—¿No ha muerto aún?—inquiría una vieja.

—Todavía no—le replicaba otra comadre.

—Hace tres días que espero. ¡Vivo tan lejos! Ojalá se muera esta noche. Mis chicos necesitan cobijas.

Al fin la dama se moría. Entonces, era de ver la turba de hombres y mujeres que se arrojaban sobre las piltrafas lujosas de la extinta; hoceando como cerdos en todos los baúles; revolviendo esos escombros de la muerte como perros que sacian su apetito en la resaca que el mar tira sobre las costas después de los naufragios.

—A mí—decía una campesina—me dieron un traje de terciopelo. Es riquísimo...

—Yo—agregaba otra—pedí las enaguas y las camisas. Me las dieron... ¡Qué contentas se pondrán mis hijas!... Tienen que ir a un baile. ¡Es ropa fina! Aún conserva el perfume de la finadita. ¡Dios la tenga en su gloria!

El pueblo de Monte-Verde comenzó a preocuparse. Moría mucha gente. Era una racha que no sólo volteaba forasteros. Ahora se moría hasta la misma gente del pueblo... Una sola palabra que, como un rayo circuló entre los antiguos moradores nativos, me evitará el trabajo de las explicaciones:

—¡El contagio!

—¡El contagio de la tuberculosis!

Cuando los campesinos se dieron cuenta de que

el flagelo corría de casa en casa, ya era tarde. La gente, antes robusta y de buena salud, comenzó a enflaquecer. La raza de los titanes sintió en la sangre la bárbara crueldad de la polilla. Primero cayeron los niños. ¡Luego las mujeres. Más tarde los hombres... El cochero del doctor Giles—aquel viejo vigoroso y atlético que me condujera a mi llegada—murió tísico. Escuálido. Era como una momia... Y los padres de mi amigo murieron también. Y el boticario y el pulpero y el comisario! Los microbios andaban en el ambiente. A nadie respetaban. Eran tantos, que el aire de las sierras ya no podía extirparlos... En las confiterías, en los hoteles, en los almacenes, en todas partes, las copas, las tazas, las cucharas, las servilletas, las toallas, todo se infeccionó. Todo contagiaba la muerte... Las cuatro hermanas del doctor Giles comenzaron a enflaquecer. A toser. A sentir fiebre.

—Yo tengo la culpa—exclamaba mi amigo—. Soy el único culpable de este crimen. Quise hacer una obra de caridad científica. Mi filantropía fué un asesinato. Envenené el aire de Monte-Verde. Maté cobardemente a mi familia...

Se ensanchó el cementerio. En la iglesia ya no era posible establecer el antiguo contraste de los nativos plenos de vida con los forasteros, que llevaban a cuestas el fardo de la muerte... Toda la población tosía. Tosía sangre... Hasta el cura párroco—un italiano gordo—estaba afónico. Flaco. Tuberculoso... Mientras tanto, como en Buenos Aires

el progreso de la ciudad hacía centuplicar el número de tísicos, los médicos, queriendo desprenderse de tanto enfermo inútil y quitarse de encima esos próximos muertos, recetaban aire:

—No es nada. Es solamente un catarro pulmonar —decían—. Se cura fácilmente. Vayan a Monte-Verde. Es el único punto donde podrán curarse. El aire de las sierras es el mejor remedio.

En balde el doctor Giles quería disuadir a los médicos. Escribía cartas a sus amigos, a los hospitales, a los diarios:

—«¡Que no vengan más enfermos!... Aquí se mueren. El aire de Monte-Verde intoxica a cualquiera. No cura. ¡Mata!... ¡Por favor, no manden enfermos! Ya no caben los muertos...»

Sin embargo, los pacientes—ricos y pobres—seguían llegando. Venían en tropel. Alegres. Arrastrados por la esperanza. Sedientos de curarse. Avidos de no morir.

—El aire de la sierra me curará la tos...

Y se morían. En cambio, los del pueblo trataban de escapar. Huían lejos... Hasta yo—sobrecogido de espanto—me escapé... Al poco tiempo supe que las cuatro hermanas del doctor Giles habían muerto. El, entonces, al quedarse tan solo, huyó desesperado. Se fué a Chile. Encerróse en el Convento de San Antonio. Vistió el hábito. Allí ha muerto...

A pesar de todo, Monte-Verde sigue atrayendo enfermos. De sus primitivos habitantes ya no queda ninguno. El aire de las sierras cada vez está más lleno de microbios. Pero, en la capital nadie lo cree. La fama de los próceres como la de los pueblos es así: una vez hecha, nadie la destruye. Los médicos saben que en Monte-Verde ya nadie se cura. Pero ¿quién tiene un corazón tan salvaje que destroce la última esperanza de los tísicos? Por eso, Monte-Verde sigue siendo «el pueblo que vende salud». Ha progresado mucho. Figuraos que se ha ensanchado otra vez el cementerio...

La mamá de Laurita

—Mamita, ¿vas a salir? Llévame contigo...

La mamá, con la elegancia lineal de una Afrodita de París, se engalanaba frente al tocador. Su hija la veía en la luna del espejo como si contemplara, en un libro, la imagen de una diosa. Tal era la señora de Ariza. Seis años de matrimonio con un viejo enfermo, pero millonario, habíanle compensado la abstinencia de su juventud de costurera. Ahora vengábase de la antigua pobreza, despilfarrando lujo y alegría. Dios le dió una hija. Era esa nena enferma y con la cara llena de erupciones que la decía, sollozando:

—Llévame a pasear contigo, ¿quieres, mamita?

—No puedo llevarte. Tengo que ir al corso de Palermo.

—Y bueno... Llévame a Palermo. Jugaré con los cisnes del lago.

—No digas disparates, Laurita. ´A Palermo sólo

van los nenes pobres. Tú irás con Josefa, a jugar en la plaza.

Y la mamá partía. Laurita la miraba desde el

balcón. La dama subía al automóvil y en seguida gritábale al lacayo:

—José, alcánceme a Fifí.

Fifí era un perrito blanco y orgulloso y sinvergüenza... Laurita abrigaba sospechas. Si la linda mamá no la llevaba en el sitio del odioso Fifí, era por esos granos y supuraciones de la cara

que la hacían tan fea. ¡Tan fea! Nadie la besaba.

¡Debe ser muy horrible para un niño no tener quien lo bese, verdad? En la riqueza de sus blancos encajes, la fealdad de la nena crecía. Cuanto más suntuoso era su vestido, tanto más horrible resultaba ella. Un día, oyó que el mucamo le decía al portero:

—La enfermedad de Laurita está en la sangre. Es contagiosa. El padre tiene la culpa. El médico ha dicho que es la herencia...

El aya llevaba a Laurita a la plaza. Allí le compraba globos. Muchos globos que la nena se entretenía en darles libertad.

—Parecen pajaritos...—decía—. Mira, Josefa, cómo se van los globos... ¿Van al cielo? Yo quisiera ir con ellos.

¡Más le hubiera valido irse al cielo en un globo! Así se habría evitado el dolor de no poder jugar con los chicos que se revolcaban en el césped y buscaban piedritas. Cuando veía un grupo de chicos, Laurita se aproximaba. Quería jugar con ellos. Pero, ninguno la admitía. Al ver su rostro, las mamás y las criadas alejaban a sus niños, corriendo. Laurita se quedaba sola. Y con sus ojos tristes veía, sin comprender, la fuga de los chicos... Una tarde, el aya y ella sentáronse en un banco, junto a una mujer que llevaba una niña. Ambas tenían los zapatos rotos y los vestidos viejos. Debían ser muy pobres.

—¿Quieres jugar conmigo?—preguntó Laurita a la chiquilla.

—Bueno.

El aya conversaba con la buena mujer, sin preocuparse de Laurita. Esta animóse a decir a su amiga:

—¿No me darías un beso?...

—Bueno—contestó la niña pobre. Y, en la boca, la besó sin asco. En aquel instante, la señora de Ariza regresaba de Palermo. Al pasar vió el caritativo beso de la nena. Descendió del automóvil:

—Canalla—gritóle a la sirvienta—. ¿No le he dicho que prohiba a Laurita se junte con la chusma? Y a tí, Laurita, ¿quién te ha dado permiso para besar a esta roñosa?— dando un empellón a la «roñosa», ordenó a la criada que se llevara en seguida a Laurita. Ella se alejó en el automóvil. A su lado, Fifí ladraba locamente. ¡De buena gana Fifí hubiera mordido a la pobre mujer que, en la plaza, consolaba a su hija! Ambas lloraban como si, allá, en el cielo, hubiera muerto Dios...

El pecado de Claudina

—Sor Claudia.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Nada... Pero siéntese al borde de mi cama. Estoy triste. Hábleme.

Y sor Claudia, cual una madre buena—cual una madre buena que tuviera mil hijos—iba. Iba y venía. Pasaba de una cama a la otra. Conversaba. Nos murmuraba palabritas de miel. Nos narraba muy trágicas historias que eran tan infantiles como suelen ser todas las historias trágicas.

—¿Qué quieres, nenito?

—Un cuento, sor Claudia.

—Bueno... Oye: «Había una vez un tigre con hermosos bigotes y con ojos divinos...»

Y siempre el cuento comenzaba así. Siempre era un tigre el héroe de su historia. Y nos lo pintaba con rasgos tan humanos, que ahora, cuando veo a

ciertos hombres, me acuerdo de aquel tigre... ¿Por qué?

En el «Hospital de Niños», donde ella prestaba sus servicios, la queríamos con un amor de ciegos,

de perros, de gatitos... La mayor parte de los asilados éramos huérfanos. Ignorábamos la existencia del cariño materno. Pero presentíamos la dulzura de un regazo. Nuestros labios sufrían una terrible sed de besos. Besos puros. De esos largos besos de madre que comienzan cuando el niño despierta. Una sed parecida a la que experimentan los hijos de los ebrios cuya herencia les pone en la garganta un deseo feroz de emborracharse.

En la sala de sor Claudia—donde yo me asistía—todos los chicos estábamos enfermos de algo grave. Los médicos nos cuidaban. Nos atendían. Tal vez nos amaban un poco. Pero, ninguno de ellos pudo despertar en nosotros sentimientos de ternura ni de simpatía. En cambio, sor Claudia, sin hablar, sin moverse, sin siquiera reirse—con su sola presencia—nos entusiasmaba. Lo extraño era que los médicos y los practicantes no compartían nuestro amor por ella. La despreciaban. La miraban con asco... Hasta la insultaban. ¿Por qué? No era fea. Su voz era, sí, un poco gruesa. Pero era cadenciosa. Melancólica... Una voz triste y buena que es lo que debe exigirse a la voz de las madres... Al hablar, sor Claudia, movía los ojos, con romanticismo, como si soñara lo que estaba diciendo. A menudo, quedábase dormida.

Una tarde, oímos que el médico interno la gritó:

—Váyase, sor Claudia. Es usted indigna de estar aquí, donde los niños sufren. ¡Qué ejemplo escandaloso! Váyase...

Ella sollozó. Con la punta de su delantal enjugóse una lágrima.

—vayase... Su estado me repugna... Váyase... ¡Puerca!

—¡Ofenden a sor Claudia!—gritó un chico desde su lecho. Y, todos nosotros, indignados, temblorosos, heridos en nuestro amor filial, saltamos de nuestras camitas y nos arrojamos sobre el médico. Le pegamos rabiosamente, y los que ya no teníamos

fuerza ni en los brazos ni en las piernas, le mordimos las pantorrillas hasta hacerlo gritar:

—Déjenme, muchachos—decía el doctor—. ¿Saben ustedes por qué quiero despedir a esa infame? ¡Miren cómo se bambolea! ¡Ahora se ríe! No puede tenerse en pie. Se cae. ¡Todos los días hace lo mismo! ¿Les parece propio que una hermana de caridad se divierta como los carboneros?... Véanla.

Nosotros la miramos. Comprendimos... Sor Claudia, yacía en un rincón. Lloraba a carcajadas. ¿Acaso pensaba en la historia del tigre con hermosos bigotes y con ojos divinos? No sé. Pero estaba borracha.

No puedo vender paraguas

—¿Conoces a Juan de la Roca?

—Fuimos amigos. Hace ya muchos años... Es decir, cuando era pobre.

—Te lo presentaré. Ahora está rico.

—Entonces, no querrá conocerme.

Y así fué. Al principio no quiso «conocerme». Pero, mostróse galante. Llevaba un grueso bastón. Me obsequió con un cigarrillo muy modesto que yo, por aristocracia, rechacé... Parecióme un hombre miedoso. Al hablar, temblaba. Temblaba por cualquier cosa. Temblaba cual si sufriera la locura de las persecuciones. Intentó demostrarme que él no había ganado por sí mismo sus riquezas y que era rico desde antes de nacer. Sentí rabia contra aquella mentira. Quise ofenderlo. Y, mirando su garrote, dije:

—Yo le conocí a usted cuando vendía paraguas

en la calle Victoria. ¿Recuerda? Una tarde me pidió usted un peso. No pude dárselo. Tampoco lo tenía. ¡Era tan pobre! Tan pobre como usted.

Aguardé el garrotazo. Pero, no. Su bastón permaneció impasible.

—Es verdad. Fuí paragüero—repuso lentamente. —Con eso me enriquecí...

—¿Ha visto? No insulte, pues, a sus progenitores. Si usted es rico, lo será por su trabajo, por su voluntad, por su suerte, por sus pillerías o por su honradez... No por sus antepasados. ¿Cree usted que es más honroso ser rico por los abuelos que por uno mismo?

—No. Pero la gente desconfía de todo aquel que se enriquece sin haber heredado.

—¿Y cómo podré hacer yo para enriquecerme si no tengo de quién heredar?

—Venda paraguas.

—Es cierto. No se me había ocurrido. Pero carezco de las condiciones intelectuales que se necesitan para ese comercio...

—Mejor para usted. Así no sufrirá lo que yo sufro.

—¿Sufre?

—Bárbaramente. Como vivo siempre triste y pensativo, todos creen que sufro el remordimiento de

haber cometido «el crimen» que me ha hecho rico. ¡Y no saben que ese crimen ha sido el de vender paraguas en la recova de la plaza de Mayo! Para evitar la suposición de que he robado lo que me conquisté con los paraguas, atribuyo mis riquezas a mis abuelos y a mis tatarabuelos... Con esto obligo

a que se diga de mí: «¡Pobre hombre! Toda la vida ha sido rico. No conoce el valor del dinero. No sabe divertirse.»

—¿Y cuál es el motivo de su tristeza? ¿Estará usted enfermo?

—No, señor. No tengo ninguna enfermedad. Los médicos han examinado mi organismo. Funciona perfectamente. Sin embargo, me muero como un

agonizante. Lloro como un niño. Tiemblo como un reo a quien van a matar.

—¿Algún desengaño amoroso?

—Con medio millón de pesos, ninguna mujer nos desengaña. Mi tristeza proviene de que me asusta la idea de la muerte. Me horroriza pensar que tengo que ser un esqueleto... Mi cama, me parece un ataúd. Enciendo una vela y me parece que es una de las «seis» que se consumirán en mi velorio... Cuando era pobre, el deseo de enriquecerme hízome suponer que la vida, con plata, era otra vida... Después de tanto trabajar, de tanto apetecer y de tanto sufrir, consigo la fortuna. ¿Y para qué? Para convencerme de que tengo que morir como mueren los perros y los hombres: muriendo... Entonces, si es para morir que trabajamos, ¿de qué puede servirnos la ambición, el ensueño, el corazón y los riñones? ¡Oh! Los cabellos se me ponen de punta cuando pienso en la muerte... Todos mis amigos se mueren. ¿Cuándo moriré yo? ¿Mañana? ¿De aquí a un mes? ¿De aquí a un año?

A los pocos días, don Juan de la Roca se mató de un balazo. Condensó su despedida en esta frase: «Me mato porque tengo miedo de morir». En su testamento no se acordó de mí. No me dejó ni un cobre. ¡Mal amigo! Ni siquiera se compadeció de mi incapacidad para vender paraguas. ¡Maldita in-

capacidad que ha de prohibirme el gusto de legar, cuando yo muera, medio millón a mi hijo!

—Venda paraguas—me dice la sombra de don Juan, desde la Chacarita.

—Es inútil—le respondo—. No nací para vender paraguas.

El rosal

—Toma, imbécil. Mereces que te aplaste...

—Guau, guau, guau.

El perro—un precioso perrito, todo blanco—se quejaba al sentir en los huesos los puntapiés de aquel borracho... Carlitos—un viejo de siete años, rubio, encantador, que presenció la escena—se interpuso, indignado:

—¿Por qué le pega, señor? Téngale lástima. Es un pobre perrito.

El ebrio no oyó al niño. En cambio el perro, sí. Miró a Carlitos con sus ojos húmedos de lágrimas y se escudó en sus piernas como en un salvavidas. Lloraba con quejidos de nene. Entonces el muchacho, con el heroismo que nos da la injusticia, lo tomó en sus brazos y echó a correr. El ebrio siguió dando puntapiés al vacío...

Una vez en su casa, Carlitos lavó al perro. Lo colmó de caricias. El, agradecido, lo miraba con sus ojos llenos de soledad. Se negaba a comer. Tosía como un tísico. La mamá de Carlitos exclamó:

—Está enfermo. No puede vivir mucho.

En efecto. Agonizaba. A los tres días, por fin, cerró los ojos.

—Mamá—murmuró el chico—, mi perrito duerme...

—No, hijo. Tu perrito ha muerto.

El niño lloró mucho. Lloró tanto como si le hubieran quitado un caramelo o como si su papá se hubiera muerto. (En los niños, es tan grande y efímero el dolor, que todos los dolores se parecen).

—Mamá, ¿los perros que se mueren van al cielo?

—No. Por cada perro que muere, nace en la tierra una planta. Sus almas toman al renacer una verde forma vegetal. Tu perro se convertirá seguramente en alguna plantita que dará bellas flores. Lo enterraremos en nuestro jardín.

Carlitos iba todos los días a la tumba del perro.

Deseaba verlo convertido en flor. Pero ninguna planta nueva aparecía.

—Es lógico—le dijo su mamá—. Para que las almas de las gentes puedan renacer en el paraíso, es preciso cultivar su recuerdo y regar el cielo con nuestras oraciones. Del mismo modo para que el alma de tu perro florezca, es necesario cultivar la tierra donde aquélla debe renacer a la vida. Cultiva la tierra. ¡Riégala! El agua es la única oración que la tierra nos pide para darnos el fruto...

Carlitos regó el jardín. Al poco tiempo, sobre la tumba vió surgir un rosal: era el alma dolorosa del perro... El muchacho todavía lo conserva. Ayer le habló filosóficamente: «Mira, perrito—le dijo—, tus rosas son divinas. Son fragantes... Pero, discúlpame: creo que, si no ladras, no te podré querer. Un perro debe, siempre, ser perro. Debe dar *ladridos* y no *rosas!* ¿Por qué no ladras, rosal? Así, tal vez, creeré que, después de morir, se resucita.

¿A cuál de los cuatro?

—¡Quién será! Yo no sé quién es.

En el buque nadie le conocía. Nadie... Habíase embarcado en Boulogne. Era un viejo silencioso. Paseábase de noche. Jamás fué al comedor. Parecía sordo. Parecía ciego. Parecía mudo... En un largo viaje como aquel—donde los pasajeros nos conocíamos hasta el corazón—, ese viejo mudo, sordo y ciego era un estorbo para nuestra dicha. Nos molestaba con su misterio. Le hubiéramos golpeado... ¿Acaso un hombre tiene el derecho de ocultar sus secretos? El alma no se esconde. ¡Miserable!... Por eso alguien se animó a decirle:

—Buenas noches, señor... Hace calor, ¿eh? Bonito viaje, ¿verdad? Usted va a Buenos Aires, ¿no?

El viejo, sin contestar, le dió la espalda. Su silencio no era despreciativo. ¡No! Era peor. Era un silencio vacío. Sin nada adentro. ¡Qué rabia! Por fin, cansados de verle vagar como un fantasma,

le dejamos en paz. Pero, ni uno solo de los pasajeros dejó de ver en sueños al «viejo misterioso». Yo le ví también. Para mí aquel hombre era un simple fabricante de chorizos humanos—. «En su baúl —me dije—debe llevar cadáveres».—Efectivamente. Más tarde me convencí de que era cierto.

Llegamos a Buenos Aires. Entramos al puerto. Recostado a la barandilla del buque, yo buscaba caras conocidas entre la gente que nos aguardaba. Vi que dos señoritas y tres jóvenes gritaban hacia mi lado: «Papá, papá, papá...»

¿A quién llamaban? Yo busqué. ¡Ah! Era al «viejo misterioso». El anciano agitaba los brazos. Respondía a los saludos con desesperación.

—¿Son sus hijos?—le pregunté, creyendo que se hubiera ablandado. El viejo ni me miró siquiera.

——

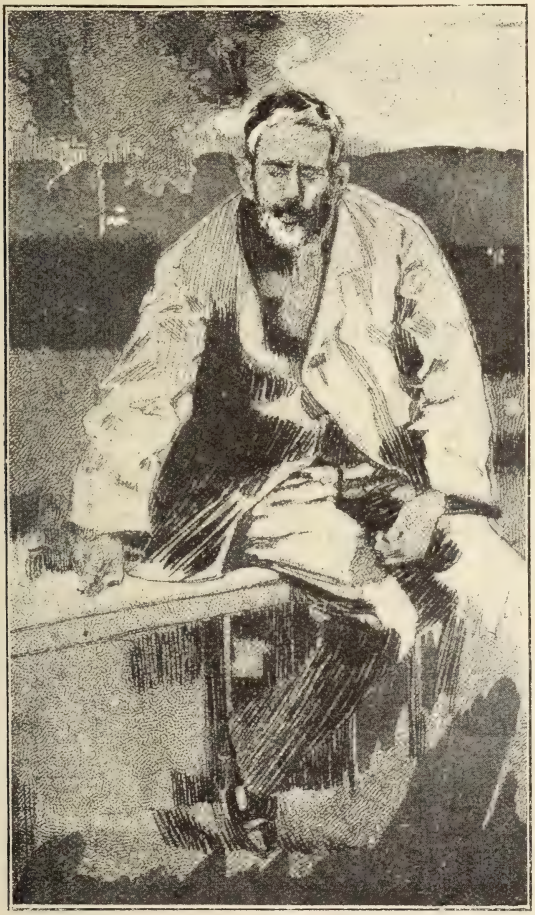
Pasaron dos años. Hace pocos días estuve en el manicomio. Discurriendo por el jardín, encontré en un banco, sentado junto a un joven, al «viejo misterioso». Estaba loco. Fué una sorpresa. Me detuve y lo miré. Era él. No cabía duda. Pero, lo que más me asustó fué que el viejo, poniéndose de pie, me dijo:

—¿Cómo está, señor? ¿Se acuerda usted de mí? Yo hice un viaje con usted desde Europa.

—Es cierto. Recuerdo.

—Siéntese... Dicen que estoy loco. Pero es men-

tira. ¿Qué gracioso, no? Muy gracioso. Este joven es hijo mío. Pronto dejará la razón como la madre



y como mi hijo mayor. ¿Quiere que le muestre mi colección de moscas? Voy a traerla...

Echó a correr. Volvió con un baúl. Dentro tenía la más extraña porquería que pueda coleccionarse. En cajas de vidrio, bien acondicionadas y prendidas con alfileres, contemplé moscas muertas, de todos colores y de todos tamaños. Era un cementerio de moscas.

—Tengo diez mil—exclamó el viejo—. Todas son diferentes. Valen mucho más que si fueran estampillas de correo. He gastado trescientos mil pesos en coleccionarlas. Nadie posee moscas como las mías. ¡Soy el Rey de las Moscas! Esta es del Japón. Esta, de Rusia. Esta, de Portugal. Esta, de...

Salí del manicomio. El hijo del viejo loco quiso acompañarme. Acepté complacido.

—¿Ha visto usted?—me dijo, ya en la calle—, ¡pobre papá! Mi hermano también está loco. Ambos tienen la misma manía de mi abuelo que murió loco, como murió mi madre. A mi hermano mayor, lo trajeron ayer al Manicomio. Hoy no pude verle porque estaba con chaleco de fuerza. Mañana, ¡quién sabe a «cuál de los cuatro» nos llegará el turno!

—¡Cuatro!—pregunté—. ¿Qué quiere usted decir?

—Somos cinco hermanos. Dos mujeres y tres varones. Sin contar el mayor, quedamos cuatro cuerdos. Somos cuatro infelices condenados a morir en el manicomio. Los médicos han dicho que en la sangre llevamos el gérmen de la «locura hereditaria». Mi

abuelo, mi madre, mi hermano y papá, todos, estaban bien como nosotros. Pero, poco a poco, el cerebro se les fué derritiendo. Ahora, nos toca a nosotros. Si usted supiera qué horrible es sentir que la locura llega, que las ideas se nos van, que el cerebro se obscurece y que, contra nuestra voluntad, decimos tonterías... Somos cuatro. Estamos en capilla. Ja, ja, ja... ¿Cuál se enloquecerá primero? Yo no quisiera que les llegara el turno a mis hermanas antes que a mí. ¡Son tan bonitas y tan buenas! Una tiene 18 años. La otra 20. Saben que tarde o temprano perderán la razón. Por eso no quieren casarse. Yo tampoco. Ni mi hermano. ¿Para qué casarnos? No debemos prolongar en nuestra raza el espantoso estigma. Nuestros hijos serían locos y también nuestros nietos...

—¡Es triste!

—Es triste. Sí... Ahora voy a mi casa. Lo primero que hago es mirar los ojos de mis hermanos. Ellos también me miran. Nos espiamos mutuamente. Hablamos y nos oímos. Queremos cazar al vuelo el primer síntoma de la demencia inevitable. ¿Cuál de los cuatro será el próximo loco? ¿Carlos? ¿Julia? ¿María? ¿Yo? Y seguimos observándonos. Vivimos en silencio. Mudos. Tan pronto como uno de nosotros levanta la voz, se nos electriza la carne y el corazón nos tiembla. Y, entonces, creemos oír el grito que exhaló mi madre cuando se enloqueció. Aquí, en la base del cráneo, en el occipucio, sentimos un dolor agudo. Nos

parece tener la cabeza hueca. ¡Y por la espina dorsal nos corre un frío! Un frío caliente... Los cuatro hermanos cerramos los ojos para no caernos, preguntándonos interiormente: «¿A cuál de los cuatro le ha llegado el turno?»

—Bueno, amigo. Basta. Adiós...—y salí corriendo para no saber más.

La juventud de los viejos

—¿Vamos, Giuseppe?

—Vamos, Gaetano.

Y los dos viejecitos se marchaban al puerto.

Nacidos en Italia y en un mismo pueblo, ambos eran amigos desde la niñez. Se habían criado juntos y, juntos también, hiciéronse marinos. Giuseppe se casó. Gaetano nunca quiso casarse. Ya hombres, navegaron por rutas diferentes. Al encontrarse en algún puerto del tránsito, se embriagaban festejando el encuentro. Después, cada cual se alejaba en su barco...

La esposa de Giuseppe había sido una rubia deliciosa. Si el marido partía, ella lo saludaba desde el muelle, arrojándole besos. Transcurrieron los años y la pobre murió... Gaetano y Giuseppe, envejecieron. Se quedaron solos. Sin familia. La vejez les blanqueó la cabeza y les enfrió la sangre. Entonces, ambos, inválidos, se refugiaron en la Boca del Riachuelo, donde los ex marinos se forjaron la

ilusión de vivir embarcados... Allí su amistad fué más sólida.

Una tarde, los dos ancianos, sentados al borde del murallón, con las piernas colgando sobre el

agua, callaban. Una barca salía, con las alas abiertas...

—¿Te acuerdas, Gaetano—exclamó de improviso Giuseppe—qué bonita mujer era la mía?... Hace treinta años que la infeliz murió. ¡Pobrecita! ¡Era tan buena!

—Sí. ¡Y era muy linda!

—Ahora que recuerdo, Gaetano—agregó, sonrien-

do, el buen Giuseppe—nunca te he confesado un secreto. ¿Sabes que una vez tuve celos de tí? Alguien me dijo que durante una de mis ausencias, tú habías hecho el amor a mi mujer, y que ella correspondió a ese amor...

—Mentira, Giuseppe. Mentira.

—No, Gaetano—continuó el viejo, riendo—. ¿Por qué no lo confiesas? Al fin y al cabo ya somos viejos. ¡Tenemos 80 años! Y ella ha muerto...

—No.

—Sí, Gaetano—insistió Giuseppe con voz dulce. —¿Crees que tu confesión me dolería? ¡Al contrario! Me consolaría pensar que tú la amaste tanto como yo... ¡Confiésalo! Lo sé todo.

—Es que... ¡No!

—Habla. ¿Cómo fué? ¿Dónde?

—Te vas a enojar, Giuseppe.

—No, querido. Me darás un placer. ¡Treinta años hace que Pierina murió! Habla...

—Pues bien: ¡sí! Tu mujer fué mi amante.

Hubo un silencio trágico. Giuseppe enmudeció. A sus pies, el río murmuraba. No pudo contenerse. Sonrió. En seguida tomó a su vil compañero por los brazos y lo empujó con rabia. Gaetano cayó al agua. En la agonía, el cuerpo del anciano apareció en la superficie, elevando los brazos hacia el vengador que lo miraba, sin prestarle el socorro que pedía. Giuseppe, inmutable en sus celos, enseñóle los puños:

—¡Canalla!—le gritó—. ¿Por qué me dijiste la verdad? ¿No sabías, ladrón, que no estaba seguro? Ahógate...

Y se echó a llorar. Entre tanto, el otro se hundía. Se hundía...

Un niño que no sabía qué cosa era la patria...

—Ahora, queridos niños—nos dijo la maestra, —hablemos de la patria. ¿Quién de ustedes sabe lo que es la patria?

Todos los alumnos, menos yo, levantaron la mano.

—Yo, señorita. Yo sé...—dijo uno de ellos—, «la patria es el lugar donde nacimos».

—Muy bien.

—No, señorita—gritó una niña—, yo sé decirlo mejor que Roberto: «la patria es como el nido para los pajaritos».

—Muy bien, muy bien—repetía nuestra profesora, oyendo las respuestas; respuestas más o menos copiadas de los libros. De pronto, la maestra me vió... Yo no había levantado mi mano.

—¿Y usted?... ¿Usted no sabe qué es la «patria»?

Todos me miraron. ¡Qué vergüenza! Los colores me encendieron el rostro. Pero, tuve el coraje heroico de ponerme de pie y contestar ingenuamente:

—No, señorita... No sé lo que es la patria...

—¿Y no sabe usted ningún verso en que se hable de la patria? ¿En el libro de lectura no ha leído usted páginas enteras dedicadas a la patria?

Uno de mis compañeros, cuya amistad conservo todavía, Orestes Baroffio, hombre que hoy tiene cerca de 30 años, además de un hijo, un gran

corazón y un exquisito talento de artista, se puso de pié e interrumpiendo a la maestra, díjole:

—Señorita: yo sé que tengo patria y sé lo que es la patria cuando veo flamear la bandera...

—Magnífico—repuso la maestra—. Es una hermosa contestación.

Por mucho tiempo la vergüenza de aquel instante me irritó la sangre. Ya hombre, me pregunté a menudo:

—¿Qué cosa es la patria?

Nunca había salido de mi país... Estaba acostumbrado a oír todos los días el himno nacional de mi tierra, y a ver muy a menudo, mi bandera flameando en todos los edificios... El abuso de las insignias gloriosas falseó en mi espíritu el ideal de la patria... Se me hizo tan vulgar, común y prosaica la palabra «patria», que para mí perdió toda la importancia que ella podía tener... Pasa lo mismo con la «conciencia», con el «honor», con la «honradez»... Todo el mundo habla de la honradez, del honor y de la conciencia. En cambio son muy escasos los hombres que practican esos defectos... Por ello, sin duda, ya no creemos en la existencia de tales cosas...

—¿Qué es la patria?

Muchos años después pude saberlo. Fué nece-

sario que saliera de mi propio país y que sufriera la terrible nostalgia del terruño. Estaba en el extranjero, cuando ví pasar un batallón... El público aplaudía a los soldados con un entusiasmo delirante. Pasó la bandera de la patria, y la multitud estalló en una apoteosis de locura patriótica. Y luego vibró el himno. El populacho arrojaba los sombreros al aire, como en un manicomio...

Sin embargo, junto a aquel entusiasmo, un hombre no aplaudía. Callaba. Era yo... Era yo que al ver que esa bandera no era la mía; al ver que aquellos soldados no eran los que pelearon por mi tierra, y al ver que aquel himno no era el himno de amor y de guerra que acompañara en la lucha a mis antepasados;—entonces, recién entonces, comprendí qué cosa era la patria.

Hace poco, en Montevideo, encontré a mi maestra. Está vieja. Muy vieja. Es una viejecita toda arrugada y blanca... Ese día, recordando la aventura del colegio, cuando yo, con vergüenza, no supe contestarle, le dije:

—Ahora, señora, ya sé qué significa en la vida, la palabra patria.

—¿A ver? ¿Diga usted? ¿Qué es la patria?

—La patria, señora, es el hogar ausente.

Y la viejecita se puso a llorar, porque la pobre

sabe cuánta tristeza encierra el recuerdo del «hogar ausente». Figuráos que no tiene hermanos, ni esposo, ni padres. Nada. Ni siquiera—lo mejor—, un hijo... Todos han muerto. Todos. ¡Pobrecita! ¿verdad? ¡No tiene patria!

Un drama infantil

—Mi maestra...

Me parece verla todavía. Cierro los ojos y la veo. Pero la veo tan bien, que al evocar su imagen, dudo de que haya muerto... La pobre murió tísica. Los chicos a quienes ella idolatraba, fueron sus victimarios. Tanto la hicieron sufrir y tanto la hicieron llorar, que la infeliz no tuvo más remedio que morir. Y murió, os lo juro, santamente. Era pequeñita, rubia, suave... Hablaba con los ojos. Sus ojos eran negros. Además de negros, eran tristes, pero de una tristeza de muchachito enfermo que no tiene juguetes... ¡Pobre maestra! Me dan ganas de llorar cuando me acuerdo de ella... Yo la hice penar mucho. Una vez lloró por mí de tal modo que, todavía, después de veinte años, mi corazón se encoge de vergüenza. Sin embargo, mi culpa no era grave. Su temperamento enfermizo y sus nervios sensibles de

violín armonioso, agrandaron mi falta. ¿Qué le hice? Fué sencillo Aprovechando un instante en que ella salió al patio escribí en un pizarrón, con tiza, lo siguiente:

«La maestra se parece a un fideo»... Cuando volvió al salón y leyó esa grosera mofa a su flacura, no pudo hablar. Se puso pálida. Tuvo un acceso de tos. Se fué a su mesa, y con los codos apoyados en ella y cubriéndose el rostro con las manos comenzó a llorar y a toser. Lloraba de una manera tan melancólica y tan en silencio, que todos enmudecimos. Aquel llanto y aquella tos nos hicieron ver un poco más el fondo de la vida. Por nuestras inconscientes almas infantiles pasó un helado soplo de miedo. Yo temblé. Quedé inmóvil en mi banco, hasta que oí la voz de la maestra. Habíase quitado las manos de la cara, y al través de las lágrimas, nos dijo:

—¿Por qué son ustedes tan crueles?... Estoy flaca, es verdad, muy flaquita... Hace quince años que trabajo, enseñando a leer y escribir. Hace quince años que sufro el placer de educar a los niños. Hace quince que estudio de noche y de día para sostener a mi familia y para evitar que mis pobres padres viejos se mueran de hambre. De tanto trabajar me he puesto flaca... Sí, flaca como un fideo... ¿Y ustedes no me tienen lástima?

Cuando la infeliz dejó de hablar muchos chicos lloraban. Otros, oían con la boca abierta. Los demás, temblaban. Por mi parte yo adiviné esa tarde

que el suicidio es la única solución de muchas agonías...

—¿No me tienen lástima?—repetía la señorita—. ¡Flaca como un fideo!... ¿Quién escribió eso?

Reinó en el aula un silencio profundo. Nadie se atrevió a denunciarme. Pero, cuando las clases terminaron y todos los alumnos se fueron, yo me quedé el último. Mi maestra en el zaguán presenciaba el desfile. Aguardé hasta el final. Entonces me aproximé tembloroso:

—Señorita—le dije.

—¿Qué?

—¿Me quiere hacer un favor?

—Con mucho gusto. ¿Qué quieres?

—Déme un beso.

—Tómalo...

—Ahora, pégueme...

—¿Qué te pegue?

—Sí. Pégueme fuerte. Déme una cachotada. Hágame saltar los dientes... ¡Pégueme!

—Pero, ¿por qué? ¿Estás loco?

—No, señorita. Soy un asesino. Yo fuí quien escribió aquello en el pizarrón, ¿se acuerda? «Se parece a un fideo».

—¿Tú?

—Sí. Yo.

Me tomó en sus brazos. ¡Yo tenía nueve años! Me besó. Me besó una vez. Dos veces. Tres veces. Muchas veces... ¡Aun me parece que me está besan-

do!... Al día siguiente, pedí a mi madre una monedita para comprar bizcochos. Fuí a la botica:

—Deme diez centavos de pastillas para la tos.

Llegué a la escuela. Penetré triunfante. Y ocultamente, sin que los demás chicos me vieran, le regalé a mi maestra las pastillas.

—Tome, señorita. Son buenas para la tos.

Me acarició con sus manos húmedas y frías. Me besó en la frente. Y...

Pasaron los años. Cuando volví a mi tierra, fuí a visitar su tumba.

No fué, sin duda, la historia de mi buena maestrita lo que empecé a contaros. ¡Pero es tan bello remover penas viejas! Además, no podría nunca evocar en mi memoria el recuerdo de aquella escuela, sin que se filtrara por las rendijas de mi corazón la imagen de quien me enseñó a leer y a presagiar la vida...

El primer día de clase, al llegar, me llamó la maestra:

—Veamos. ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Juan.

—¿Qué edad tienes?

—Nueve años.

—Muy bien. Siéntate allí.

Mi traje, aunque muy viejo, tenía menos edad que yo. Estaba remendado y planchado. Me daba el aspecto de un poeta limpio. Bajo el brazo lucía con vanidad una pizarra nueva que me enorgullecía. Atravesé por entre los bancos y ocupé el sitio que la maestra me indicaba. En seguida le tocó el turno a una chica.

—¿Cómo te llamas, nena?—le preguntó la señorita.

—Haydée, para servir a usted.

—¿Cuántos años tienes?

—Siete años.

—Perfectamente. Siéntate en ese banco, al lado de aquel niño.

«Aquel niño» era yo. Mi compañerita era rubia. Hermosísima. La miré de reojo. Tenía un rostro ovalado. Un cutis de terciopelo lila transparente. Pómulos sonrosados. Y unas manos de blancos dedos largos y flexibles. ¡Qué hermosa era, Dios mío! En aquella época—como en todas las épocas—yo comparaba la belleza de las mujeres con la belleza de las flores. El hombre siempre tiene la tendencia de clasificar a las mujeres botánicamente. Yo no sabía nada de botánica, pero tan pronto como ví a mi compañera, la coloqué en la familia de las rosas...

Nos hicimos amigos. Ella era más inteligente y perspicaz que yo. Resolvía los problemas con mayor rapidez. Sus cuadernos y sus libros eran los más

limpios de la escuela. En cambio, los míos eran como han sido siempre...

La maestra me preguntaba:

—Diga usted, Juan, ¿cuánto es 10 × 4?

—10 × 4 son... son... son...

—¡Tonto! Díle que son 40—me decía Haydée por lo bajo.

—Cuarenta, señorita.

—Muy bien.

Haydée se ponía contenta al ver mi triunfo. Yo le sonreía agradecido y por debajo del banco le apretaba la mano. ¡Qué linda mano! ¡Qué lindos dedos! ¡Qué lindas uñas!

La confraternidad del banco nos hizo tan íntimos, que un día sufrí las consecuencias de aquella amistad inocente. Comenzaban las clases y Haydée no había llegado. Transcurrieron las horas y Haydée no venía.

—Señorita, Haydée no ha venido.

—Ya lo sé. La mamá me ha escrito, diciéndome que hoy no vendrá a clase, pues la pobrecita está enferma.

No pude soportar la noticia. Me eché a llorar. Lloré tanto, que la maestra me consolaba con palabras dulces.

—No llores. Pronto Haydée estará buena y volverá.

Uno de los chicos, un tal Pedrito, se burló de mi llanto. Arrojóme una pelotilla de papel. Me resigné

ante la injuria. Pero, más tarde, en el recreo, el mismo Pedrito me asustó, diciéndome:

—¡Zonzo!... Haydée se murió anoche. La aplastó un tranvía.

—¡Mentira, mentira!—grité yo—. No es cierto. La señorita dice que mañana vendrá...—y yo lloraba como un loco. De un golpe de puño, le cerré a Pedrito un ojo. ¡Canalla! Al día siguiente, Haydée llegó a la escuela. Estaba tan bella como siempre. Al verla, sentí una sensación muy extraña. El lápiz se me cayó de las manos y temblé de frío.

—¿Cómo te va, Juan?

—Bien, Haydée. ¿Y tú? ¡Te extrañé mucho!

—Yo también...

Durante la lección, miraba a Haydée, encantado de verla allí, a mi lado. Me embriagaba con su fragancia de rubia deliciosa. Tenía siempre ese rico olor que despiden las ropitas limpias que las madres perfuman con alhucema y resedá...

—¡Qué linda estás, Haydée!

—¿Te gusto?

—¡Oh, sí! Quisiera darte un besito. ¿Quieres?

—Bueno...

Dejó caer un libro que rodó bajo un banco. Se agachó a recogerlo. Yo también me agaché. Y allí, bien escondidos, la dí un beso en la boca y la mordí los labios como si comiera con glotonería un durazno, in fraganti.

Después de ese beso furtivo, glotón y sabroso, nuestros libros se cayeron a menudo al suelo... Hasta que un día, la profesora resolvió cambiarme de banco. Protesté. Me quejé. Imploré... Todo fué inútil.

—Es necesario colocarse en los bancos por orden de estatura—dijo la maestra.

Haydée era más baja que yo. De manera que mientras ella ocupaba el tercer banco de la primera fila, yo estaba en el octavo de la segunda fila... En el de Haydée hicieron sentar al odioso Pedrito, y en el mío sentaron a una chica jorobada, con la cara llena de granos, sucia y horrible. ¡Asquerosa! Me ponía de perfil para no verla. Por encima de los demás alumnos, yo cambiaba miradas y sonrisas con Haydée, que sufría tanto como yo la cruel separación. Unicamente en el recreo podíamos hablarnos:

—¿Me quieres siempre? ¿Aunque estés en otro banco?

—Sí, te quiero. ¡Te quiero mucho!

—Tengo ganas de darte un beso, Haydée.

—Voy a pedirle permiso a la señorita para traer un libro de mi banco. Tú me acompañarás y allí... ¿Quieres?

—Bueno. Bueno.

. . . . . .

—¡Ay, qué rico!

——

Cierto día en que yo contemplaba a Haydée por encima de mis compañeros, mientras la maestra nos aburría con una grave cuestión de aritmética, vi con espanto que Pedrito pellizcaba a mi novia. Ella le sonreía y le hablaba llena de placer. De pronto ví que Haydée dejaba deslizar su libro bajo el banco ¡como yo le enseñé! y que ambos se escondían para recogerlo. ¡Qué espanto! ¡La sangre me encegueció! Oí bajo el banco, el murmullo de un beso. Si no lo oí, lo adiviné... El susto, la sorpresa, el odio, la ira, me paralizaron los nervios, el pensamiento y la imaginación. Quedé atontado. ¿Qué debía hacer? Las horas pasaron. Y pasaron los días. Pensé en la venganza. Después, reflexioné. Era más noble perdonarlo. Y...

—¡Ingrata! Me has engañado—le murmuré en la calle.

—¿Yo? Si lo besé a Pedrito fué solamente para cerciorarme de si los besos tuyos eran iguales a los de él.

—¿Y cuáles te gustan más?

—Los de Pedrito, porque son los últimos—y se alejó corriendo.

Yo estaba loco de celos y de encono. Pensé en

morir, colgado del pescuezo, en un arbolito de sauco que había en el último patio del colegio. Resolví matarme. Ya me veía ahorcado, con la lengua afuera. Y sonreía, dentro de mí, al pensar que Haydeé y Pedrito sentirían una pena espantosa, al ver que yo, desde la tumba, les sacaba la lengua... Los chicos, los grandes, creen como los japoneses, que el mejor remordimiento para un culpable es poner ante sus ojos el cadáver de su propia víctima!

El día que resolví matarme hacía un calor insoportable. Todos teníamos sueño. A la hora de la siesta, la maestra intentaba hacernos entender, inútilmente, no sé qué lección de geometría. Me hizo ir al pizarrón para que dibujara una espiral. Tomé la tiza y mi compás de acero. Desde mi sitio, dominaba toda la sala. Casi ningún alumno oía a la maestra. Una pesadez de triste somnolencia flotaba en el ambiente. Ví que Pedrito dormía profundamente sobre el banco. Para que la maestra no le viera Haydeé lo había ocultado con sus libros. ¡Qué odio! ¡Qué rabia! Dibujé en el pizarrón la espiral y la maestra me mandó á mi puesto. Esgrimí la acerada punta de mi compás cual si hubiera sido una cuchilla. Estaba furioso... Me dirigí hacia donde dormía Pedrito, y con la rapidez de un ratón, le hundí las puntas del compás en los ojos...

Lo demás, pertenece á la crónica de policía. Me tuvieron preso. Me examinaron el cráneo. Y, como era un chico de nueve años, resolvieron ponerme en

libertad. ¿Dónde estará Haydeé? ¿Dónde andará Pedrito? Nunca he podido saberlo. Sólo sé que Pedrito quedó ciego... Aun no sé si estoy arrepentido.

La eterna juventud de los recuerdos

—¿Has visto, hermano Juan?

—¿Qué?

—El hermano Javier recibió esta mañana una carta. Parece de mujer.

—¿Sí?

—He visto el sobre. Era color de rosa. Juraría que al abrirlo se estremeció, cual si el perfume de la carta le hubiera llegado al corazón...

Misteriosamente, continuaron el chisme. En un ángulo de la huerta, el hermano Javier, leía y releía su pequeño papel.

—¿Le avisaremos al ecónomo?

—Sí, pero que los demás hermanos no se enteren.

En efecto. Hicieron circular el rumor con tal prudencia que, a los cinco minutos, toda la comunidad, desde el ecónomo hasta el portero, estaban enterados.

———

El monasterio hallábase distante de la población, en plena serranía tucumana. Jamás llegaba al claustro un eco de ciudad. La comunidad se componía de catorce frailes. Algunos ya provectos. Otros jóvenes, pero envejecidos. El Prior era un anciano, muy bondadoso. Muy amable... Pero, con algo debajo de

las sonrisas y con algo detrás de las miradas, que hacía suponer que en su existencia sonaron muchas horas de fresca juventud. Lo mismo acontecía con todos los cofrades del convento. En su mayor parte, eran hombres de mundo, desengañados del amor o del juego... En la paz del monasterio sus almas intranquilas encontraban un sabroso deleite. Un des-

canso de ensueño. Una embriaguez de olvido. Si hubiera sido fácil destapar sus memorias, sabe Dios cuántas víboras habríanse encontrado en sus recuerdos. El misticismo, la penitencia y la oración, los mantenían lejos de la Tierra. Vivían en el cielo. Nadie iba al convento. De vez en cuando, alguna campesina pasaba, al trote, sobre una mula. Los frailes la miraban con melancolía, pero sin nostalgia, de igual modo que los exalcoholistas contemplan una copa llena de licor...

La noticia de la carta recibida por el hermano Javier, conmovió al monasterio. La sospecha creció cuando algunos días después, llegó otra carta. Y después, otra...

—¡Qué pecador!—decían.—¡Son cartas de mujer!

—Debe ser el Diablo quién las manda.

Y no se contentaron con hablar de las cartas. Quisieron verlas.

—Hermano Javier, ¿por qué no nos muestra las cartas que recibe?

—Son de mi familia...

—No. Son de alguna mujer. ¿Quiere prestárnoslas? De lo contrario, le contaremos al Prior...

Javier tuvo miedo. Mostró las cartas. Eran de una mujer. Y confesó:

—Yo la amaba. Se llama Beatriz. Ella me abandonó. Por eso me hice fraile. Hace ya mucho tiempo. Casi quince años... Los demás amantes la han dejado y, ahora, recurre a mí, pidiéndome perdón... Era una mujer bella. Divina.

Las cartas parecían de fuego. Los frailes las leían, como quien saborea una fruta del cercado ajeno... El exquisito perfume que exhalaban, volvía locos de amor á los más jóvenes. Las palabras apasionadas de esa mujer, llamando al hombre idolatrado, hacía que los hermanos más austeros temblaran de pasión. En sus almas, surgía, juvenil y fragante, el recuerdo de la vieja juventud gozada entre amores... Cada fraile forjábase la ilusión de que era a él a quien la dama misteriosa escribía... El hermano Javier,—a veces impulsado por los otros cofrades—, contestaba las cartas. Se las repartían entre todos. Las leían trémulos, con la cara roja y con los ojos ávidos... Una tarde, el hermano Jesús, el más fogoso, atrevióse a decirle a Javier:

—Hermano Javier: ¿por qué no le escribe a Beatriz diciéndole que se venga al convento?

—¡Oh, Dios mío! ¡Imposible! ¿Y el Prior?

—Está viejo. No desconfiará... Que ella se vista de misionero. Qué venga...

—Bien quisiera. No me atrevo. Además, hace tantos años que no la veo...

El hermano Javier se decidió por fin:

«Vén, Beatriz, al convento—le decía en su carta—, te espero, amor mío...»

La esperanza de verla redobló el entusiasmo. Algunos recitaban en voz baja las palabras amorosas de la correspondencia. Todos los días, subían á la ermita y desde allí contemplaban el camino.

—¿Vendrá?

—¿No vendrá?

¡Oh, verla! Contemplar su bello rostro una vez nada más... Sin embargo, no venía. ¿La dama se burlaba? Una tarde, sintieron renacer sus esperanzas. Por el sendero de la montaña, divisaron a un hombre muy gordo que, jinete en una mula, se acercaba al convento.

—Es forastero. Tal vez traiga noticias de Beatriz.

—Es imposible.

—No, hermanos—alguien agregó—. Es un salesiano. Miren el hábito, arrollado sobre la montura.

Así era, en efecto. El rollizo fraile descendió de su cabalgadura. Era gordo. Muy gordo. Gordísimo... Su rostro mofletudo, estaba carcomido por la viruela negra.

—¿Qué le pasa, hermano Javier? Está pálido...

Javier se desmayaba. Lívido y tembloroso apoyóse en los frailes.

—Miren,—murmuró entre dientes, señalando al gordo misionero.—Miren. Es ella. La reconozco...

—¿Quién?

—Beatriz. La de las cartas...

Hubo una explosión de corazones y de ensueños tronchados.

—¿Cómo? ¿No nos dijo usted que era muy bella? Farsante... ¡Una vieja tan gorda!

—Tienen razón. Cuando la conocí era joven y hermosa. Ha envejecido. ¿Qué culpa tengo yo si los recuerdos del amor no envejecen como las mujeres?

Los encantos del divorcio

La aristocrática salita de té, iba lentamente, llenándose de damas. Muy pocos caballeros... Un murmullo de risas y de tazas, hacía más secretos los secretos.

—Mira quién entra. ¿No es Lolita?—murmuró mi amiga.

—No la conozco.

—Sí. ¿No te acuerdas? Es Lola, la chica de Castro. Aquella que se casó en Montevideo.

—Ah, sí. ¡Qué hermosa mujer!

—Pero... Muy desgraciada.

—Resulta más hermosa todavía. ¡Qué ojos!

—Bueno. Sí... Pero, no la mires tanto. Con esas miradas desnudadoras, la pobre Lolita puede constiparse.

—¿Qué le pasó con el marido? Recuerdo el escándalo, pero ignoro el motivo. ¿El marido era Pepe Rubio, ¿no es verdad?

—Sí. Un infame. Un canalla.

—¿Le jugó la plata?

—¡Oh! Eso sería lo de menos puesto que está de moda derrochar las herencias.

—¿La engañó con otra?

—Tampoco. Si la hubiera engañado, quizás no se

divorcian, puesto que el engaño hubiera duplicado su amor.

—¿Entonces?

—Le pegó una paliza formidable. Ella solicitó el divorcio y como la mucama y el portero habían sido testigos de la «soba», el juez acordó, legalmente, la disolución del matrimonio...

—¿Así que, ahora, ella estará libre?

—Libre, naturalmente, como él. Casados y divorciados en Montevideo, los dos «están» solteros. Pueden volverse a casar si la experiencia no les basta.

—¡Qué hermosa mujer!

—Bueno, hombre. No la mires tanto. Te repito que se puede resfriar. Vámonos...

Al día siguiente, volví al «Five o clock tea». Fuí con la intención malsana y cruel de ver a Lola... Allí estaba. Y estaba solita, como el día anterior, pero más seductora, más dolorosa, y más bella que entonces. Me senté en un rincón para admirarla. Ví que no me miraba. Sus ojos iban hacia otra parte.

—Estará—me dije—enamorada del sombrero de alguna...

Y miré hacia el sitio a donde ella miraba. ¡Oh, Dios! Miraba a un caballero que, a su vez, la devoraba con los ojos.

Yo que he visto locos y asesinos y ladrones y usureros de muy cerca, no había visto jamás ojos tan criminales. ¡Qué hombre! Una barba inculta le cubría la cara. Un jaquet, mal hecho, disimulaba escasamente su ancha espalda de meditabundo que ha sollozado mucho... No la «miraba» a Lola: la absorbía. La succionaba. La mordía. La tragaba.

—Este hombre ha de causarle horror—me dije. Y con la infinita congoja que me causan los seres más débiles que yo, miré a Lola deseoso de escudarla en mi tartarinismo para defenderla de aquel tigre. Pero, ella sonreía...

Han pasado ya casi diez meses y aún la veo. La veo sonreirse con el *tigre*, amorosamente, sumisamente, sugestionada por sus ojos viriles. La veo sonreirse con la ternura platónica de un anacoreta enamorado de una estampa de amor...

Mi sorpresa fué grande. La emoción que sentí hizo vibrar la atmósfera telepáticamente. El *tigre* me miró como si mi sorpresa le estorbara.

—¡Pepe Rubio!—exclamé, poniéndome el sombrero y retirándome. En efecto, le reconocí: el hombre del jaquet era Pepe Rubio. Era el marido divorciado de Lola, que le hacía el amor, desde lejos, a su propia mujer.

Todas las tardes, Pepe Rubio iba a la sala de té para ver a su «esposa», a su «novia». Desde lejos, se miraban con hambre de abstinencia. Y lo curioso era que ambos, estaban, indudablemente, enamorados. Parecían dos novios a quienes la familia prohibiera conversar...

No se decidían a reunirse de nuevo, por temor a la crítica de los parientes y de la sociedad. Como no tenían hijos, les era imposible recurrir al pretexto que usan los divorciados para volverse a unir.

—¿Qué diría la gente—sollozaba Lola—si después de haberme divorciado, me volviera a casar con mi propio marido?... Si me uno a él, sin ca-

sarme de nuevo, ante la ley, cometería con mi propio marido un delito de amor pecaminoso.

—Entonces, olvídalo—le aconsejó una amiga.

—No puedo. Lo adoro. No podré nunca ser feliz sin Pepe.

—Recuerda que era un canalla: te pegó varias veces.

—¿Qué me importa? Me pegó porque me amaba. Ningún hombre castiga a la mujer por odio. Pega por celos...

Después supe que el «flirt» de los esposos proseguía cada vez más férvido. Pero ayer, al cruzar una calle obscura y sospechosa ví salir de una casa a dos enamorados, estrechamente unidos. Corriendo, para que nadie los reconociera, se ocultaron, con temor, en un carruaje. Antes que el coche se pusiera en marcha, *continuaron* besándose. Miré... Y no obstante el gran sombrero de *él* y el tul espeso de *ella*, reconocí a Lolita y a Pepe. Para adorarse se escondían.

—¿Esos divorciados—medité—se ofenden mútuamente amándose como dos adúlteros, u ofenden a la sociedad por amarse a espaldas de la ley que los separó con su justicia?

Un matrimonio pasó en aquel instante. Presenció, como yo, la escena de los besos.

Los cónyuges formaban un casal de honestidad

y gordura dignos de respeto. La mujer, temerosa del riesgo que corría su esposo al presenciar una escena tan poco natural, le murmuró al oído:

—¡Qué desvergüenza! Besarse en la calle...

El marido enmudeció. A pesar de su gordura, no ignoraba que su mujer era envidiosa...

El crimen de un Don Quijote

—Adiós, Ramón...

—Yo no me llamo Ramón. Soy un hidalgo de los de la lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Me llamo Don Quijote de la Mancha...

—Pero, Ramón, ¿estás loco?

—¡Loco estaréis vos, villano!

Indudablemente, estaba loco. Conocí a Ramón cuando era almacenero. Ahora es ya casi millonario. Llegó de España sin más equipaje que un pañuelo y muchas ilusiones. Creía que el oro se encontraba en las calles. Lo que encontró fué un automóvil que casi lo tritura. Se salvó por milagro... Un viejo compatriota de Vigo que poseía un boliche en la Boca, lo recogió a su lado. Fué el más activo dependiente del despacho. Desgraciadamente, el bolichero tenía—como todos los bolicheros de sainete

—una joven hija mezcla de gallega y de criolla que mantenía a la gente del barrio en continua revuelta. ¡Era tan linda! ¡Qué ojos! ¡Qué labios! ¡Qué curvilíneas!... En fin, era más sabrosa que un salame. Pero, Ramón no había venido a América para conquistar mujeres ni salames. Traía solamente la intención de juntar mucha plata. Fué por eso, sin duda, que el infeliz demoró mucho tiempo en darse cuenta de la presencia de la chica que, diariamente, en el trajín del almacén, se codeaba con él detrás del mostrador. Aunque todos los compadritos del barrio arrastraban el ala a Josefa, ella tenía miraditas tiernas sólo para su farruco. Y el imbécil de Ramón no se atrevía ni a darle un pellizco de pasada. Pero, en secreto, la adoraba. Estaba tonto de amor por ella...

En esa época era yo zapatero. Mi pequeño negocio hallábase enfrente del boliche. Yo me había enamorado como un perro de la linda Josefa. Por eso permanecía de continuo con la boca abierta, mirando hacia el boliche, a fin de consolarme.

Para poder hablar con ella, hacía continuas visitas al despacho de bebidas. Mientras Ramón me servía, yo la hablaba. A fuerza de paciencia y de copas, logré que se fijara en mí. Pero, un día me dijo:

—Yo lo quiero mucho a Ramón.

—Pero Ramón no la quiere a usted, Josefa. En cambio, yo soy capaz de beberme todo el boliche con tal de que usted me lleve el apunte... Si me corresponde, le ofrezco mi corazón y mi zapatería.

—Ella aceptó, no sé si seducida por mi corazón o por mi zapatería. Hablé con el padre, que aceptó, sin duda, por la zapatería. El único que protestó fué el pobre Ramón. Un día lo encontré llorando.

—¿Por qué lloras, Ramón? ¿Qué te pasa?

—Josefa ya no me quiere.

—Encontrarás alguna otra muchacha que te adore. Hay muchas...

—No. Quiero morirme.

Para consolarlo—e ignoro por qué se me ocurrió tal desatino—le regalé un libro de Cervantes, «Don Quijote»... Y acerté, pues Ramón se aficionó tan efusivamente a su lectura, que mientras el viejo dormía, yo conversaba con la sabrosísima Josefa. Ramón, entretanto, se devoraba las pintorescas travesuras del caballero de la Triste Figura...

Pasaron los años. Josefa se fugó del almacén. Conmigo no. Con un cochero. Ramón quiso matarse... Yo rodé por el mundo. Me hice rico. Estuve preso. Y presenté mi candidatura a diputado. En fin, obtuve buenos éxitos. Hace varios meses me encontré con Ramón en la forma que he narrado al principio. Díjome que él era Don Quijote de la Mancha... Como yo me sonriera, comprendiendo que estaba demente, se indignó, insultándome con frases de Cervantes. Entonces le dí la razón. Llaméle «hermano de Amadis» y me llevó a su casa. Tiene una enorme estancia, grande pero estéril, cerca de Luján, que adquirió con la plata que le

dejara el bolichero en un colchón... Se fué a su pieza y pronto volvió vestido de Quijote. Salió al jardín. Le trajeron un caballo igual a Rocinante. Montó, y esgrimiendo una lanza, comenzó a repartir mandobles a diestra y a siniestra, en el vacío.

—¡Cobardes! ¡Malandrines!—gritaba—. Aquí están los gigantes que me quitaron a mi Dulcinea.

Y embestía contra una cruz y un Cristo.

Hoy leo en los diarios la siguiente noticia: «El crimen de Luján. Descubrimiento del cadáver de Josefa Giles, asesinada por Ramón Orense y sepultada debajo de una cruz. El criminal hace tiempo que perdió el uso de la razón. Su manía consiste en creerse un «Don Quijote».

Yo tengo la culpa.

El 18 por 100

—No me preocupa saber si la honradez existe —exclamó el caballero de lujosa presencia—. Sólo sé que no la necesito para vivir honradamente.

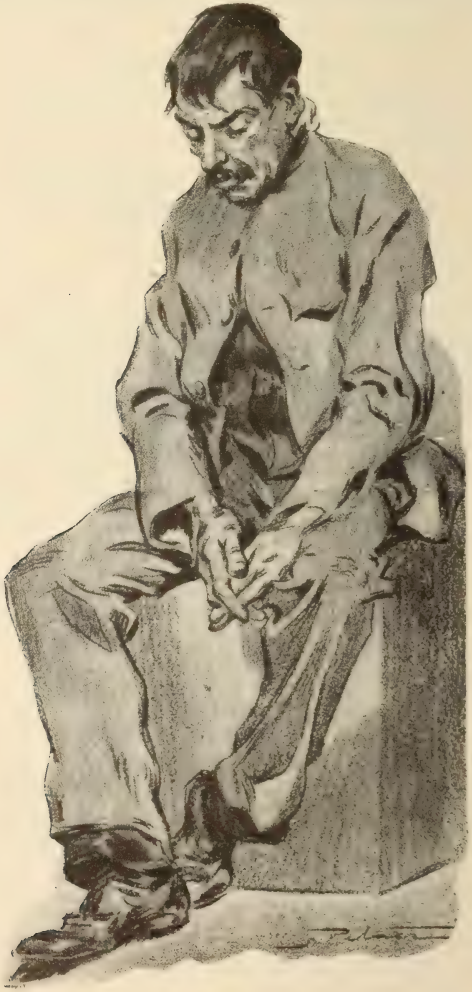
—¡Qué disparate!—repuso una señora, satisfecha de creerse muy honrada... El caballero enmudeció. Entonces yo,—mirándome por dentro—, le dije:

—Pienso como usted, caballero.

Su asombro se transparentó en una sonrisa. Se sintió igual a mí.. Por la noche me relató su vida. Al hablar, accionaba. Sus dedos refulgían de brillantes. La luz de aquellas piedras hacía contrastar la sombra de su historia. Comenzó:

«—Yo era un pobre barrendero. Pobre como las ratas... Con mi mujer y con mi hijita, vivía en la miseria. Pero a pesar del hambre, la honradez no caía. ¡Eso sí! La honradez me era fiel como un perro. Un día encontré en la calle un reloj con

cadena. ¡De oro! ¡Oro! Aquella tarde no había pan en mi mesa. Metí mi corazón en el estómago. Frente a todo, triunfaba mi honradez... Fuí a la



comisaría a devolver la joya para dormir en paz con mi conciencia...

—El comisario no está. Espere—me dijo el auxiliar.

Esperé. Esperé muchas horas.

—Señor auxiliar, me voy. Tengo que ir al trabajo. Aquí le dejo el reloj.

—No, señor. Quédese.

—Tengo que ir al trabajo.

—Quédese. ¡No se escape, canalla!—y me sentó de un empellón... Después de mucho rato, el comisario vino. Yo sollozaba.

—¿Por qué llora ese imbécil?

—Debe ser un pillete—le explicó el auxiliar—. Dice que encontró en la calle este reloj. Y lo devuelve...

—¿Devuelve un reloj de oro encontrado en la calle, sin dueño? ¡Ja, ja, ja! Aquí debe haber un delito. Un crimen, tal vez... ¡Tengo un olfato! A ver, agentes: metan a este hombre en el calabozo. Queda detenido por sospechas. Un obrero honrado no devuelve nunca una alhaja tan fina.

De la comisaría, lleváronme a la cárcel. El proceso decía: «Se le acusa del robo de un reloj». Estuve preso un año. Me pusieron en libertad: «¡Por falta de pruebas!...» Volví a mi hogar. ¡Oh! Hallé a mi hijita muerta. En cambio, mi mujer vivía. Pero vivía con otro barrendero. Aproveché la lección de mi experiencia. Ahora soy rico. Fundé un «Banco de Préstamos y Ahorros». Puedo prestarle plata al 18 %.

A los ocho años, Manuelito ignoraba la existencia del alma. Aun no sabía que existiera la muerte. En su ingenuidad, la vida se le antojaba una eterna sucesión de días y de noches.

—¿Qué tienes, Manuelito?

—Nada.

—No. Tú tienes algo.

—Estoy triste, mamita.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas del perrito de la carbonería?

—Sí. ¿De «Carbón»?

—Ese. Todas las mañanas, «Carbón» me saludaba con la cola. Me mostraba los dientes. Se reía. ¡Qué desgracia! Yo, entonces, le acariciaba, y «Carbón» me seguía hasta la escuela. Ayer no le encontré. Me dió rabia no verle. Hoy, tampoco le ví. Pensé que estaría enfermo.

—Señor Carbonero—pregunté—, ¿dónde está su perrito?

—¿Para qué lo quieres?—me repuso.

—Yo soy amigo de él. Y, como desde ayer no puedo verle...

—¿No sabes que a «Carbón» lo mató un automóvil?

—Pero, ¿no vendrá más, señor Carbonero?

—No. Está muerto.

—¿Y qué importa que haya muerto? Volverá lo mismo...

—Te digo que «Carbón» no vendrá más. Lo mataron ayer... ¿Entiendes?

—No puede ser—le grité enfurecido—. El perro habrá muerto, no lo dudo, pero tendrá que volver... ¿No es cierto, mamita, que aunque «Carbón» haya muerto no dejaré de verlo alguna vez?

—No, hijo mío. Los que se van como «Carbón», no vuelven. El alma de los muertos sube al cielo.

—¿Qué es el alma, mamita?

—Es la fuerza maravillosa que nos hace vivir. Que nos da movimiento. Es un «algo» que sentimos adentro, y que no tiene forma material. Tal es el alma. Es Dios...

Manuelito quedóse pensativo. Ahora sabía mucho menos que antes. Esa misma noche tuvo un sueño febril. Vió que un automóvil pisoteaba a «Carbón»

y que del pequeño cuerpo ensangrentado, surgía y se elevaba hacia las nubes, una paloma con las alas abiertas. Al día siguiente no quiso ir al colegio para que la ausencia del perrito no le hiciera sufrir...

—Quédate. No vayas. Te pondremos una alfombra en el patio y jugarás allí con tu molino.

Le dieron su juguete. Un juguete ingenioso y muy sencillo. Al menor movimiento del aire, las palas del molino daban vuelta. Diríase que algún secreto interno o un alma de milagro las movía... Manuelito contempló las cuatro aletas que giraban. Giraban sin cesar. ¿Quién las hacía mover? ¿Quién las hacía «vivir»?

—Debe de ser el alma—meditó—. ¡Yo quisiera saber cómo es el alma!...

Y con la estéril y profunda paciencia de un psicólogo, fué rompiendo el molino. Comenzó por el techo. Lo partió en dos pedazos. Sin embargo, las alas giraban todavía.

—No debe estar aquí. Buscaré más adentro.

Siguió la destrucción. Arrancó las paredes. Defondó la casilla. Etc. Etc... Por fin, las alas rotas, dejaron de moverse.

—Mi molino ha muerto, lo mismo que «Carbón» —exclamó Manuelito—. ¿Pero en dónde estará el alma? Al cielo no ha volado. No la he visto.

La buscó. La buscó... Las cuatro alas, inmóviles, yacían entre los escombros del juguete. Desde ese

día, el niño comenzó a creer que el alma era «un poco de viento». Nada más que un poquito de viento que nos hace mover los brazos y las piernas como a frágiles alas de molino. Como a patas de perro..

La pobre artista que se muere de vieja...

—Suba despacio, ¿quiere? Despacito... Se puede despertar.

—¿Duerme?

—Sí. Hace un rato pidió que le diéramos vuelta a la almohada. Quería dormir...

—¿Está grave?

—Oh, sí. Muy grave.

—¡Pobrecita!

—¡Por Dios, suba despacio! La escalera cruje demasiado. Cuando abuelita oye el más leve rumor, se queja y hasta delira. ¡Sufre tanto!

Sin querer, hacíamos crujir la frágil escalera del altillo.

Yo, mientras subía, en vez de pensar en la infeliz anciana moribunda, reconcentraba todo mi pensamiento en las pantorrillas de aquella deliciosa muchacha triste, sonrosada y morocha de 15 años

floridos. Iba delante mío. Subía por la escalera sigilosamente, indicándome el camino de la habitación desmantelada donde la anciana artista,—antes tan célebre, y ahora olvidada—, se moría de vieja... ¡Qué lindas pantorrillas!

—Despacito... Por aquí, señor. Entre. Ahí está. Mírela. Vea qué delgadita...

—¡Qué pálida!

—Hace ya muchos días que no come.

—Y ¿qué dice el médico?

—Lo de siempre. Que continuemos con el mismo remedio. Que la dejemos dormir. Que no la contrariemos. Que no tiene cura...

. . . . . .

—Parece que se despierta.

—Es verdad.

—Abuelita... ¿Está despierta?

La anciana — cadavérica, blanca, demacrada —, abrió los ojos. ¡Qué ojos! Dos grandes ojos negros que le iluminaron las grietas de su rostro con una luz extraña. Con una luz de fiesta. Con una luz de teatro lleno en noche de debut... Era como el rejuvenecimiento de un jardín...

—Abuelita: este señor es periodista. Desea preguntarle cómo sigue... Quiere publicar en los diarios la noticia de que usted está enfermita. ¿Cómo sigue? ¿Está mejor?

—Sí, Clara. Estoy mejor. ¿Quién es este caballero?

—Un periodista. Quiere verla y preguntarle cómo

está de salud, para repetir sus palabras en los diarios. Es un periodista...

—¡Un periodista!

Y como si esta palabra, simple y vulgar; esta palabra: *periodista*, que antes adoré tanto y que ahora desprecio por ser ignominiosa; como si esta palabra fuera un talismán, la vieja aquella pareció reanimarse, revivir, resucitar, curarse...

—Periodista, ¡oh, qué placer!

Hizo un esfuerzo sobrehumano para erguirse en la cama. Sus pobres huesos pelados crujieron en el pellejo. Más que pellejo parecía mortaja... Sacó de bajo las cobijas una mano larga y flaca, cuyos dedos parecían los tentáculos de un pulpo, y quiso, ¡oh, quiso! estrechar la mía con la suya. Pero, no pudo.

—¡Oh! Usted es periodista. ¡Muchas gracias! ¡Hace tanto tiempo que no veo a ningún periodista! Hace cuarenta o cincuenta años, ellos me buscaban. Me perseguían. Me asediaban. ¡Tenía que huir! ¡Cuánto me hicieron sufrir! ¡Cuánto me hicieron gozar!

—No se fatigue, abuelita.

—Déjame, hijita, que me desahogue... A los periodistas les debo los más gratos placeres que he tenido en la vida. Aunque a ellos también les debo horribles sufrimientos de celos, de rabias y de enconos...

—Pero, abuelita, no hable tanto. Se fatiga usted demasiado.

—Sí, señora. No se fatigue. Hable usted con calma.

—¡Con calma! ¿Cómo quiere usted que hable con calma? Después de cuarenta años, ver a un periodista que pregunta por mí... Es el más grande de los placeres que puede experimentar una artista vieja que ya siente de noche, debajo de la cama, los trágicos golpes del sepulturero. ¡Oh, si usted supiera qué tristes y al mismo tiempo qué bellas son las últimas horas de la vida en la existencia de una artista olvidada que, como yo, supo conquistar en su juventud, aplausos y triunfos con su belleza, y también—¿por qué no?—, con su talento... Aquellas salas de teatro, lujosas y repletas de un público que grita, que chilla, que ladra y que patea de entusiasmo!... Y luego, cuando nos llenaban de flores, y saludábamos a ese público que siempre nos horroriza y que siempre nos seduce, que siempre nos atrae y que siempre ¡oh, Dios! nos enloquece... Amamos al público y lo odiamos, porque tenemos necesidad de sus caprichos...

—Abuelita, ¿no recuerda lo que el médico le ha dicho? Que no se agite. Que no hable. Que no se ponga nerviosa...

—Cállate, nena... Déjame. Estoy viviendo, otra vez, mi juventud, ¿sabes? Ahora estoy con un periodista. Tú no sabes la importancia que tienen estos hombres. El mundo y las costumbres, marchan de acuerdo con lo que ellos dicen. Ellos son

los que hacen y deshacen la moral. Una obra de arte es hermosa, si ellos quieren que lo sea... Aunque son tan sabios, gastan sus energías de tal modo, que no tienen más remedio que morirse de hambre.

—Abuelita.

—Señora...

—Ustedes son jóvenes. Yo soy vieja y conozco el valor de la vida... ¡Ah, los periodistas! ¡Cómo me agasajaban!... Mi camarín era un palacio. Allí ellos eran los príncipes... Pero, mi vejez me quitó todos esos buenos admiradores. Las artistas viejas somos como los antiguos ladrillos de barro crudo... No servimos para ninguna reconstrucción, pues ahora se usan los de barro cocido...

—Abuelita...

—Sí. Tienes razón... Me callo. Cerraré los ojos para ver mejor mis tiempos felices... Vea, señor, esta niña es mi nieta. Pregúntele qué le gustaría ser...

—¿Qué le gustaría ser, señorita?

—¿Yo? Artista como mi abuelita... ¿Cree usted que podré servir?

—Sí, señorita...—y pensé en la escalera y en las pantorrillas.

La historia de Luisita

—Luisita, ¿tomarás chocolate, verdad?

—No. No quiero chocolate. Déjame... ¡Eres un viejo tan inoportuno!

Efectivamente. Era aquel hombre tan inoportuno como un reloj sin cuerda. Cada vez que nos reuníamos en el camarín de la rubia Luisita—, una linda estrella de teatrito pobre—, su marido, don Graciano, encontraba ocasión de interrumpir nuestras tertulias de entreacto, con frases de cocinero. Abría la puerta del camarín y murmuraba:

—¿Quieres chocolate, preciosa?

—¿No querrás un cognac?

—¿Quieres un pollito con papas?

Nosotros, que hablábamos con ella de cosas abstractas, de arte, de literatura y de amor, nos sentíamos caer del Olimpo. Pero, Luisita, después de echar a su marido nos conducía de nuevo al tema abandonado...

—Pues—decía—, a mí, Víctor Hugo... ¡Qué digo,

Víctor Hugo! Para mí Voltaire si lo pongo junto a Paul Verlaine, me resulta un Paul... de Kock!

—¿Quieres un ponche, ricura? ¿O quieres un helado, Luisita?

—Déjame. Te he dicho que no me molestes.

Y el marido cerraba de nuevo la puerta, y se iba. Se iba con una resignación de buey triste. Se iba con una tristeza muda de gato gordo... Me propuse estudiar a don Graciano. Era en los tiempos en que yo analizaba el alma de los perros para comprender el alma de los hombres... ¡Qué tiempos! Florencio Sánchez era uno de los muchos contertulios del camarín de Luisita. Evaristo Carriego, también iba todas las noches. Y cada noche ponía a los pies de nuestra amiguita, un nuevo y fresco y bello madrigal. Ronsard y María Estuardo... ¡Qué tiempos!

—Dígame usted, don Graciano—le pregunté una vez—, ¿por qué está usted siempre triste?

—¿Yo, triste? No, señor... ¿Usted cree que los hombres que ríen son los hombres felices? Se equivoca...

Y no me dijo más. Se fué. Su espalda encorvada se perdió entre las bambalinas del escenario.

—Carmencita... Hace usted sufrir mucho a su marido.

—¿Por qué?

—Lo veo siempre tan triste... ¿No tiene usted miedo de esa tristeza?

—No... ¿Miedo? Es un pobrecito. Nunca se queja...

Y era cierto. Aquel hombre—¿era hombre?—nunca se quejaba. Yo no sé si Luisita le faltó... alguna vez. Pero, parecía un hombre de hielo. Amaba a Luisita. Y, sin embargo, no sentía celos... De lo único que se preocupaba era de que su Luisita tomara su ponche, su chocolate, su bife, su pollito...

—Tiene usted un marido culinario...

—¡Pobre! Déjelo. Es inofensivo...

—¿Por qué se casó con él?

—Me amaba. Tenía una pequeña tienda en la esquina del conventillo donde yo vivía. No es muy viejo. Tiene 35 años. Desde que nos casamos parece que tuviera 60... Me empezó a hacer el amor cuando yo pasaba con la costura para el Registro. A mí me gustaba. ¡Era el tendero de la esquina! Un día me detuvo:

—Escúcheme, Carmencita. Yo la quiero a usted mucho. ¿Por qué no viene a conversar conmigo?

—Bueno... Como usted guste. Vendré.

—¿Quiere ir al teatro conmigo, el domingo?

—Bueno. Pero, siempre que vaya mamá.

—Naturalmente. Con su mamá...

Fuímos al teatro. Mi mamá se puso un velo. La arreglé como pude... Yo me puse todas mis cin-

tas. Creo que estaba linda... Era por la tarde. Un domingo... Ibamos por la Avenida de Mayo. Don Graciano me llevaba del brazo. Mamá, iba detrás... Cuando empezó la función y salió a escena la primera dama, me enamoré del teatro... ¡Oh, qué

hermosura! ¡Era hermoso ver la función desde la platea! ¡Pero, cuánto más hermoso no sería estar en el escenario! Ponerse bellos trajes. Hablar. Ir. Venir. Enamorar. Seducir. Encantar!...

A la salida del teatro me preguntó don Graciano:

—¿Le gusta?

—¡Oh, sí, sí! ¡Mucho! ¡Qué lindo!—y me prendí de su brazo. Cuando íbamos llegando a casa, me dijo al oído todo colorado:

—Y ahora, Luisita, ¿me quiere usted más que antes?

—¡Oh, sí!

—¿Y no se casaría conmigo?...

—¡Oh, sí! Pero me casaría para ser artista. Yo quiero ser artista!

Suprimo detalles. Me casé con don Graciano. El casamiento me hizo, según dicen, más hermosa. Ingresé en el teatro. Aquí estoy... esa es toda mi historia. Mi marido me adora. Pero me adora, así, en silencio. Me cuida con la atención de un cocinero que sólo se preocupa de que no me queme, de que esté bien adobada, de que esté a punto de caramelo... Soy feliz. Hago lo que quiero. Pero él nunca se queja...

¡Oh, don Graciano! Hubiera sido mejor que te quejaras...

—¿Por qué?—preguntaréis.

Porque hace unos días, en un teatro de Río de Janeiro donde Luisita trabajaba, su esposo, don Graciano, siempre en silencio, mudo, resignado, sin un solo ademán teatral y sin quejarse, la mató de un balazo.

FIN

JUICIOS CRÍTICOS

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

juzgado por la crítica europea y americana

Prólogo de Paola Lombroso, publicado en el libro «Cien Hombres Célebres» (1)

—*¡Cien Hombres Célebres!*

Tengo ante mis ojos un sabroso volumen: «Las confesiones artísticas y literarias de un escritor de América: por Juan José de Soiza Reilly». Constituyen estas confesiones numerosas y ágiles biografías y entrevistas rápidas con personajes franceses, italianos, españoles y americanos. Todos notabilísimos y sobre los cuales no se podría decir nada nuevo. Pero, en este libro, lo nuevo se encuentra en el espíritu singularmente individual, independiente y—¿debemos decirlo?—temerario del crítico que ha tenido hasta la fortuna de trabajar en condi-

(1) Edición de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

ciones excepcionales. Soiza Reilly escribió estos estudios para la revista de la República Argentina *Caras y Caretas*, que dió a su corresponsal, además de una amplia remuneración pecuniaria, una libertad moral sin límites, dejándole escribir como se le antojara, sin ambages, ni reticencias, ni vínculos.

Habrá sido, sin duda, un bello placer para Soiza Reilly—placer que yo le envidio—, el ver así de cerca a los hombres más ilustres del mundo, pudiéndolos describir tal cual los vió, sin preocuparse de atenuar, enmascarar o rebajar su pensamiento. Es innegable que su espíritu agudo y ágil, lleno de ironía y de impertinencia y hasta intolerante para toda idea convencional, se adaptaba con exceso a su misión.

¡Es fácil comprender qué magnífico conjunto pudo formarse con esta brillante variedad, rica y multiforme, de materia prima, y qué partido habrá sacado de él, un crítico que sabe y puede decir las cosas personalmente sin preocuparse de cómo han de juzgarlo los demás, y mucho menos el sujeto a quien ha entrevistado!

. . . . . .

PAOLA LOMBROSO

Turín, 5 noviembre de 1908.

Juicio de Paul Adam, del «Mercurio de Francia»

. . . . . ,

Poco se conoce en Francia de la literatura Sud-americana, pues fuera de los autores que han sido traducidos al francés, ignoramos por completo la existencia de muchos. Sería bueno ir descubriendo a los mejores, ya que conocemos algunos excelentes como Rubén Darío, Enrique Goméz Carrillo, Manuel Ugarte, Enrique Larreta, etcëtera. Debemos agregar a esta lista, el nombre de Juan José de Soiza Reilly, sudamericano residente en París y autor de un curioso libro titulado «Cien Hombres Célebres», donde el autor nos presenta a otros tantos hombres ilustres en vida literaria y doméstica, mostrándonos, con ironías y verdades, los defectos y virtudes de cada cual. Generalmente en esta índole de trabajos, los autores se concretan a describir a los personajes que retratan, pero Soiza Reilly hace algo más, por cuanto estudia profundamente el alma y las obras de sus criticados, de tal manera viviente que sus cien hombres célebres saltan a nuestra vista con una naturalidad asombrosa. Hablan y accionan como si pasaran tranquilamente por el escenario de un teatro.

PAUL ADAM

París, 1910.

Juicio del crítico italiano Luigi Motta publicado en «La Vita», de Milán, el 15 julio de 1910

Chi é Soiza-Reilly? si chiederanno i lettori e per appagare il legittimo loro desiderio, diró ch'é un giovine simpaticissimo, pieno di ingegno e d'audacia, un innamorato della nostra patria, come lo furono tutti gli intelletti superiori.

Egli é un giornalista, ma un giornalista d'impressione che guarda e afferra d'un colpo ció che deve fissare sulla carta.

Egli é l'anima di *Caras y Caretas*, la rivista bonaerense che ha una tiratura settimanale di oltre cento mila esemplari, e che concede, come dice Paola Lombroso, oltre ad un'ampia rimunerazione pecuniaria, una libertá morale senza limiti; ció che permette ai collaboratori di scrivere come sentono, sensa reticenze né vincoli.

Soiza-Reilly, spirito arguto, ironista sottile, ha fatto di queste pennellate, dei piccoli capolavori che altamente meritano di essere conosciute anche tra noi.

La loro freschezza, l'agilitá della frase, la vigoria della descrizione li rende gustosi, come frutta tanto desiderate a cui ci accosta con infinito sottile piacere.

Io vorrei che un simile libro fosse conosciuto pure tra noi, poiché é veramente degno della maggiore considerazione.

Soiza Reilly ha fatto cosa deliziosa e ad esso si uni

l'editore Maucci, un signore del libro che vide riconosciuti i suoi sforzi del plauso ottenuto dal libro in due continenti: l'Europa e la giovine America che muove vittoriosa e trionfante alla conquista dell'arte!

LUIGI MOTTA

«Crónicas de amor, de belleza y de sangre» (1)

Juan José de Soiza Reilly, el más original de nuestros hombres de letras, nos da un nuevo libro. Son crónicas, dice él; son estudios, pienso yo. Estudios de un verismo amargo. La jovialidad, la ligereza del estilo, constituyen el engarce de las piedras negras extraídas de las almas que observa, con la implacable tenacidad y prolijidad de un anatómico.

Soiza Reilly, ese buen muchacho risueño, que toma la vida en broma, que hace mofa de todo y de todos, incluso de él mismo, que se afana en cubrir su modestia ingénita y real, con un manto de vanidad y de petulancia artificial, va herido en el ala, lleva en el alma el veneno que roe las almas de todos los literatos del siglo. Una amargura inmensa, una amargura incurable, proveniente, en mi concepto, del convencimiento de la inferioridad, de la subalternidad del artista en las sociedades contemporáneas; del dolor que engendra esa certidumbre, de la rabia que da no poder quebrar las cadenas, libertarse, cortarle las alas a la imaginación, sacarla del cielo y echarla a la tierra: obligar al cerebro a tener juicio, a pensar en las sementeras, en los negocios y especulaciones, en el honor y el provecho de enriquecerse, aunque sea por medio del *chantage*, de la coima del garitero o... de otras cosas peores...

---

(1) Edición Maucci, Barcelona.

«Crónicas de amor, de belleza y de sangre» es un libro bueno, un libro bello, un libro digno, que probablemente no se leerá, que probablemente no merecerá sino una somera mención de la crítica. Cuando más dos líneas, precediendo la página íntegra donde en gruesos caracteres se anuncia un remate de tierras.

JAVIER DE VIANA

Juicio de Paul Adam, del «Mercurio de Francia» en la «Región» de Montevideo

Como Soiza Reilly es oriental (honor y dicha que suelen pagarse caro, pero que, por lo menos, proporcionan abundante cosecha de provechosas experiencias), no es extraño que, a pesar de ser tanto mi aprecio por este escritor y tan vehemente mi afición a la buena lectura, haya dejado pasar tiempo sin leer aquellos de sus libros que aún no conocía. La culpa no ha de atribuirse sino a la «amenidad» de este heroico ambiente nuestro que, con sus inefables halagos, se sobrepone a todo propósito de recogimiento bibliográfico durable: tal es de interesante y bella la circunstante realidad.

Me agradan, desde luego, los libros de Soiza Reilly, por la franqueza con que transparentan dos sentimientos, no antagónicos, sino complementarios: la conciencia que tiene su autor del valer real de su obra y el interés que le inspira la opinión que formen de ella los demás, llamando así a los que son sus semejantes. Quien escriba de literatura y niegue participar, en mayor o menor grado, de alguno de esos dos sentimientos, no es más que un cómico vulgar. Sin la estimación de la propia obra, no haríamos libros, aquí donde no puede haber interés venal en hacerlos; sin la estimación del juicio ajeno, no publicaríamos lo que escribimos.

Cuando Soiza Reilly nos pregunta cuál es el valer literario de su obra, no significa eso que lo ignore, sino, sencillamente, que desea saber si los demás concordamos

en reconocerlo. Yo, por mi parte, que prefiero a toda otra condición, en la obra literaria, el sello de personalidad, el carácter inconfundible, ¿cómo no he de reconocer el valer literario de Soiza Reilly? Su modo de escribir, es enteramente suyo; su estilo es personalísimo. Podría omitir su nombre al pié de lo que escribe: no habría nadie que, habiéndole leído una vez, dejara de reconocerlo para siempre. Podrá intentarse imitar el original arranque de su pluma: se incurrirá en extravagancia sin espontaneidad, en afectación sin gracia. Se le falsificará; pero no habrá quien acepte por buena, la moneda falsa acuñada con su nombre.

Claro está que tratándose de un escritor tan personal, sería contradictorio aplicarse a exponer en qué particularidades y minucias quisiera cada uno de nosotros que Soiza Reilly fuese de otro modo que como es. Una personalidad literaria verdadera es una unidad indivisible. No se la recompone sin descaracterizarla. No se la juzga pensando que podría parecerse más a nosotros: se la juzga esforzándonos por adaptarnos y parecernos a ella mientras la juzgamos; y no es otro el principio de simpatía crítica que asegura la eficacia del juicio literario. Pero, sin perder su carácter, una personalidad de escritor, precisamente por tenerlo, es capaz de evolución, de asimilación, de adaptación; y así, es lícito formular, como deseo personal, el de que el talento observador de Soiza Reilly, tan vivo y penetrante; su sátira, tan certera y eficaz; su estilo, tan expresivo y «gestuoso», y, en una palabra, las grandes cualidades de escritor que hay en él, se comple-

mente con una filosofía más benévola de las cosas y de los hombres, remontándose, poco a poco, a aquella altura de serenidad desengañada que hace de la ironía una de las actitudes más sabias y más nobles con que quepa observar, de lo alto de nuestros desengaños, el espectáculo del mundo.

JOSE ENRIQUE RODO.

Montevideo, 24 Marzo de 1914.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	5
Prólogo	7
I.—Cuatro palabras para crear el personaje	11
II.—Tartarín en París	17
III.—Historiador americano	27
IV.—El gaucho civilizado	33
V.—Empieza la novela	39
VI.—Diversiones científicas	47
VII.—Angustia	53
VIII.—Un loco en libertad	55
IX.—Tartarín Moreira en el Manicomio	65
X.—El discurso del árbol	71
XI.—Dos damas misteriosas	85
XII.—El ladrido de un perro humano	87
XIII.—La señal	91
XIV.—Un experimento salvaje	95
XV.—¡Fuego, fuego!	105
XVI.—La ciudad de los locos	111
XVII.—En Locópolis	115

Págs.

XVIII.—La sabiduría del presidente 119
XIX.—¿El hombre superior? 123
XX.—¿Quién es el muerto? 125
XXI.—El cadáver misterioso 131
XXII.—El teatro de Locópolis 139
XXIII.—Una comedia 143
XXIV.—El secreto del cadáver 147
XXV.—La agradable conversación de un muerto. . 153
XXVI.—El libro de Juan Nariz 161
XXVII.—Ultimos apuntes de Juan Nariz 173
XXVIII.—Un traje de cabellos 179
XXIX.—Inventos extraordinarios 185
XXX.—El canto de un ruiseñor 191
XXXI.—El pájaro extraño 199

CUENTOS

La cara de la necesidad 207
Un crimen científico 213
La mamá de Laurita 231
El pecado de sor Claudia 235
No puedo vender paraguas 239
El rosal. 245
¿A cuál de los cuatro? 249
La juventud de los viejos 255
Un niño que no sabía qué cosa era la patria . . . 259
Un drama infantil 265

Págs.

La eterna juventud de los recuerdos 277
Los encantos del divorcio 283
El crimen de un Don Quijote 289
El 18 por 100 293
El secreto del molino 297
La pobre artista que se muere de vieja 301
La historia de Luisita 307

OBRAS DE VENTA EN ESTA CASA EDITORIAL

CIEN HOMBRES CÉLEBRES

(CONFESIONES LITERARIAS)

POR

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

CON UN PRÓLOGO DE PAOLA LOMBROSO

Contiene entrevistas y reportajes hechos á Su Majestad el Rey de España Alfonso XIII, el Rey de Italia Víctor Manuel III, César Lombroso, Gabriel D'Annunzio, Jean Richepin, José Echegaray, Octavio Mirbeau, Paul Verlaine, Olavo Bilac, Max Nordau, Don Carlos de Borbón, Nakens, Galdós, Pío X, Ferri, Matilde Serao, viuda de Zola, Salvador Rueda, Luis Barzini, condesa Gloria Laguna, Remy de Gourmont, Unamuno, Don Jaime de Borbón, Amicis, Zorrilla de San Martín, Barón de Río Branco, Alvarez Quinteros, tenor Oxilia, Grazia Deledda, Bistolfi, Querol, Herrera y Reisig, Presidente del Brasil Dr. Penna, Augusto Rodín, Abate Perosi, Felipe Turati, Pietro Mascagni, Camille Mauclair, Alberto Arnó, El Mesías Meva, Catulle Mendes, Maragliano, el torero Mazzantini, Mariano de Cavia, Menéndez Pelayo, Tolstoy, Santiago Rusiñol, Pompeyo Gener, Casas, Tailhade, Antonio de Valbuena, Cardenal Arcoverde, Florencio Parravicini, Merry del Val, Carolina Invernizio, Alfredo Vicenti, López Ballesteros, Francos Rodríguez, Chaliapine.

Después de leído este libro, puede preciarse el lector de que conoce personalmente, podríamos decir, á las mayores celebridades del mundo; tanta es la realidad con que están trazadas sus semblanzas literarias y la perfección de sus fotografías.

Un tomo de 500 páginas, con 130 ilustraciones fotográficas, en rústica, 4 pesetas; encuadernado en tela, con planchas doradas, 6 pesetas.

CRONICAS DE AMOR

de belleza y de sangre

POR

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

Pocos escritores tan originales como el autor de *Cien hombres célebres* han logrado alcanzar en menos tiempo la popularidad. Su estilo desenfadado y ligero da á las páginas de sus libros singular amenidad y encanto, y el atrevimiento de sus críticas y conceptos iguálanle con los más famosos cronistas.

En este libro ha coleccionado Soiza Reilly una buena porción de trabajos literarios que comprenden, además de doce inimitables crónicas, una serie de reportajes chilenos, varios artículos descriptivos y emocionantes de costumbres argentinas, notabilísimas biografías sudamericanas, notas de Italia y otros varios escritos de gran mérito literario que se leen con sin igual agrado. Basta haber leído á Soiza Reilly en sus *Cien hombres célebres* para que se sienta deseo de conocer el nuevo libro que puede adquirirse al precio de **Una peseta**, en rústica y **1'50** encuadernado en tela con planchas doradas.

Fortuna y éxito en el Amor

— ó —

el secreto de la fascinación personal

POR EL

Dr. F. Amos

VERSIÓN DEL ALEMÁN

POR

N. PRIM DE BALLE

Contiene este curioso libro: Requisitos necesarios á hombres y mujeres para hacerse amar.—Consejos á los hombres para conquistar á las mujeres.—Consejos á las mujeres para conquistar á los hombres.—¿Existen medios ocultos para producir ó aniquilar el amor?

Precio: **Una peseta.**

En las Puertas de Italia

POR

EDMUNDO DE AMICIS

VERSIÓN ESPAÑOLA DE C. VIDAL

Es tan popular y conocida esta obra del célebre escritor italiano que parece ocioso añadir y un elogio a los muchos que ha merecido

En todas las ediciones que de ella se han hecho, ninguna tan bella, perfecta, bien traducida y artísticamente presentada como esta de lujo que recomendamos a los lectores.

Se puede afirmar que de los libros de Amicis, ha sido éste el más leído y apreciado, no sólo por los italianos, sino por el mundo entero, pues a casi todos los idiomas ha sido traducido.

Forma un tomo (39 por 21 centímetros), de 452 páginas con 172 ilustraciones, impreso en excelente papel satinado y encuadernado en tela con planchas doradas y lomo de piel.

Precio: 12 pesetas.

CONSTANTINOPLA

POR

EDMUNDO DE AMICIS

Versión española de C. VIDAL é ilustraciones de C. BISEO

Forma este libro un digno *pendant* con el anterior *(En las puertas de Italia)*, por su presentación editorial, análoga en tamaño, papel, encuadernación, etc.

Conocidísimas son las dotes literarias de Amicis para los libros de viajes, en los cuales descolló como ningún otro escritor contemporáneo. En la obra que nos ocupa nada falta para dar interés y amenidad al relato, que constituye un acabado estudio de los usos y costumbres de los países que recorre, deteniendo su curiosa investigación en la antigua capital del imperio de Turquía que tan sugestiva impresión ejerce en cuantos la visitan.

Un tomo (30 por 25 centímetros), de 520 páginas, en papel excelente, con numerosas ilustraciones al cromo y en negro y encuadernación en tela con planchas doradas y lomo de piel.

Precio: 12 pesetas.

LOS AMIGOS

POR

EDMUNDO DE AMICIS

Edición refundida y revisada por el autor e ilustrada profusamente por Genaro Amato, Cayetano Colantoni, Isidoro Farina, Dante Paolocci, Héctor Ximenes y José Pennasilico. Versión castellana de *D. Hermenegildo Giner de los Ríos.*

Un hermoso tomo en rústica, **3'50 pesetas.**—En tela, **5.**

STELLA

NOVELA DE COSTUMBRES ARGENTINAS

POR

CESAR DUAYEN

PRÓLOGO DE

EDMUNDO DE AMICIS

Este libro, que tanta aceptación ha tenido por su gran belleza, es una novela genuinamente argentina, una pintura de caracteres de este pueblo admirable, de esta sociedad varia y vivacísima, hecha con tal realidad y desapasionamiento que jamás la crítica ha fallado con tal acuerdo respecto al mérito de tan magna obra, y como dijo un brillante escritor, «es STELLA una galería viva de retratos del mundo argentino».

Un lujoso tomo de 392 páginas en magnífico papel satinado con numerosos grabados y preciosas cubiertas artísticas, **3 pesetas.**

VIDA ARGENTINA

POR

CESARINA LUPATI

VERSIÓN ESPAÑOLA DE **AUGUSTO RIERA**

Entre las variadas publicaciones que con ocasión del centenario de la Independencia Argentina vieron la luz, podemos recomendar a nuestros lectores la que lleva el título precedente.

Esta obra forma un volumen de 266 páginas en excelente papel satinado con 52 ilustraciones fotográficas de Buenos Aires y su campiña, todas ellas recientemente obtenidas. Precio, **3 pesetas.**

Las Perlas del Corazón

(un libro para las madres)

Deberes y aspiraciones de la mujer desde su infancia
y en la vida íntima y mundial

POR LA

Baronesa de Wilson

OCTAVA EDICIÓN

En este notable libro ha consignado su ilustre autora sus ideas y aspiraciones acerca del destino de la mujer en el estado actual de nuestras sociedades. Todas sus bellas páginas están inspiradas en bien del progreso moral e intelectual de la juventud femenina, y sus sanas teorías sirven de enseñanza provechosa para asegurar la paz y el orden en el hogar doméstico.

Esta obra meritísima, tan adecuada para la educación de las jóvenes, ha tenido a bien aprobarla y autorizarla como texto de lectura, en los colegios de niñas, la mayor parte de los Consejos superiores de Instrcución Pública de las naciones hispano-americanas.

La presente edición va considerablemente aumentada y corregida por su autora. Forma un volumen en 4.º, impreso en papel satinado, de 224 páginas, con ilustraciones de los mejores artistas.

Precio en cartoné con lomo de tela: **2 pesetas.**

México y sus gobernantes

de 1519 á 1910

POR LA

BARONESA DE WILSON

Esta importante y utilísima obra comprende, como su título indica, la historia completa de México hasta nuestros días.

Dos voluminosos tomos ricamente encuadernados en pergamino con artísticos relieves y polícromos de 416 y 400 páginas, con 136 retratos de página entera, **25 pesetas.**

MARAVILLAS AMERICANAS

Curiosidades geológicas y arqueológicas, perspectivas, tradiciones, leyendas episodios históricos, algo de todo

por la BARONESA DE WILSON

Este libro de la escritora más popular en América, es ameno, entretenido, curioso y por extremo atrayente é instructivo. Puede clasificarse entre los que proporcionan, no sólo grato solaz, sino encanto singular, que se renueva á cada página, cautiva el ánimo y le suspende con las brillantes descripciones, los bosquejos de costumbres interesantes, los episodios sensacionales que relata con singular maestría.

Enlázase en el conjunto de la obra lo primitivo con lo prehistórico, la época contemporánea con la colonizadora; y sus cuadros, en fin, trazados á vuela pluma constituyen fieles copias de la vida americana.

2 tomos de 238 y 220 páginas con 56 correctos grabados fotográficos.—Precio: **5 pesetas.**

NOTA.—Véanse otras obras de la misma autora en las páginas 9 11, 27 y 56.

Emin Bajá y la Revolución en el Ecuador

Historia de nueve meses pasados en la última provincia sudanesa. Por **U. J. Mounteneu Jephson**, oficial de Stanley. Un volúmen análogo al anterior. **25 pesetas.**

EN EL AFRICA TENEBROSA

Historia de la expedición emprendida en busca y auxilio de Emin, gobernador de la provincia ecuatorial Egipcia. Por **Enrique M. Stanley.** Un volúmen de 840 páginas tamaño 32 por 23 centímetros, encuadernado lujosamente en tela; **30 pesetas.**

Virreyes y Gobernantes del Perú

(1583-1871)

BIOGRAFÍAS Y RETRATOS

POR

Domingo de Vivero y J. A. de Lavalle

Consta de dos libros, que forman una sola obra, contienen las biografías de todos los gobernantes del Perú (hasta 1871) con sus retratos en magníficas láminas litográficas de página entera y sus firmas autógrafas, comprendiendo el primer libro 44 retratos y 26 el segundo. Todos ellos están exactamente reproducidos de cuadros y estampas de la época, y en cuanto al mérito histórico y literario de las biografías, basta tener presente la autorizada firma del autor, señor Lavalle.

Este libro, de gran interés histórico para el estudio perfecto de la época colonial y de la independencia del Perú, merece ocupar un puesto de honor en toda biblioteca pública y en la de cuantos se interesen por tan amenas é instructivas lecturas.

Los dos tomos, ricamente encuadernados en tela con planchas doradas,

10 pesetas.

SERVET

Reforma contra renacimiento.-Calvinismo contra humanismo

POR EL

DOCTOR POMPEYO GENER

DE LA SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA DE PARÍS

Puede calificarse este libro, recientemente publicado, como un monumento definitivo á Miguel Servet, descubridor de la circulación de la sangre, y víctima de la intransigencia religiosa. Pompeyo Gener, cuyo nombre es admirado en toda Europa y América, ha dedicado largos años al escrupuloso estudio de la gran figura de Servet. En esta obra se refiere magistralmente la dramática vida del insigne médico y filósofo con nuevos y valiosos datos, analizando y encomiando sus obras, descubrimientos, tendencias é ideas, y narrando, últimamente, su éxodo, su captura, su proceso y su horrible fin en la hoguera inquisitorial.

Un tomo de **320** páginas, en papel especial con **8** láminas: **3 pesetas.**

MECANISMO DEL UNIVERSO

(Dios, el mundo y el alma bajo un nuevo aspecto)

POR VICTOR H. TAMAYO

De trascendental puede calificarse este libro filosófico llamado a interesar profundamente a los pensadores y a originar hondas controversias en el mundo intelectual, por cuanto que las ideas que en él se mantienen, presentan a los ojos del lector un nuevo aspecto de la existencia del alma humana, del mundo y de Dios.

Precio de la obra, **una peseta.**

BAJO LOS COCOTEROS

(Cuentos cubanos)

POR CARLOS MARTI

Un tomo de amenísima lectura, **una peseta.**

«La Estrella Polar» en el Mar Artico

Por el **Duque de los Abruzzos.**—Relato de la PRIMERA EXPEDICIÓN ITALIANA AL POLO NORTE. Esta lujosa obra, consta de 725 páginas con 250 ilustraciones, 2 panoramas, 3 mapas de colores y un plano de las regiones exploradas. —Encuadernada en dos tomos y en rústica, con artísticas cubiertas en colores: **20 pesetas.**—En dos tomos y en tela, con lomos de piel y planchas doradas, **25.**—En un sólo tomo, con lomo de piel y planchas doradas, **23'50.**

LA LEYENDA DEL SOL

POR RÓMULO D. CARBIA

La presente obra, es la leyenda de Apolo lanzado al mundo en una aventura harto curiosa, concretada por Heine en una de sus inmortales creaciones.

Un tomo esmeradamente impreso, **una peseta.**

VIAJE AL POLO SUR

POR

OTTO NORDENSKJOLD

Esta obra consta de dos tomos de 592 y 654 páginas respectivamente, con 350 ilustraciones, 4 mapas y 5 láminas tricolores, y está traducida directamente del sueco por ROBERTO RAGAZZONI.

SUS PRECIOS SON: En rústica (dos tomos).—**24 ptas.**

Lujosamente encuadernada en tela, con lomo de piel y plancha dorada.—**30 ptas.**

Encuadernada en pasta española.—**30 ptas.**

JUEGOS DE TAPAS: Para los dos tomos, **4 ptas.**

POR EUROPA

(IMPRESIONES DE VIAJE)

FRANCIA—ITALIA

CARMEN DE BURGOS SEGUI

Esta importante obra que tanta fama ha proporcionado á su ilustre autora, es una de las que mejor pueden recomendarse por su lectura amena y entretenida, por lo mucho que instruye, como todo libro de viajes y por el singular encanto de sus relatos maravillosos.

Un tomo de 506 páginas con 234 ilustraciones **ptas. 4**

OBRA NUEVA

LOS ENVENENADORES DE CHICAGO

POR

UPTON SINCLAIR

Novela sensacional, traducida directamente del inglés por **Don Vicente Vera.**

Un tomo de 400 páginas en rico papel satinado con cubiertas en tricomía: **3 pesetas.**

EL DEMONIO DE LOS ANDES

POR

RICARDO PALMA

segunda edición ilustrada

Un volumen en 8.°, impreso en excelente papel satinado y artisticamente ilustrado por Pujol Hermann, **1 peseta**. En cartoné, con lomo de tela, **1'50 pesetas**.

MIS ULTIMAS TRADICIONES PERUANAS

POR

RICARDO PALMA

Un tomo ilustrado de 608 páginas, lujosamente encuadernado, **8 pesetas**.

Apéndice a mis últimas tradiciones peruanas

POR

RICARDO PALMA

Un tomo profusamente ilustrado de 600 páginas, lujosamente encuadernado (igual que *Mis últimas tradiciones)*. **8 pesetas**.

POESIAS COMPLETAS

DE

RICARDO PALMA

Un tomo en rústica con el retrato del autor, **2 pesetas**
En tela con planchas doradas, **2'50 pesetas**.

LOS RAROS

POR

RUBEN DARIO

Estudio de las personalidades artísticas más salientes. Un tomo **2 pesetas.**

EN INDO-CHINA

MIS VIAJES - MIS CACERIAS

POR EL

Duque de Montpensier

Traducción de M. R. Blanco-Belmonte

Como las Reinas de Italia y de Rumanía y como los Soberanos de Suecia y de Mónaco, S. A. R. el Duque de Montpensier (hermano de D.ª Amelia, reina que fué de Portugal, del Duque de Orleans y de la Princesa doña Luisa, esposa del Infante D. Carlos), figura ya por derecho propio en la galería de augustos escritores.

Viajero y explorador infatigable, S. A. realizó la singular hazaña de ir, desde Saigón hasta las maravillosas ruinas de Angkor, a través de la selva annamita, en automóvil.

Cazador famosísimo realizó expediciones asombrosas, en las cuales dió muerte a elefantes, tigres, panteras, cocodrilos, búfalos, gauros y otros animales verdaderamente terribles.

Con sencillez y donaire, S. A. R. ha consignado en este precioso libro sus impresiones de cazador y de viajero. Y el lector, dominado por poderoso interés, ve desfilar, cual animadas cintas cinematográficas, las aldeas mois y las selvas impenetrables, los rebaños de rumiantes monstruosos y las escenas dramáticas del acecho para sorprender al «Devorador de hombres», al enemigo de los indígenas, al feroz tigre.

El augusto autor—que viste el honroso uniforme de la Marina española—consagra un noble y piadoso recuerdo a los marinos franceses conquistadores de ese Paraíso llamado Indo-China.

Un lujoso volumen de más de 300 páginas con 136 fotografías grabadas en papel satinado, **12 pesetas** en rústica y **15** encuadernado.

La mitad del mundo vista desde un automóvil

De Pekín á París en 60 días

POR

LUIS BARZINI

PRÓLOGO DEL

Príncipe D. Escipión Borghese

Forma un voluminoso tomo impreso en rico papel satinado, de cerca de 600 páginas con 200 ilustraciones y una carta-mapa del itinerario.

Precio en rústica, **10 pesetas.**

Encuadernada en tela con primorosas planchas doradas, **12'50.**

La mujer, médico del hogar

POR LA DOCTORA

ANA FISCHER DUCKELMANN

Es la obra más importante y más útil de cuantas se han publicado hasta el día. Resulta imprescindible para toda mujer, amante de la familia, que desee criar hijos sanos y robustos. Habla extensamente de los cuidados que requiere la salud y de los indispensables para que la mujer pueda conservar largo tiempo la juventud y la belleza. Contiene instrucciones provechosísimas para el periodo del embarazo y los momentos críticos del parto. Da saludables consejos a los que deseen ardientemente tener hijos para que puedan conseguirlos, y enseña delicadamente los medios de no llenarse de ellos hasta el punto de hacer imposible la vida.

Un tomo ricamente empastado, de 850 páginas con 448 grabados en negro y 28 preciosas láminas en color, impreso sobre magnífico papel y encerrado en un estuche, **30 pesetas.**

El Gran Mariscal de Ayacucho

JOSÉ ANTONIO SUCRE

Y

EPISODIOS ORIENTALES

POR

VICENTE PESQUERA VALLENILLA

Un tomo de 220 páginas con una lámina de doble página con los retratos de los héroes de la batalla de Ayacucho.

2 pesetas.

OBRAS DE EDUARDO ZAMACOIS

Dos años en América

En las páginas de este volumen nos cuenta el autor sus impresiones de viaje por Buenos Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New-York y Cuba.

Un tomo de nutrida lectura, con cubierta de Romero Calvet, **una peseta.**

LA SERPIENTE SONRIE...

Forma este sugestivo volumen cuatro hermosos trabajos novelescos, uno de ellos dialogado, que llevan por título: *La caída, El paralítico, Los ojos fríos* y *El adereso.*

Un volumen de 250 páginas con cubierta de Romero Calvet, **una peseta.**

PARA TI...

Colección de cuentos y narraciones. La nota humorística y sentimental campea en este libro delicioso, recomendable por todos conceptos.

Un tomo de 236 páginas con cubierta de Romero Calvet, **una peseta.**

EL TEATRO POR DENTRO

En este libro se describe con sin igual maestría y gran conocimiento de las costumbres de escenario, cuanto a la vida de «entre bastidores» se refiere.

Un tomo de 192 páginas con cubierta de Romero Calvet, **una peseta.**

DESDE MI BUTACA

(Apuntes para una psicología de nuestros actores)

En este libro anecdótico se explica la técnica escenográfica de los más renombrados comediantes, constituyendo este libro un verdadero tesoro del arte de Talía.

Un tomo de 288 páginas con retratos de actores y actrices y cubierta de Romero Calvet, **dos pesetas.**

TEATRO

Un tomo de más de 250 páginas que contiene las preciosas comedias tituladas: *Nochebuena, El pasado vuelve, Frío, Los Reyes pasan* y un *Prólogo* del mismo celebrado autor en el que narra las impresiones de su primer estreno,—Precio **una peseta.**

OBRA NUEVA

PARNASO ESPAÑOL

CONTEMPORANEO

Antología completa de los mejores poetas esmeradamente seleccionada

POR

JOSE BRISSA

Bastaría leer los nombres de los poetas que figuran en este gran florilegio (y que pasan de 190) para formarse una idea aproximada de la singular importancia de esta nueva obra, indiscutiblemente la más completa en su género.

Un tomo en 4.º de más de 500 páginas con cubierta alegórica en colores **5 ptas.**; encuadernado en tela con planchas doradas, **7 ptas.**

LA GUERRA ITALO-TURCA
(1911-1912)

POR

JOSE BRISSA

Un tomo en 4.º, de **688** páginas, con **135** grabados, **10 pesetas.** En tela, **12 pesetas.**

LA GUERRA DE LOS BALKANES
(1912-1913)

Reconstitución informativa de la campaña

POR

JOSE BRISSA

Un tomo de cerca de **600** páginas con más de **150** grabados fotográficos de la guerra y un magnífico mapa plegable.

Precio: **4 pesetas** en rústica y **6 pesetas** encuadernado.

La Revolución de Julio en Barcelona
(1909)

Su represión.—Sus víctimas.—Proceso de Ferrer

POR

JOSE BRISSA

Un tomo de **352** páginas con **117** ilustraciones fotográficas, **2 pesetas.** En tela, **3 pesetas.**

LA REVOLUCION PORTUGUESA

POR

JOSE BRISSA

Un tomo de **320** páginas y **135** grabados, **2 pesetas.** En tela, **3 pesetas.**

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

POR

Hesibo Tikobara y A. Riera

Tres tomos profusamente ilustrados. Precio de cada tomo **2 pesetas.** En tela, **2'50 pesetas.**

ESPAÑA EN MARRUECOS

Crónica de la campaña de 1909

POR

A. RIERA

Un tomo en 4.º, de **416** páginas, con multitud de ilustraciones y un mapa plegable, **3'50 pesetas.** En tela, **5 pesetas.**

ESPAÑA EN MARRUECOS

1910-1913

Acción de España en las regiones de Larache, Alcazarquivir, Ceuta y Melilla, con el relato detallado

DE LAS

Campañas del Rif de 1911, 1912 y 1913

Por el Teniente Coronel

GONZALO CALVO

Jefe de Estado Mayor de las brigadas 3.ª y 2.ª de cazadores en las campañas del Rif de 1909 y 1912

Un tomo de **736** páginas, con **237** grabados: **7 pesetas** en rústica, y **9** encuadernado en tela con planchas doradas.

OBRA DE ACTUALIDAD

La Revolución de México

Y EL IMPERIALISMO YANQUI

POR

GONZÁLO G. TRAVESÍ

ESCRITOR MEXICANO

Esta obra no es una novela de los acontecimientos, sino un verdadero estudio político, que trata con amplitud, los motivos y las causas de la revolución de Méjico, que originó la caída del presidente Díaz, estudiando el autor con claro juicio, la preponderancia de los Estados Unidos en los asuntos mejicanos y demostrando el imperialismo yanqui.

Los principales capítulos de la obra al tratar sobre la Revolución, explican: la trascendencia de la entrevista del Presidente Díaz con el periodista yanqui Mr. Creelman; prisión y fuga del Sr. Madero; su gobierno; la decena trágica; la muerte violenta del presidente Madero; la revuelta constitucionalista, etc., y al referirse en la segunda parte al imperialismo yanqui, estudia el autor, la doctrina de Monroe; la importancia del canal de Panamá, del Istmo mejicano de Tehuantepec; la riqueza petrolífera en Méjico; la oligarquía americana; los recursos militares de los Estados Unidos, etc.

El autor de la obra, simpatizador de los españoles, les hace plena justicia al referirse a ellos, y reconoce la importancia de la colonia hispana en la vida activa de Méjico.

Contiene, además, esta obra, preciosos documentos originales no publicados hasta ahora, un mapa de Méjico y el retrato del autor, y forma un elegante volumen de 256 páginas y clara lectura con una preciosa cubierta alegórica en tricomía.

Un tomo **2 ptas.** en rústica y **3** en tela.

POESÍAS COMPLETAS

— DE —

Salvador Rueda

Entre los poetas modernos de España, según expresión de Jacinto Benavente, «Salvador Rueda es el mejor de todos, va á la cabeza de ellos y de él aprendieron muchos.» Esta casa editorial acaba de publicar en un gran volumen en 4.º de 576 páginas sus *Poesías completas*.

Este importante libro que reune la labor más escogida del eximio poeta, va precedido del prólogo que escribiera el malogrado Curros Enríquez y del discurso que pronunció el vicepresidente de la República de Cuba en el acto solemne de la coronación de Rueda, y termina con una recopilación de «Juicios de los contemporáneos» que completan la obra excelente del gran lírico español.

Adorna la magnífica edición un gran retrato del autor hecho en el acto de su coronación y cuyo grabado es obsequio de los artistas de la Habana.

Precio de la obra: **5 pesetas.**

Encuadernada en tela con planchas doradas:

7 pesetas.

OBRAS DE MAXIMO GORKI

1 peseta cada tomo, en rústica.—**1.50** cada tomo, en tela, con planchas doradas.

Los vagabundos.—1 tomo.
En la estepa.—1 tomo.
Los degenerados. -1 t.
Caín y Artemio.—1 tomo.
Tomás Gordeief. -1 tomo.
Los tres.—1 tomo.
La angustia.—1 tomo.

OBRAS DE GUY DE MAUPASSANT

A 1 peseta el tomo en rústica y a 1'50 encuadernado

El buen mozo.—2 tomos
La señorita Perla.
La criada de la granja.
Berta.
Bajo el sol de Africa.
La loca.
El testamento.
La abandonada.
Miss Harriet.
Inútil belleza.
El suicidio del cura.

El Capitán Estruendo

Novela de lances caballerescos de TEÓFILO GAUTIER. Edición de lujo ilustrada con 40 láminas originales del eminente artista Gustavo Doré, encuadernada en tela, con planchas doradas, 10 pesetas.

OBRAS DE J. EÇA DE QUEIROZ

1 peseta cada tomo, en rústica.—**1.50** cada tomo, en tela, con planchas doradas.

La reliquia.
La ciudad y las sierras.
El mandarín.
Epistolario de Fadrique Mendes.
El crimen del padre Amaro.—2 tomos.
El primo Basilio.—2 tomos.
Los Maias.—3 tomos.

OBRAS DE LEON TOLSTOY

1 peseta cada tomo, en rústica.—**1.50** cada tomo, en tela, con planchas doradas

La guerra y la paz. — 3 tomos.
El matrimonio.
La esclavitud moderna.
Ana Karenine. — 2 tomos.
La sotana de Kreutzer.
Resurrección.—2 tomos.
Los cosacos. — **Imitaciones.**
Amor y libertad.
¿Qué es el arte?
Polikuchka.
Iván el Imbécil.
Lo que debe hacerse.
Mis memorias. *(Infancia-Adolescencia-Juventud.)*
Cuentos y fábulas. Obra ilustrada con 96 grabados.
Resurrección. (Drama.)
Los placeres viciosos.
El poder de las tinieblas
La verdadera vida.
Novelas cortas.

OBRAS DE EMILIO ZOLA

A **1 peseta** el tomo en rústica y a **1'50** encuadernado en tela

L'Assommoir. - 2 tomos.
Naná —2 tomos.
La débâcle. (*El desastre*)— 2 tomos.
Los misterios de Marsella.—1 tomo.
Magdalena Ferat. - 1 tomo
Teresa Raquín.—1 tomo.
Sidonio y Mederico.—1. t.
La confesión de Claudio.- 1 tomo.
La Obra.—2 tomos.
La fortuna de los Rougon. —2 tomos.

A **2 pesetas** el tomo en rústica y a **2'50** encuadernado en tela

Las tres ciudades. *París. - Roma.—Lourdes.* - dos tomos cada obra.
Los cuatro evangelios. *Fecundidad.* traducción de A. Riera.—2 tomos.
Trabajo, traducción y prólogo de Leopoldo Alas (Clarín) - 2 tomos.
Verdad, traducción y prólogo de E. Gómez Baquero. 2 t.
Epistolario — 1 tomo.

Obras de Ramón del Valle-Inclán

A DOS PESETAS EL TOMO

HISTORIAS PERVERSAS

JARDIN NOVELESCO

OBRAS ESCOGIDAS

DE

SALVADOR FARINA

Salvador Farina es uno de los escritores amenos que mejor poseen hoy en Europa el arte de narrar, conmoviendo al lector con recursos naturales, honrados.

Su pluma engrandece los asuntos más baladíes y da a los tipos más vulgares proporciones literarias. El interés y el sentimiento se desarrollan en este autor a través de las escenas comunes de la vida, sin apartarse de la verosimilitud ni de la moral cristiana.

Farina es apellidado en su país el Dickens italiano; pero no porque la crítica le considere remedo del gran novelista inglés, sino porque participa de sus pensamientos y de las bellezas de su estilo.

Sus libros, generalmente historias de amor, ennoblecidas y embellecidas por el sentimiento y por el arte, son popularísimos en Italia y en la Argentina, y muy leídos en España. La inapreciable condición de que estas novelas pueden entrar en todos los hogares, facilita grandemente la difusión de este autor, favorito de las familias.

He aquí la lista de las obras escogidas de este escritor:

Los bellos ojos de la Gloria.
Amor tiene cien Ojos.
Hasta la muerte.
Cabellos rubios.
Amor Vendado.
¡Hijo mío!
Don Quijotillo.
Oro escondido.
El secreto de una Tumba.
Por la Vida y por la Muerte.
El señor Yo.
La Virgencita Blanca.
Frutos Prohibidos.
Un Testamento.
El número 13.
El Libro de los Amores.
El Segundo Libro de los Amores.
El Tesoro de Donnina.

Precio de cada tomo, en rústica, **1 peseta**; encuadernado en tela con planchas doradas, **1'50 pesetas.**

Novelas de Matilde Serao

Casi tan populares como las de Carolina Invernizio son en Italia las novelas de *Matilde Serao*, que hace años viene consiguiendo éxitos brillantísimos con sus obras, y conquistando un público selecto cada vez más numeroso.

El estilo de *Matilde Serao* es casi indefinible, escapa al análisis, y para resumir con alguna concisión sus dos cualidades principales, bastan señalar las de precisión y realidad. Además, es una narradora notable; sabe interesar al lector con las cualidades de una imaginación brillante, que, al don feliz de la invención dramática, une el ingenio, la acción, la rapidez del relato y la agilidad que corre á su fin y describe sobriamente.

Los asuntos que escoge esta eximia novelista suelen ser conflictos pasionales, dramáticas y reales tramas de amor en las que palpita la vida y el entusiasmo de la juventud, poéticamente contrastado con la augusta serenidad de una inteligencia suprema.

Esta casa Editorial, atendiendo á la indicación de muchos admiradores entusiastas de **Matilde Serao**, y á fin de popularizar aún más sus obras, ha determinado **fijar en lo sucesivo el precio de sus novelas en el de 1 peseta el tomo**, lo mismo que las novelas de la insigne Carolina Invernizio.

Las obras mejores de *Matilde Serao* son las siguientes:

El país de la ilusión	2 tomos
Flor de pasión	1 »
La bailarina	1 »
Fantasía	1 »
Los amores de la duquesa . . .	1 »
¡Adiós amor!	1 »

Precio: **1 peseta** el tomo en rústica. En tela con planchas doradas, **1'50 pesetas** cada tomo.

OBRAS

DE

Don Manuel Bretón de los Herreros

(Edición completa en cinco volúmenes en 4.º mayor)

Las obras de este insigne poeta cómico y autor dramático español del siglo XIX son de las que no envejecen. El teatro de Bretón de los Herreros marca toda una época y constituye una dilatada galería de cuadros que representan la clase media en España en tres períodos diferentes, señalando con exactitud las alteraciones que han ido marcándose en ella. Sus triunfos imperecederos en la escena atestiguan la valía de sus producciones, cuyas bellezas se aprecian aún más mediante la lectura.

La constancia y fecundidad de Bretón de los Herreros, así como los ingeniosos chistes que sus composiciones atesoran le conquistaron para siempre el favor de un público escogido en las siguientes generaciones.

Sus poemas, sus poesías, sus opúsculos en prosa, sus comedias, sus celebradas sátiras y epígramas le han concedido justo renombre en las letras castellanas, y todas sus producciones, en fin, han sido merecedoras de los más grandes elogios por parte de la crítica. Hartzenbusch, diputa á Bretón de los Herreros como el más completo escritor de su tiempo, que consiguió dar al teatro la forma más acabada y artística.

El precio de *los cinco* grandes volúmenes, de cerca de 600 páginas cada uno, en 4.º mayor, impresos á dos columnas y ricamente encuadernados, es de **60 pesetas**.

LS
S6839c

357488

Soiza Reilly, Juan José de
La ciudad de los locos.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

FRANZ C. FEGER
70 FIFTH AVENUE
NEW YORK